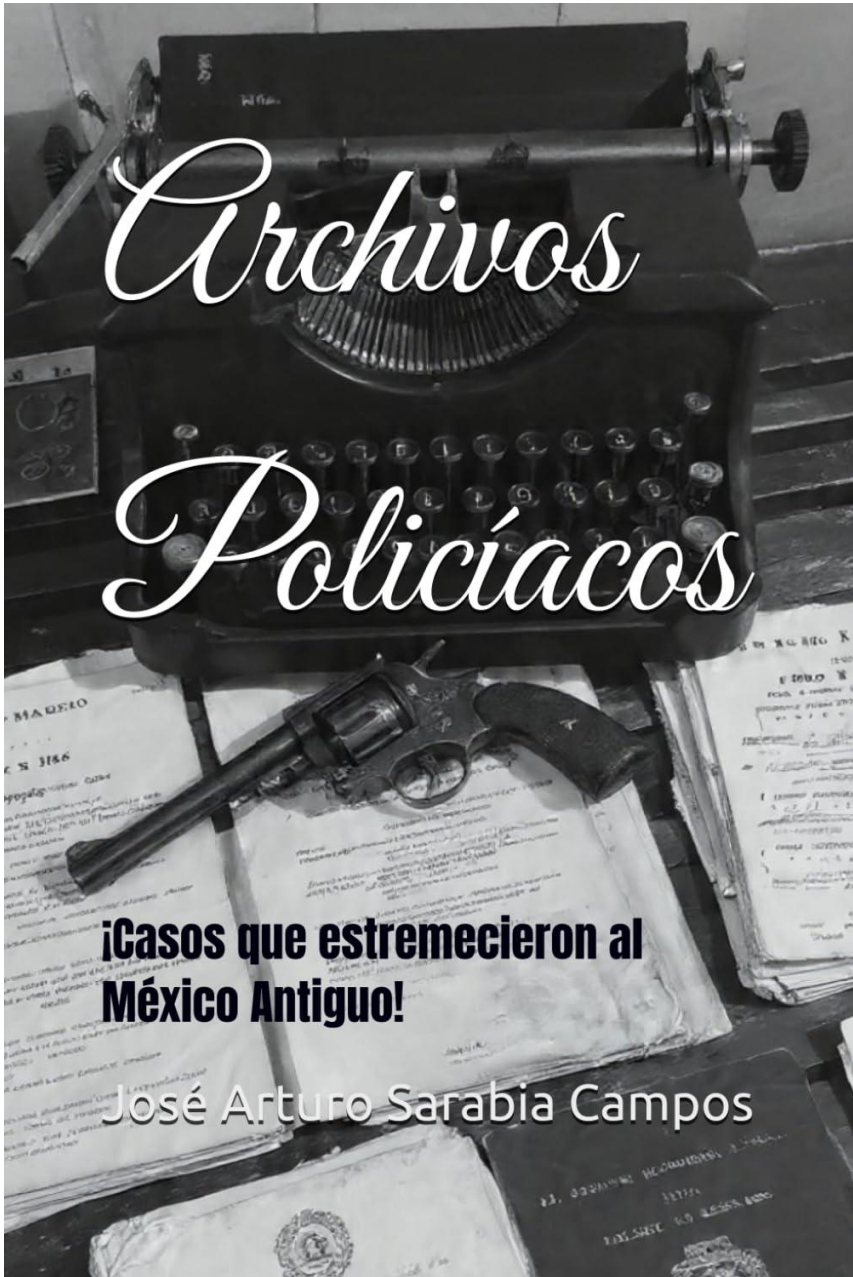


Archivos policíacos



Archivos policíacos

Archivos policíacos

Archivos Policíacos

¡Casos que estremecieron a México!

José Arturo Sarabia Campos



Archivos policíacos

Archivos Policíacos

¡Casos que estremecieron a México!

Primera edición 2025

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798243079181

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

Dedicatoria.....	6
Prólogo.....	9
Capítulo 1 Un Drama de Amor y Muerte.....	12
Capítulo 2 Max Trilnik.....	23
Capítulo 3 Un Triángulo Amoroso.....	33
Capítulo 4 El Robo del Año.....	50
Capítulo 5 La Mansión de los Horrores.....	61
Capítulo 6 El Raffles Mexicano.....	69
Capítulo 7 El Ginecólogo Millonario.....	87
Capítulo 8 Yo no Maté a Candelaria.....	104
Capítulo 9 El Encostalado.....	118
Capítulo 10 Esperanza Souvinet.....	133
Capítulo 11 Un Rico Pulquero.....	153
Capítulo 12 Jacinta Aznar.....	170
Capítulo 13 Crimen de las Lomas.....	187
Epílogo.....	210
Agradecimiento.....	213

Dedicatoria

A ustedes, lectores apasionados de las sombras ocultas en los archivos policíacos, amantes de esa frontera difusa donde la realidad supera con creces a cualquier ficción.

A quienes, como yo, encuentran en las páginas amarillentas de los viejos expedientes una fascinación casi magnética por los abismos del alma humana. A quienes no se conforman con las versiones edulcoradas de la historia y prefieren sumergirse en el lado oscuro de la condición mexicana: ese territorio donde el amor se transforma en crimen, donde la codicia viste de humildad, donde los celos susurran más fuerte que la razón y donde la soledad de una mansión lujosa puede ser más aterradora que cualquier callejón oscuro.

Esta dedicatoria es para ustedes, devoradores de la nota roja, guardianes silenciosos de las tragedias que el tiempo intenta borrar. Para quienes saben que detrás de cada titular sensacionalista late una vida real: una mujer que amó demasiado, un hombre que soñó con riqueza fácil, una familia destrozada por la traición de quien consideraban leal. Para quienes entienden que estos casos no son mera morbilidad, sino espejos incómodos donde se refleja nuestra propia capacidad para la luz y la oscuridad.

A ustedes, que han acompañado estas trece historias con la misma intensidad que yo al escribirlas. Que han sentido el frío de la celda de Esperanza Souvinet cuando decidió quemar carbón para escapar de su culpa. Que han percibido el olor a sangre seca en la mansión de Jacinta Aznar, sola entre tapices europeos y retratos de reyes caídos. Que han oído los gritos mudos de Carmen Candiani al preguntar «¿Qué pasa, Jorge?» mientras la varilla caía sobre su cabeza. Que han caminado por las calles de Azcapotzalco al imaginar los pasos de Pedro Reyes que cargaba sacos de cemento con restos humanos.

Gracias por su curiosidad insaciable, por esa necesidad de comprender lo incomprensible. Porque ustedes saben que estos archivos no son solo crímenes: son radiografías de una sociedad en transformación. De un México que pasaba de la Revolución al «milagro económico», de las pulquerías a los rascacielos, de la moral rígida de los treinta a la efervescencia de los sesenta. Un México donde la desigualdad se vestía de servidumbre, donde el resentimiento crecía en silencio en las cocinas de las mansiones, donde el amor podía ser tan destructivo como cualquier arma.

A ustedes, que no temen mirar de frente a la violencia, a la traición, al horror que habita en lo cotidiano. Que entienden que estos casos —el chofer que mata a sus patrones por unas botellas de coñac, la aristócrata que termina sus días por mano propia en Lecumberri, el amante que desmiembra a su pareja por miedo al escándalo— nos hablan de algo más grande: de la fragilidad de la civilización, de cómo una decisión impulsiva puede destruir vidas enteras, de cómo la ambición y el miedo pueden convertir al más cercano en el peor enemigo.

Esta dedicatoria es también para quienes, al leer estas páginas, han sentido esa mezcla perturbadora de empatía y rechazo. Empatía por las víctimas, pero también —por qué negarlo— por algunos victimarios, atrapados en sus propias redes de desesperación, alcohol, envidia o locura. Porque ustedes saben que la nota roja mexicana, en su mejor expresión, no juzga: expone. Nos obliga a confrontar que en cada uno de nosotros late la posibilidad de cruzar la línea, de que el amor se vuelva posesión mortal, de que la codicia nos ciegue, de que el miedo nos haga cometer lo inimaginable.

Gracias por mantener viva esta tradición tan nuestra: la de mirar sin parpadear a nuestras sombras. Por elegir estas historias cuando podrían haber optado por lecturas más cómodas. Por recordar que la verdadera literatura policíaca no necesita inventar: la realidad mexicana, con su intensidad dramática, sus contrastes

Archivos policíacos

brutales y su pasión desbordada, siempre ha sido más poderosa que cualquier ficción.

Este libro es suyo. Llévelo consigo, discútanlo, revuélvanlo en sus pensamientos. Que estas tragedias, al ser recordadas, nos ayuden a ser un poco más humanos, un poco más conscientes de lo que somos capaces —para bien y para mal.

Con admiración y gratitud profunda, El autor.

Prólogo

En las páginas de este libro se despliega un tapiz oscuro tejido con los hilos más crudos de la naturaleza humana: amor que se transforma en odio, codicia que devora la lealtad, celos que envenenan la razón y ambición que arrasa con todo a su paso. Estos trece capítulos no son meras crónicas de crímenes; son retratos fieles de un México que, entre 1930 y 1968, se debatía entre la modernidad prometida y las sombras ancestrales de la desigualdad, la violencia y el morbo colectivo.

La nota roja mexicana, ese género periodístico único nacido en las rotativas de principios del siglo XX, no solo informaba: seducía, horrorizaba y, sobre todo, reflejaba. Sus titulares sensacionalistas, sus fotografías crudas y sus narraciones detalladas convertían cada tragedia en un espectáculo que el público devoraba con avidez. En una sociedad donde la televisión aún era privilegio de pocos y la radio dictaba el ritmo de la vida cotidiana, los periódicos eran el espejo deformante donde México se miraba a sí mismo: fascinado por sus propios demonios.

Este libro recorre cuatro décadas de esa fascinación. Comienza en 1930 con *La Esfinge de los Ojos Verdes*, un misterio pasional que mezcla amor intergeneracional, celos y ciencia forense incipiente en un Tacuba aún rural. Avanza hacia los años cincuenta con casos como el suicidio disfrazado de Max Trilnik, el intento fallido de un enamorado dinamitero y el robo hollywoodense-mexicano que involucró a Bernabé Jurado, el legendario «abogado del mal». En los sesenta, la violencia se vuelve más cruda y cotidiana: la *Mansión de los Horrores* de un sádico exiliado europeo, el descuartizamiento de Candelaria por pánico de su amante, el encostalado de un joven por codicia de su amigo, y el doble homicidio en *Las Lomas* por un chofer resentido. Cierra con la aristócrata Jacinta Aznar, cuya obsesión

monárquica y soledad culminan en un asesinato que termina con su propia mano en Lecumberri.

Cada historia es un microcosmos de su tiempo. En los treinta, los crímenes parecen sacados de novelas europeas: femmes fatales, ladrones gentleman, aristócratas malditas. En los cincuenta, el glamour choca con la desesperación de inmigrantes y estafadores. En los sesenta, la violencia irrumpe en los hogares, reflejo de una sociedad que, bajo la superficie del «milagro mexicano», hervía de tensiones sociales, desigualdades y resentimientos acumulados.

Lo que une estos casos no es solo su brutalidad, sino la forma en que la prensa los transformó en mitos urbanos. La nota roja no se conformaba con los hechos: los dramatizaba, los poeticaba, los convertía en moralejas. Una mujer despechada se volvía Medea moderna; un ladrón elegante, un Arsène Lupin criollo; un descuartizador, un monstruo bíblico. El público, desde las élites en sus salones hasta los obreros en las pulquerías, consumía estas historias con una mezcla de horror, empatía y secreta satisfacción: al fin y al cabo, los poderosos también caían.

Pero más allá del sensacionalismo, estos crímenes revelan las grietas de una nación en construcción. La diferencia de clases que separa al pulquero rico de su mesero resentido. La brecha generacional que envenena matrimonios desiguales. El estigma que silencia vidas privadas en una sociedad moralista. La impunidad que permite que un sádico torture durante años en una mansión aristocrática. La codicia que convierte a un chofer leal en asesino de sus patrones.

Este libro no pretende juzgar, sino comprender. Cada capítulo es un viaje al corazón de la oscuridad mexicana, pero también al corazón de sus contradicciones: un país que se jactaba de progreso mientras sus sombras más profundas salían a la luz en las páginas de los diarios. Los nombres —Esperanza Souvinet, Jacinta Aznar, Candelaria González, los Elorduy— ya no son solo

Archivos policíacos

víctimas o victimarios: son símbolos de un México que, entre la opulencia y la miseria, entre la tradición y la modernidad, aún buscan su rostro en el espejo roto de sus propios crímenes.

Que estas páginas sirvan no solo para recordar, sino para reflexionar. Porque en cada una de estas historias late una pregunta incómoda: ¿qué parte de nosotros mismos reconocemos en el asesino, en la víctima, en el voyeur que devora la tragedia desde la seguridad de su sillón?

Bienvenido, lector, a este archivo de almas perdidas. Que la lectura sea tan perturbadora como iluminadora.

El Autor.

Capítulo 1 Un Drama de Amor y Muerte

En el México de finales de la década de 1930, cuando la ciudad aún conservaba vestigios de su carácter provinciano y el pueblo de Tacuba era un rincón apacible al noroeste de la capital, una tragedia sacudió a la opinión pública. En la casa número 30 de la calle Cañitas, el respetado profesor Antonio Cortés Vázquez, un hombre de ciencia de 72 años, fue encontrado muerto en circunstancias que desataron un torbellino de especulaciones, sospechas y titulares sensacionalistas. La protagonista de esta historia, María Elena Valdés Reyes, apodada «La Esfinge de los Ojos Verdes», se convirtió en el centro de un caso que mezclaba amor, celos, misterio y un posible homicidio. Lo que sigue es un relato detallado de este suceso, reconstruido con base en los reportes de la época, las crónicas periodísticas y un análisis exhaustivo de los eventos, personajes y contexto histórico.

El Escenario: Tacuba y la Casa de Cañitas

En 1938, México vivía una época de transformaciones. La presidencia de Lázaro Cárdenas estaba en su apogeo, marcada por la expropiación petrolera y un fervor nacionalista que permeaba la sociedad. Sin embargo, en los márgenes de la capital, lugares como Tacuba aún conservaban un aire rural, con casas de adobe, calles empedradas y un ritmo de vida más pausado. La calle Cañitas, en particular, era una vía modesta, flanqueada por viviendas de clase media y pequeños comercios, un lugar donde las noticias de un crimen resonarían como un trueno en un cielo despejado.

La casa número 30, hogar del profesor Antonio Cortés Vázquez, era un reflejo de su propietario: ordenada, culta y llena de tesoros intelectuales. Cortés Vázquez, jefe de una sección del

Museo de Historia y Arqueología, había transformado su residencia en un santuario del conocimiento. Su biblioteca, repleta de volúmenes encuadernados en cuero, era el corazón de la casa, mientras que un salón albergaba objetos artísticos y antigüedades que testimoniaban su pasión por la historia y la cultura. La casa, aunque sencilla en su exterior, escondía un mundo de refinamiento en su interior, un contraste con la tragedia que estaba por desatarse.

El profesor vivía solo, acompañado solo por su servidumbre: Manuela Martínez, Remigia Rivera y Florencio Rodríguez, este último esposo de Manuela. Viudo desde hacía cinco años, Cortés Vázquez había elegido esta vida de soledad intelectual, alejado de su hija y su yerno, el doctor Robles, con quienes mantenía una relación cordial pero distante. Su existencia parecía dedicada al estudio, hasta que María Elena Valdés Reyes entró en su vida y trajo consigo un torbellino de emociones que lo alejaría de su rutina académica.

Los Protagonistas: Antonio Cortés Vázquez y María Elena Valdés Reyes

Antonio Cortés Vázquez era un hombre de 72 años, pero su edad no lo definía. Como etnólogo y académico, su mente era ágil, su curiosidad insaciable y su prestigio bien ganado. Descrito como un caballero culto, de modales refinados, tenía un aire melancólico que reflejaba los años de viudez y la dedicación a su trabajo. Sin embargo, su salud no era la mejor. Los reportes policiales y las crónicas periodísticas sugieren que padecía problemas hepáticos, exacerbados por el consumo excesivo de alcohol, un detalle que añadiría matices a la investigación de su muerte. A pesar de su edad, Cortés Vázquez no era un anciano frágil; su vitalidad se manifestaba en su pasión por María Elena, una mujer que despertó en él un amor intenso y, según algunos, obsesivo.

María Elena Valdés Reyes, conocida en los titulares como La Esfinge de los Ojos Verdes, era una figura enigmática. A sus poco más de 30 años, era una mujer de belleza discreta pero magnética, con ojos claros que parecían guardar secretos. Educada en colegios europeos, María Elena había vivido una vida privilegiada en su juventud, viajó por España y Francia junto a su madre tras la muerte de su padre. Sin embargo, su vida dio un giro tras un matrimonio fallido con Jorge Berger, un comerciante que conoció en Biarritz. El matrimonio, marcado por la intromisión de una suegra dominante, terminó en divorcio en 1933, lo que dejó a María Elena con una hija de cinco años y una pequeña fortuna que heredó de su padre.

De regreso en México, María Elena se instaló con su madre en la capital, buscaba reconstruir su vida. Fue en 1934, durante una visita al Museo Nacional, cuando conoció al profesor Cortés Vázquez. Lo que comenzó como una relación de amistad y admiración mutua evolucionó hacia una conexión más profunda. A pesar de la diferencia de edad —él, un septuagenario; ella, una mujer joven—, la relación se tornó romántica en 1936. Según María Elena, el profesor era generoso, atento y muy enamorado, al punto de prometerle matrimonio una vez que ella finalizara su proceso de divorcio. Sin embargo, los celos de Cortés Vázquez y las tensiones derivadas de su relación secreta marcarían el camino hacia la tragedia.

El Día de la Tragedia: 2 de julio de 1938

El sábado 2 de julio de 1938 comenzó como un día cualquiera en la casa de la calle Cañitas. María Elena llegó al mediodía, según relataron los criados, para reunirse con el profesor. La dinámica entre ellos era conocida por la servidumbre: encuentros frecuentes, conversaciones que a veces derivaban en discusiones acaloradas, y un aire de tensión que flotaba en la casa. Ese día, sin embargo, un incidente interrumpió la rutina. Mientras María Elena y el profesor conversaban, Manuela Martínez, una de las criadas, entró para anunciar que la hija del

profesor, acompañada de sus hijos, planeaba visitar la casa. Para evitar un encuentro incómodo, Cortés Vázquez pidió a María Elena que se retirara, y ella lo hizo; prometió regresar más tarde.

A las 21:00 horas, María Elena volvió a la casa. Tomó asiento en el comedor para esperar al profesor, quien llegó alrededor de las dos de la madrugada del domingo 3 de julio. Según los reportes, Cortés Vázquez estaba de buen humor, influido por una cena copiosa y varias copas de licor. Sin embargo, el reencuentro con María Elena no fue cálido. Los criados describieron un saludo frío, seguido de una retirada de los amantes a la alcoba, un espacio que solía ser testigo de sus momentos más íntimos, pero también de sus mayores conflictos.

Lo que ocurrió en las siguientes horas es el núcleo del misterio. Según María Elena, el profesor insistió en que tomara algo de comida, pero ella, cansada y con frío, solo aceptó un té que él mismo preparó y le sirvió en la cama. Mientras ella descansaba, Cortés Vázquez se despojó de su chaleco y se dirigió al baño, aquejado por náuseas. Minutos después, María Elena escuchó una detonación que la hizo saltar de la cama. Corrió al baño y encontró al profesor tendido boca abajo, con un disparo en el corazón. Desesperada, llamó a los criados, exclamando: «¡Párense! ¡Quién sabe qué tiene el señor...!».

Manuela Martínez, Remigia Rivera y Florencio Rodríguez acudieron al llamado. El espectáculo era devastador: el profesor yacía inmóvil, con las extremidades inertes y un charco de sangre extendiéndose bajo su cuerpo. La bala, que había atravesado su pecho y salido por el hombro izquierdo, dejó una marca en el techo del baño. María Elena, en ropa interior y muy alterada, pidió a Manuela que la acompañara a un estancillo cercano para llamar al doctor Robles, yerno del profesor. Al no encontrarlo, la dueña del comercio contactó a la Cruz Verde, que llegó poco después para confirmar la muerte.

La Investigación: Un Crimen Envuelto en Dudas

La policía de la Novena Delegación, alertada por la Cruz Verde, llegó a la escena en la madrugada del 3 de julio. El detective Guillermo Bernal, experto en criminalística, tomó las riendas de la investigación. Desde el principio, el caso presentó anomalías que alimentaron las sospechas. El cuerpo del profesor mostraba signos de una vida marcada por el exceso de alcohol, pero no había indicios claros de un forcejeo físico en el baño. Sin embargo, la presencia de María Elena en la casa a esa hora, su relación con el fallecido y las circunstancias del disparo levantaron interrogantes.

Las Pruebas Iniciales

1. La Escena del Crimen: El cuerpo de Cortés Vázquez estaba boca abajo, con la cabeza ladeada y las extremidades relajadas. El disparo, a la altura del corazón, sugería una trayectoria ascendente, lo que era consistente con un arma disparada desde abajo, mientras el profesor estaba inclinado. El impacto en el techo reforzaba esta hipótesis, pero no explicaba cómo se había accionado el arma.

2. La Pistola: Según los criados, el profesor no acostumbraba llevar su pistola consigo, sino que la dejaba en su buró junto a una lámpara de baterías. Sin embargo, María Elena afirmó que Cortés Vázquez llevaba el arma fajada en la cintura, una práctica que, según ella, era habitual. La pistola fue encontrada cerca del cuerpo, junto a restos de comida vomitada, lo que apoyaba la teoría de un accidente durante un episodio de náuseas.

3. Las Pruebas de Parafina: El análisis químico, ordenado por Antonio Quijano, jefe del Departamento de Identificación, fue un punto de inflexión. Los moldes de parafina tomados de las manos de María Elena y el profesor revelaron residuos de pólvora en la mano derecha de ella y en la izquierda de él. Esto sugería que ambos pudieron haber manipulado el arma en un forcejeo. Sin embargo, la defensa de María Elena argumentó que las

manchas en su mano podrían deberse a haber tocado el arma o al contacto con objetos contaminados después del disparo.

4. Declaraciones de los Criados: Manuela Martínez afirmó que el profesor estaba bien peinado y no tenía la cabeza mojada, lo que contradujo la idea de que hubiera vomitado. También aseguró que Cortés Vázquez no llevaba la pistola consigo de forma habitual y que murmuraba con frecuencia sobre su frustración con María Elena. Florencio Rodríguez, el portero, y Remigia Rivera respaldaron estas afirmaciones y añadieron que los disgustos entre los amantes eran frecuentes y a veces intensos.

La Hipótesis Inicial: ¿Accidente o Asesinato?

La policía planteó dos escenarios principales:

- Accidente: María Elena sostuvo que el profesor, al sentirse enfermo, intentó sacar la pistola de su cintura mientras se inclinaba para vomitar, accionándola de forma accidental. Esta teoría era plausible, dado el ángulo del disparo y el impacto en el techo, pero no explicaba los residuos de pólvora en la mano de María Elena ni la ausencia de testigos auditivos del disparo.

- Homicidio: La presencia de pólvora en ambas manos sugería un posible forcejeo. Los celos del profesor, su relación conflictiva con María Elena y la supuesta disputa por dinero el día del incidente apuntaban a un crimen pasional. La falta de reacción inmediata de los criados ante la detonación reforzaba la sospecha de que María Elena pudo haber manipulado la escena antes de alertarlos.

María Elena Bajo Escrutinio

María Elena Valdés Reyes, de estatura baja, cuerpo delicado y ojos verdes que fascinaban a quienes la conocían, se convirtió en el foco de la investigación. Su comportamiento en las horas posteriores al crimen fue objeto de análisis minucioso. Aunque se mostró angustiada y cooperó con la policía, su

presencia en la casa a una hora tan inusual y su relación con el profesor levantaron sospechas. Durante los interrogatorios, María Elena ofreció una versión detallada de su vida y su relación con Cortés Vázquez, para buscar establecer su inocencia.

La Historia de María Elena

María Elena nació en una familia acomodada de la Ciudad de México. Tras la muerte de su padre, su madre, Ana María, la llevó a Europa, donde estudió en prestigiosos colegios en Francia. En 1933, durante un verano en Biarritz, conoció a Jorge Berger, un comerciante con quien se casó tras un breve noviazgo. El matrimonio, sin embargo, fue un fracaso. La suegra de María Elena, descrita como una mujer egoísta, interfirió de manera constante, y la pareja se divorció en agosto de 1933. María Elena regresó a México con su hija de cinco años, instalándose con su madre en la capital.

En 1934, su visita al Museo Nacional marcó el inicio de su relación con el profesor Cortés Vázquez. Al inicio, el vínculo fue platónico, basado en la admiración mutua y el interés por la cultura. Sin embargo, en 1936, la relación se tornó romántica. María Elena describió al profesor como un hombre generoso pero celoso, que le proporcionaba una suma mensual para sus gastos y prometía casarse con ella una vez que finalizara su divorcio. Sin embargo, los criados contradijeron esta narrativa, afirmaron que Cortés Vázquez no tenía intenciones de matrimonio y que a menudo expresaba frustración por las demandas de María Elena.

El Juicio y la Opinión Pública

El 7 de julio de 1938, el juez Enrique Toscano decretó la formal prisión de María Elena, considerándola presunta responsable del homicidio. La decisión se basó en las pruebas de parafina, las declaraciones de los criados y las contradicciones en el testimonio de María Elena. Sin embargo, el caso estaba lejos de ser concluyente. La opinión pública, alimentada por los reportes sensacionalistas de los periódicos, se dividió entre

quienes veían a María Elena como una *femme fatale* manipuladora y quienes creían en su inocencia, seducidos por su apariencia frágil y su insistencia en no haber cometido el crimen.

Durante una entrevista con el reportero Roberto Ramírez Cárdenas, María Elena se mostró serena, casi desafiante. Cubierta con un abrigo de pieles y un vestido de seda negra, negó cualquier implicación en la muerte del profesor. «Yo solo le quité los anteojos y le palpé el pulso para confirmar que estaba muerto», afirmó, lo que explicaba los residuos de pólvora en su mano. Cuando se le informó que las pruebas científicas la incriminaban, exclamó: «¡No es posible!». Aseguró que su fe en Dios y en la justicia la libraría de la condena, y mostró a los reporteros un poema escrito por el profesor, un testimonio de su amor:

«Ojos glaucos... ojos bellos, de enigmático lluitar. Ojos que me miro en ellos, sin poder adivinar, si son generosos o buenos... ¿a dónde me llevarán?»

El poema, guardado en su bolso, era para María Elena una prueba de la devoción del profesor, pero también un recordatorio de la intensidad de su relación, marcada por celos y conflictos.

Revelaciones y Contradicciones

Las declaraciones de los criados fueron un golpe devastador para María Elena. Manuela Martínez afirmó que el profesor no llevaba la pistola consigo y que estaba bien peinado, lo que contradecía la idea de un episodio de vómitos. Florencio Rodríguez añadió que Cortés Vázquez murmuraba de manera frecuente sobre su descontento con María Elena, y Remigia Rivera corroboró que los disgustos entre los amantes eran habituales. Estas afirmaciones pintaban un cuadro de una relación tóxica, en la que María Elena, según los criados, ejercía una influencia dominante sobre el profesor.

El juez Toscano también señaló una disputa por dinero el día del crimen. Según María Elena, había pedido 150 pesos al profesor, quien se negó a dárselos, por no tener suficiente efectivo. Esta negativa, combinada con los celos y las tensiones previas, alimentó la teoría de que un altercado pudo haber escalado hasta el disparo fatal.

Sin embargo, una inspección ocular realizada el 21 de julio en la casa de Cañitas arrojó nueva luz. Los peritos en balística confirmaron que solo se encontró un impacto en el techo, lo que apoyaba la teoría de un único disparo. Esta evidencia sugería que el arma pudo haberse disparado de forma accidental, al caer mientras el profesor intentaba sacarla de su cintura. Esta hipótesis debilitó el caso contra María Elena, pero no fue suficiente para liberarla de inmediato.

El Enigma de La Esfinge de los Ojos Verdes

María Elena Valdés Reyes, apodada La Esfinge de los Ojos Verdes por su mirada enigmática y su actitud serena bajo presión, se convirtió en una figura fascinante para la prensa y el público. Su historia personal —una mujer educada, de buena cuna, atrapada en un escándalo de proporciones trágicas— alimentó el interés morboso de la sociedad mexicana. Durante su encarcelamiento en la Ampliación de Mujeres de la Penitenciaría del Distrito, María Elena mantuvo su compostura, recibió visitas de su madre y defendió su inocencia con vehemencia.

En una de sus entrevistas, relató su vida con nostalgia, evocó sus años en Europa, su breve matrimonio y su regreso a México. Insistió en que su relación con el profesor era genuina, aunque admitió los celos y las discusiones. «Era muy celoso, pero nos queríamos», afirmó. También desmintió que Cortés Vázquez le diera una suma fija mensual, aunque reconoció que era generoso con ella. Estas contradicciones, sumadas a las pruebas ambiguas, mantuvieron el caso en un limbo.

El Contexto Histórico y Social

El caso de la calle Cañitas no puede entenderse sin considerar el contexto de la época. En el México de 1938, las normas sociales eran estrictas, en especial para las mujeres. Una relación como la de María Elena y el profesor, marcada por una diferencia de edad significativa y un carácter extramarital, era vista con desaprobación. La prensa, ávida de historias sensacionalistas, aprovechó el caso para retratar a María Elena como una figura ambigua: ¿una víctima de las circunstancias o una *femme fatale* que manipuló al profesor hasta su muerte?

El papel de los periódicos, fue crucial en moldear la percepción pública. Los titulares dramáticos y las descripciones poéticas de María Elena como La Esfinge de los Ojos Verdes convirtieron el caso en un culebrón que capturó la imaginación de los lectores. Al mismo tiempo, las limitaciones de la ciencia forense de la época —como la prueba de parafina, cuya fiabilidad fue cuestionada— añadieron incertidumbre al proceso judicial.

El Desenlace: Un Misterio Sin Resolver

La información que se logró obtener no especifica el desenlace final del caso, pero sugiere que María Elena pudo haber sido liberada en un plazo de un año, debido a la falta de pruebas concluyentes. La combinación de una investigación forense limitada, testimonios contradictorios y la ausencia de testigos directos dejó el caso envuelto en dudas. ¿Fue un accidente causado por un hombre enfermo que manipuló mal su arma? ¿O fue un crimen pasional, impulsado por celos, dinero o una relación que se había tornado insostenible?

Lo que sí es claro es que el caso de la calle Cañitas dejó una marca en la memoria colectiva de México. La historia de María Elena y el profesor Cortés Vázquez, con su mezcla de amor, tragedia y misterio, aún resuena como un eco de una época en que los secretos de una casa en Tacuba podían sacudir a toda una ciudad.

Archivos policíacos



María Elena Valdés Reyes, apodada «La Esfinge de los Ojos Verdes»

Capítulo 2 Max Trilnik

La historia de Max Trilnik Lasser es una de las más intrigantes y trágicas de la crónica criminal mexicana de mediados del siglo XX. Este relato, basado en los detalles proporcionados y enriquecido con un análisis exhaustivo, reconstruye los eventos que culminaron en el misterioso asesinato del empresario polaco nacionalizado mexicano en 1953. A lo largo de este texto, exploraremos no solo los hechos, sino también el contexto social, psicológico y cultural que rodeó este caso, así como las motivaciones de los involucrados, los errores que llevaron al colapso del plan de Max y las consecuencias para quienes quedaron atrás.

El ascenso y la caída de Max Trilnik Lasser

Max Trilnik Lasser, un hombre de origen polaco que había llegado a México en 1939, escapó de las tensiones previas a la Segunda Guerra Mundial, era un personaje que parecía encarnar el sueño de muchos inmigrantes: un emprendedor astuto, carismático y dispuesto a conquistar el mundo de los negocios en su país adoptivo. A sus 47 años, en 1953, Max vivía en un lujoso departamento en el Edificio Latinoamericano, en Paseo de la Reforma 77, en la Ciudad de México. Su esposa, Lidia S., una mujer rusa nacida en Odesa, lo acompañaba en esta vida de aparente opulencia. Sin embargo, detrás de esta fachada de éxito, se escondía un hombre atrapado en una red de deudas, fraudes y desesperación.

Max se había nacionalizado mexicano hacía poco más de una década y, según los testimonios de Lidia, había aprendido a querer de manera profunda al país que lo acogió. Su negocio principal era la Fábrica Químico Industrial de México, ubicada en Júpiter 3, Colonia San Simón Tolnáhuac, cerca de los talleres ferroviarios de Nonoalco. Esta empresa, que en un inicio prometía ser un pilar de su éxito, se dedicaba a la producción de alcohol

industrial y otros productos químicos. Sin embargo, las ambiciones de Max superaban con creces su capacidad para gestionarlas, y su historial estaba marcado por decisiones arriesgadas, traiciones a socios y maniobras fraudulentas que lo llevaron al borde del colapso financiero.

En 1941, Max y Lidia se habían casado, y durante los primeros años de su matrimonio, él había logrado acumular cierta riqueza. Sin embargo, sus empresas resultaron ser aventuras fallidas. Intentó fabricar éter en su fábrica, pero el proyecto terminó en un desastre cuando una explosión, causada por el mal manejo de ácidos por parte de los trabajadores, destruyó parte de las instalaciones el mismo día de la inauguración. Tiempo después, Max se enfocó en la producción de alcohol industrial, un producto con menos impuestos que el alcohol potable, pero incluso en esto evadió al fisco, lo que resultó en una multa de 35,000 pesos por parte de la Secretaría de Hacienda. Solo pudo pagar 20,000 pesos, y su Buick, un símbolo de su estatus, quedó embargado de manera temporal. Para salir de este aprieto, Max traicionó a otros productores de alcohol clandestino, entregándolos a las autoridades a cambio de recuperar su automóvil.

Estas maniobras no eran nuevas. Max tenía un historial de fraudes, como emitir letras de cambio por 450,000 pesos a favor de diversas personas, avaladas por firmas de terceros solventes, pero sin fondos para respaldarlas. En una de sus últimas triquiñuelas, el sábado 27 de junio de 1953, Max aseguró a sus acreedores que recibiría una gran suma de dinero de un pedido de alcohol industrial en Puebla y prometió cubrir sus deudas con cheques que, como era de esperarse, carecían de fondos. Cuando los acreedores intentaron cobrar el lunes siguiente, descubrieron que habían sido engañados una vez más. La deuda total de Max ascendía a 450,000 pesos, una suma astronómica para la época, y él no tenía ni un centavo para saldarla.

El acoso de los acreedores era implacable. Max, un hombre que alguna vez había sido visto como un empresario acaudalado,

estaba ahora al borde de la ruina total. Su vida, que en la superficie parecía envidiable, se había convertido en una pesadilla de la que no veía escapatoria. Fue en este contexto de desesperación que Max ideó un plan tan audaz como descabellado: orquestar su propia muerte, haciéndola pasar por un asesinato, para que su esposa pudiera cobrar un seguro de vida y escapar de las deudas.

El plan: un suicidio disfrazado de crimen

Max Trilnik Lasser no era un hombre común. Su inteligencia, aunque a menudo utilizada para fines cuestionables, le permitió diseñar un plan que, en teoría, resolvería todos sus problemas. Había contratado un seguro de vida por 100,000 pesos, una suma considerable que, junto con una pensión de igual monto, garantizaría el bienestar económico de Lidia tras su muerte. La clave del plan era que su muerte no podía parecer un suicidio, ya que las pólizas de seguro no cubrían este tipo de casos. En cambio, debía ser percibida como un asesinato, lo que permitiría a Lidia cobrar el dinero y, al mismo tiempo, liberarla de la responsabilidad de las deudas, ya que estas no podían recaer sobre la viuda según las leyes de la época.

Para ejecutar este plan, Max recurrió a Honorio Ruiz Alba, un carpintero que trabajaba para él. Honorio, un hombre de origen humilde, fue convencido con una oferta difícil de rechazar: 500 pesos en efectivo y una pistola automática. A cambio, debía dispararle a Max en la nuca, en un lugar y momento elegidos para evitar sospechas de suicidio. Max también dejó una serie de cartas póstumas, escritas en ruso, dirigidas a Lidia y a su abogado, en las que explicaba su plan y sus motivaciones. En una de estas cartas, expresaba su amor por Lidia, instándola a rehacer su vida y asegurándole que había arreglado todo para que su muerte pareciera un asesinato.

El plan se llevó a cabo en la madrugada del lunes 29 de junio de 1953. Max y Honorio se dirigieron en el Buick de Max, un

modelo 1952 de color guinda con capota gris, hacia una desviación en la carretera al de los Leones, en el kilómetro 25. Este lugar, remoto y poco transitado, era ideal para ejecutar el plan sin testigos. Max se sentó en el asiento delantero, mientras Honorio ocupó el trasero. En un momento preciso, Honorio disparó una bala calibre .32 en la nuca de Max, causándole la muerte instantánea. El proyectil salió por debajo del labio inferior, y el cuerpo de Max quedó recostado sobre el asiento delantero. Honorio abandonó el vehículo, llevándose el arma, que después vendió.

El descubrimiento del cuerpo y la reacción inicial

El cuerpo de Max Trilnik Lasser fue encontrado esa misma mañana por el coronel Celerino Olmos Santos y un guarda bosques del Parque Nacional Desierto de los Leones. El Buick estaba ladeado sobre un terraplén, con la salpicadera delantera izquierda un poco abollada, lo que de manera inicial dio la impresión de que el auto había chocado. En el interior, Max yacía sin vida, con un orificio de bala en la parte posterior de la cabeza. En sus bolsillos se encontraron 75 pesos en billetes, una licencia de conducir, una cédula de empadronamiento electoral y la tarjeta de circulación del vehículo. Su reloj permanecía en la muñeca izquierda, y no había signos de robo, lo que descartaba un asalto como móvil.

La policía y los peritos en criminalística, Antonio Monter Núñez y Rafael Santibáñez, llegaron enseguida al lugar. En el interior del auto se encontró un casquillo de bala calibre .32, pero no el arma homicida. La posición del cuerpo y la trayectoria de la bala sugerían que el disparo había sido realizado por alguien sentado en el asiento trasero, lo que llevó a los investigadores a suponer que el asesino era alguien de confianza de la víctima. Sin embargo, los medios de comunicación, encabezados por el diario La Prensa, no tardaron en calificar el caso como un «crimen pasional». Rumores de que Max había sido visto con dos mujeres y otros acompañantes masculinos antes de su muerte alimentaron

esta narrativa. Testigos, incluidos unos niños y una señora, afirmaron haber visto a dos mujeres —una joven y rubia, otra madura y canosa— y a dos hombres con sombrero abandonar el lugar tras una discusión y dos detonaciones.

La hipótesis inicial de la policía apuntaba a un «lío de faldas». Según los testimonios, el auto de Max fue estacionado en la desviación de la carretera temprano en la mañana, y el sonido de un golpe, quizás el disparo, atrajo la atención de algunos transeúntes, aunque nadie se acercó por temor. Los periódicos sensacionalistas se apresuraron a especular que las mujeres habían sido usadas como señuelo para atraer a Max al lugar donde fue «arteramente atacado». Esta teoría —aunque atractiva para el público— no explicaba la ausencia del arma ni la precisión del disparo.

Las sospechas iniciales y la sombra sobre Lidia

El caso tomó un giro cuando las autoridades comenzaron a sospechar de Lidia S., la esposa de Max. Su comportamiento tras la desaparición de su esposo levantó sospechas. El lunes 29 de junio, Lidia esperó todo el día y la noche sin noticias de Max, quien, según ella, había salido hacia su fábrica. Preocupada, llamó al licenciado Jorge Carlos Lecuona, un abogado amigo de la familia, para reportar la desaparición. Sin embargo, el martes por la mañana, un agente del Servicio Secreto le informó que Max había sido encontrado muerto. Lidia reconoció el cuerpo y afirmó que su esposo era un hombre de hogar, sin enemigos conocidos ni vicios como el alcohol, pero las autoridades notaron inconsistencias en su relato.

El sábado 4 de julio, Los periódicos publicaron que Lidia era considerada sospechosa. El día antes de que se descubriera la muerte de Max, ella había visitado la fábrica y anunciado a los trabajadores que asumiría la administración, como si supiera que algo le había ocurrido a su esposo. Además, el martes por la mañana, Lidia ordenó al velador de la fábrica que trasladara

rápido los objetos personales de Walter Johnston, un hombre de confianza de Max, a su departamento en Reforma 77. Este acto fue interpretado como un intento de eliminar pruebas o proteger a alguien. La ausencia de Walter Johnston en su dormitorio la noche del crimen también levantó sospechas, ya que era conocido por ser un hombre cumplido que nunca faltaba a su rutina.

Los rumores de una posible relación amorosa entre Lidia y Walter Johnston comenzaron a circular, lo que alimentó la teoría de que ambos podrían estar involucrados en un complot para asesinar a Max. La prensa especulaba que Lidia, una mujer descrita como ambiciosa, podría haber querido quedarse con la fábrica, pues sabía que las deudas de Max no podrían ser cobradas tras su muerte. Sin embargo, estas sospechas no tenían pruebas sólidas, y la investigación pronto tomó un rumbo inesperado.

El pasado turbulento de Max

Mientras las autoridades investigaban, el pasado de Max Trilnik Lasser comenzó a salir a la luz y reveló un patrón de engaños y traiciones. Éste había estafado a socios como Simón Pupko y Natan Pfeffer, quienes invirtieron grandes sumas en sus empresas solo para ser traicionados. En un intento por dividirlos, Max incluso propuso a uno de ellos eliminar al otro, una oferta que no se concretó. Su fábrica de alcohol industrial, que evadía impuestos, lo había puesto en el radar de la Secretaría de Hacienda, y su traición a otros productores clandestinos para salvar su Buick mostró su disposición a sacrificar a otros para su propio beneficio.

El sábado 27 de junio, un incidente en la Colonia Condesa añadió más intriga al caso. Según un reporte policial, un hombre de apellido Pouget denunció que Max lo había atacado a la salida del cine México, en Mazatlán y Montes de Oca. Pouget, un exsocio de Max, afirmó que ambos eran propietarios de una fórmula química patentada en Estados Unidos, y que Max quería

eliminarlo para quedarse con los derechos. En un arranque de furia, Pouget declaró al patrullero que «si Max no lo mataba, él lo mataría o Max se mataría a sí mismo». Aunque Max no apareció esa noche, el incidente reforzó la imagen de un hombre rodeado de enemigos.

La verdad sale a la luz: las cartas póstumas

El caso dio un giro definitivo cuando las autoridades descubrieron las cartas póstumas de Max, escritas en ruso y dirigidas a Lidia y a su abogado. Estas cartas, traducidas al español, revelaron la verdad detrás de su muerte. En una de ellas, Max expresaba su amor por Lidia, recordaba cómo se conocieron y asegurándole que no debía compadecerse de él. Le pedía que rehiciera su vida y se casara de nuevo, elogiándola como una mujer hermosa e inteligente. Otra carta detallaba sus deudas, mientras que una tercera explicaba su plan: hacer que su muerte pareciera un asesinato para que Lidia pudiera cobrar el seguro y la pensión.

En una de las cartas, Max escribió: «Arreglaré de tal modo que piensen que es asesinato, para que cobres el seguro de 100,000 pesos, más pensión. Todo es una comedia, pero antes mato a Pupko y si puedo a ella y a su hija. Verás que todo irá bien sin mí». Estas palabras no solo confirmaban su intención de simular un asesinato, sino que también sugerían un deseo de vengarse de sus socios antes de morir, aunque no hay evidencia de que intentara llevar a cabo estas amenazas.

El 16 de julio de 1953, Honorio Ruiz Alba confesó ante el comandante Francisco Aguilar Santa Olalla. «Yo maté a Trilnik», dijo. «No tuve más remedio que darle un tiro, ya que no tenía valor para suicidarse. Me pagó buen dinero y la pistola. Siempre estuvimos solos en el auto, yo iba en el asiento trasero, no hubo testigos». La confesión de Honorio, junto con las cartas, cerró el caso. Los peritos en grafoscopia confirmaron que las cartas

fueron escritas por Max bajo un estado de gran estrés emocional, lo que explicaba la naturaleza errática de su plan.

El fracaso del plan y sus consecuencias

El plan de Max Trilnik Lasser fue un fracaso estrepitoso. Aunque logró que Honorio ejecutara el disparo, no anticipó que las autoridades descubrirían las cartas póstumas, lo que invalidó el cobro del seguro. Lidia, lejos de recibir los 100,000 pesos y la pensión, quedó con una fábrica en quiebra y bajo la sombra de la sospecha pública. La prensa, que en un inicio la había señalado como posible cómplice, aún especulaba sobre su papel en el caso, a pesar de que las cartas exculpaban a Lidia de cualquier participación directa.

Honorio Ruiz Alba fue detenido y enfrentó cargos por homicidio, aunque su confesión y el contexto del caso atenuaron su sentencia. No se menciona en el relato original si Walter Johnston fue investigado después, pero su ausencia la noche del crimen y la orden de Lidia de trasladar sus pertenencias sugieren que pudo haber tenido algún conocimiento del plan, aunque no hay pruebas concluyentes.

El caso Trilnik capturó la imaginación del público mexicano en 1953, no solo por su naturaleza escandalosa, sino también por lo que revelaba sobre la fragilidad del éxito aparente. Max, un hombre que había proyectado una imagen de riqueza y poder, terminó su vida en un acto desesperado que no logró ninguno de sus objetivos. Su historia es un recordatorio de cómo la ambición desmedida y la falta de escrúpulos pueden llevar a la ruina, no solo de uno mismo, sino de quienes lo rodean.

Contexto y análisis cultural

El caso Trilnik debe entenderse en el contexto de la Ciudad de México de los años 50, una metrópoli en rápida modernización, pero aún marcada por desigualdades sociales y una prensa sensacionalista que amplificaba los escándalos. La narrativa

inicial del «crimen pasional» refleja los estereotipos de la época, que asociaban a los hombres de negocios con aventuras amorosas y traiciones. La rápida sospecha sobre Lidia también pone de manifiesto actitudes misóginas que asumían que una viuda ambiciosa debía estar involucrada en la muerte de su esposo.

Además, el caso destaca la precariedad de los inmigrantes como Max y Lidia, quienes, a pesar de sus esfuerzos por integrarse, enfrentaban barreras culturales y económicas. La nacionalización de Max y su amor declarado por México contrastan con su incapacidad para adaptarse a las reglas del juego económico, lo que lo llevó a recurrir a fraudes y traiciones.

Conclusión

La historia de Max Trilnik Lasser es un drama humano que combina ambición, desesperación y un plan fallido para escapar de las consecuencias de una vida de engaños. Su muerte, orquestada por él mismo pero ejecutada por Honorio Ruiz Alba, no solo no logró salvar a Lidia, sino que la dejó en una situación aún más precaria. Las cartas póstumas, escritas en ruso, revelaron un hombre atormentado por sus errores, pero también muy enamorado de su esposa, a quien quiso proteger a cualquier costo. Sin embargo, su inteligencia, que alguna vez lo llevó a manipular a socios y autoridades, no fue suficiente para prever las fallas de su plan.

Este caso, olvidado en gran medida por la historia, sigue siendo un ejemplo fascinante de cómo las decisiones individuales pueden tener consecuencias devastadoras, no solo para quien las toma, sino para todos los que lo rodean. Max Trilnik Lasser, en su intento de ser «inteligente», se pasó de listo, y su legado es una advertencia sobre los peligros de vivir al borde del engaño.

Archivos policíacos



Max Trilnik Lasser

Capítulo 3 Un Triángulo Amoroso

Para entender el caso de Carlos Andrade y Guillermina Porta, es esencial situarlo en el contexto del México de mediados del siglo XX. En 1954, el país vivía un período de transformación bajo el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines. La economía estaba en auge gracias al «milagro mexicano», un periodo de crecimiento económico impulsado por la industrialización y el comercio internacional. Las ciudades como el Distrito Federal (hoy Ciudad de México) y Cuernavaca, en el estado de Morelos, eran centros de actividad económica y social, pero también de contrastes. Mientras las élites disfrutaban de lujos y modernidad, amplios sectores de la población enfrentaban pobreza y desigualdad. En este escenario, las historias de crimen y pasión eran combustible para los periódicos sensacionalistas, que alimentaban la curiosidad pública con titulares dramáticos y relatos llenos de intriga.

El periodismo de la época no solo informaba, sino que también dramatizaba los eventos y convirtió los casos criminales en verdaderos espectáculos. Estos solían comparar nuevos crímenes con casos previos, como el de los dinamiteros Paco Sierra y Emilio Arellano, quienes años antes habían intentado volar un avión con una bomba, en un episodio que la prensa bautizó como «Post Mortem S.A.». Este precedente resonaba en el imaginario colectivo, y el caso de Andrade sería vinculado a esa narrativa de atentados explosivos y planes fallidos.

En este contexto, Cuernavaca y Jojutla, en Morelos, eran destinos populares para los habitantes del Distrito Federal. Cuernavaca, conocida como la «Ciudad de la Eterna Primavera», era un refugio para la élite, con sus casas de descanso y su ambiente relajado. Jojutla, en cambio, era una localidad más modesta, pero con conexiones familiares y comerciales que la hacían un lugar estratégico para alguien como Andrade, quien

buscaba anonimato para su plan. Sin embargo, la torpeza de un hombre bajo los efectos del alcohol y la astucia de una mujer que sabía manejar las emociones ajenas transformarían este escenario en el telón de fondo de un crimen frustrado.

Los personajes: Un triángulo amoroso fatal

El corazón de esta historia son sus tres protagonistas: Carlos Andrade Macías, Guillermina Porta y Enrique Reynaud Tron. Cada uno representa una faceta de las pasiones humanas —amor ciego, ambigüedad moral y traición— y juntos forman un triángulo amoroso que desembocó en un plan criminal.

Carlos Andrade Macías: El alcohólico enamorado, de 25 años, era un hombre de origen humilde que vivía en la calle Sebastián del Piombo número 30, interior 13, en la colonia Mixcoac del Distrito Federal. Descrito por la prensa como un «alcohólico enamorado», Carlos era un joven impulsivo, emocionalmente inestable y fácil de influenciar. Su vida estaba marcada por el consumo excesivo de alcohol, una adicción que lo llevaba a tomar decisiones erráticas y a perder el control en momentos críticos. A pesar de su juventud, Carlos había trabajado en la Dirección Nacional de Caminos, donde adquirió conocimientos básicos sobre explosivos, una habilidad que más tarde pondría al servicio de su obsesión amorosa.

Andrade no era un criminal experimentado ni un estratega astuto. Su vida parecía girar en torno a sus emociones, y su amor por Guillermina Porta lo consumía. Según sus propias declaraciones, estaba «perdidamente enamorado» de ella, a pesar de las constantes negativas que recibía. Esta obsesión lo llevó a ver a Enrique Reynaud, el esposo de Guillermina, como un obstáculo insalvable para su felicidad. En su mente, eliminar a Reynaud no solo le permitiría estar con Guillermina, sino también acceder a los bienes del industrial, una fantasía que mezclaba amor y codicia.

El alcoholismo de Carlos fue un factor determinante en la historia. Su adicción no solo lo hacía propenso a errores, sino que también lo volvía manipulable. En sus momentos de ebriedad, se sentía poderoso y seguro, pero esta falsa confianza lo llevaba a descuidar detalles cruciales. Su torpeza, combinada con su devoción por Guillermina, lo convirtió en el ejecutor perfecto —y fallido— de un plan que, según las sospechas, pudo haber sido orquestado por otra mente más calculadora.

Guillermina Porta: La *femme fatale*, era una mujer que vivía en dos mundos. Casada con Enrique Reynaud Tron, un acaudalado industrial, disfrutaba de una vida de lujos en una mansión en la calle Boticelli número 49, en Mixcoac. Según los relatos de la prensa, Guillermina era una figura imponente, con un «frondoso cuerpo» adornado con «ricos encajes» y «costosísimas alhajas». Su presencia era deslumbrante, y un «ejército de criados» estaba a su disposición para cumplir sus deseos. A los ojos de la sociedad, era una reina, la esposa perfecta de un hombre poderoso. Sin embargo, detrás de esta fachada, Guillermina llevaba una doble vida.

Desde mayo de 1953, mantenía una relación ilícita con Carlos Andrade. Las pruebas de esta relación —cartas, recados, una fotografía, pañuelos perfumados y una felicitación navideña— revelaban un vínculo pasional, pero también ambiguo. En su declaración, Guillermina admitió estar «muy enamorada» de Carlos, pero negó cualquier participación en el plan para asesinar a su esposo. Su versión de los hechos era que las dificultades en su matrimonio con Reynaud la llevaron a buscar consuelo en los brazos de Andrade, pero que nunca incitó el crimen.

La prensa y los investigadores, sin embargo, sospechaban que Guillermina era más que una simple adúltera. Su comportamiento —desaparecer tras las primeras citaciones judiciales y reaparecer con abogados— sugería astucia y control. Las acusaciones de Carlos, quien afirmó que ella le había sugerido el crimen y le proporcionó dinero para ejecutarlo,

pintaban a Guillermina como una manipuladora que usó el amor de Andrade para sus propios fines. ¿Quería en realidad deshacerse de su esposo para quedarse con su fortuna? ¿O solo jugaba con las emociones de Carlos, sin prever que su devoción lo llevaría a un extremo tan peligroso? Estas preguntas permanecen sin respuesta, pero la figura de Guillermina, con su mezcla de seducción y misterio, la convierte en una especie de femme fatale de esta historia.

Enrique Reynaud Tron: La víctima inadvertida, el esposo de Guillermina, era un industrial exitoso, propietario de la fábrica Carbonato de Calcio S.A. en Toluca. Su riqueza le permitía mantener a Guillermina en un entorno de opulencia, con una mansión, criados y todas las comodidades de la élite mexicana. Según los relatos, Enrique era un hombre recto, pero también controlador, lo que generaba tensiones en su matrimonio. Guillermina mencionó «dificultades conyugales» y disgustos frecuentes, lo que sugiere que su relación no era idílica, a pesar de las apariencias.

Enrique, sin saberlo, estaba en el centro de un complot que buscaba su muerte. El plan de Carlos y quizás de Guillermina, era eliminarlo para quedarse con sus bienes, lo que incluía una cuenta mancomunada de 60 mil pesos en el Banco de Comercio —una suma considerable para la época—. Sin embargo, gracias a la torpeza de Andrade, Enrique nunca llegó a abrir el paquete mortal que estaba destinado a él. Su papel en la historia es el de una víctima potencial, pero también un símbolo de la estabilidad y el poder que Guillermina parecía dispuesta a sacrificar.

El génesis del plan: Amor, celos y dinamita

La historia comienza en mayo de 1953, cuando Carlos Andrade y Guillermina Porta iniciaron su relación ilícita. Según las declaraciones de ambos, el romance surgió en un momento de vulnerabilidad para Guillermina, quien enfrentaba problemas en su matrimonio. Carlos, por su parte, quedó cautivado por la

belleza y el encanto de Guillermina, una mujer que contrastaba con su propia vida modesta. Las cartas y regalos que ella le enviaba —como la felicitación navideña de diciembre de 1953, donde le expresaba su deseo de estar juntos— alimentaron la obsesión de Carlos, quien comenzó a soñar con un futuro al lado de Guillermina, libre de la sombra de Enrique Reynaud.

A medida que la relación avanzaba, Carlos se volvió cada vez más posesivo. Según sus declaraciones, Guillermina lo rechazaba en ocasiones, lo que lo sumía en una mezcla de desesperación y celos. En su mente, Enrique no solo era el esposo de Guillermina, sino un obstáculo que impedía la realización de su amor. Esta percepción lo llevó a concebir un plan drástico: asesinar a Reynaud para quedarse con Guillermina y, de paso, con su fortuna.

La idea de usar una bomba no fue casual. Carlos, gracias a su experiencia en la Dirección Nacional de Caminos, tenía conocimientos rudimentarios sobre explosivos. Además, estaba influenciado por casos previos que habían capturado la atención pública, como el de los dinamiteros Paco Sierra, Emilio Arellano y José Alfredo del Valle, quienes habían intentado atentados con bombas en años anteriores. En particular, el caso de Post Mortem S.A., donde Sierra y Arellano intentaron volar un avión, resonaba en la prensa y en la mente de Carlos, quien se veía como un «digno discípulo» de estos criminales.

El plan era simple, pero ambicioso: fabricar una bomba casera con dinamita, cables y baterías, empaquetarla en una caja de madera y enviarla por correo a la fábrica de Enrique Reynaud en Toluca. Para garantizar que Reynaud abriera el paquete sin sospechar, Guillermina —según Carlos— sugirió usar el nombre de Víctor Manuel Tron, un pariente cercano de Enrique, como remitente. La explosión, al abrirse la caja, mataría a Reynaud, y Carlos y Guillermina podrían disfrutar de su herencia tras un período de discreción.

Para llevar a cabo el plan, Carlos necesitaba materiales y dinero. Aquí entra en juego la acusación más grave contra Guillermina: según Carlos, ella le proporcionó 300 pesos al inicio para comprar dinamita, baterías y cables. Cuando Carlos, en su descontrol alcohólico, gastó ese dinero en cantinas, Guillermina le dio 400 pesos más, no solo para los materiales, sino también para que tuviera recursos mientras se escondía tras el crimen. Estos detalles, relatados por Carlos en sus confesiones, apuntaban a Guillermina como la mente maestra, aunque ella lo negaría todo.

El viaje a Jojutla: El principio del fin

El 17 de enero de 1954, Carlos Andrade abordó el camión número 31 de la línea México-Zacatepec, con destino a Jojutla, Morelos. Su plan era enviar la bomba desde esta localidad para evitar ser rastreado en el Distrito Federal. Jojutla, donde tenía familiares, le ofrecía la coartada perfecta: podía fingir que estaba de visita mientras realizaba el envío en el anonimato. Sin embargo, el alcohol, su eterno compañero, jugó en su contra.

Durante el trayecto, Carlos compró una botella de licor y comenzó a beber. La bebida, que él asociaba con poder y seguridad, nubló su juicio. Al llegar a Jojutla, estaba tan ebrio que olvidó el paquete con la bomba en el camión. Este descuido fue el primer eslabón de una cadena de errores que desbarataría el plan. El chofer y el cobrador del camión, al realizar la inspección de rutina, encontraron el paquete abandonado. El cobrador, Francisco Nava González, notó algo sospechoso en el envoltorio y decidió abrirlo. Al descubrir que contenía un «aparato infernal» —una caja de madera con dinamita, cables y baterías—, se horrorizó y alertó al chofer, Salvador Ortiz.

La línea de autobuses informó de inmediato a las autoridades de Morelos, quienes enviaron el paquete a la Policía Judicial del estado. El jefe de la policía, Fernando Tourrent Chávez, tomó el caso con seriedad, consciente de que un artefacto explosivo podía estar relacionado con un crimen mayor.

El paquete fue trasladado a la policía capitalina para una investigación más exhaustiva, mientras los agentes en Jojutla comenzaron a recabar datos sobre los pasajeros del camión.

La captura del torpe enamorado

Dos días después, el 19 de enero, Carlos Andrade, ya sobrio pero desesperado, regresó a la terminal de autobuses en Jojutla para reclamar el paquete. Este fue su segundo error fatal. Los empleados de la terminal, alertados por la policía, lo identificaron enseguida. Gracias a la lista de pasajeros, los agentes confirmaron que Carlos Andrade Macías había viajado en el camión número 31 y lo detuvieron de inmediato.

En la sala de interrogatorios, Carlos no pudo sostener su coartada por mucho tiempo. Al principio, intentó dar explicaciones vagas sobre el propósito de la bomba; incluso sugirió que la usaría para pescar en un río de Morelos. Sin embargo, bajo presión, confesó su verdadero plan: asesinar a Enrique Reynaud para quedarse con Guillermina Porta. Admitió que estaba enamorado de ella desde mayo de 1953 y que consideraba a Reynaud un obstáculo para su felicidad. También afirmó que Guillermina le había sugerido el crimen, proporcionándole dinero y apoyo moral.

La confesión de Carlos fue un punto de inflexión. La policía, liderada por Fernando Turrent Chávez, comenzó a reconstruir los eventos, mientras la prensa, se hizo eco del caso. El reportero que cubrió la historia no dudó en compararlo con los dinamiteros Arellano y Sierra, llamó a Andrade un «émulo» de estos criminales. La narrativa de un aparato infernal y un «borrachín torpe» capturó la imaginación del público, que seguía cada detalle con avidez.

Las primeras contradicciones y el misterio de Guillermina

A medida que avanzaba la investigación, las declaraciones de Carlos comenzaron a mostrar inconsistencias. En un momento, afirmó que la bomba estaba destinada a una examante, Irene

Salgado, por rencor tras su abandono. En otra ocasión, dijo que planeaba suicidarse con la dinamita debido a los rechazos de Guillermina. Estas versiones contradictorias sembraron dudas sobre sus verdaderos motivos y sobre el papel de Guillermina en el plan.

Mientras tanto, Guillermina Porta se convirtió en el centro de las sospechas. Carlos insistía en que ella le había dado la idea de conectar la bomba al automóvil de Reynaud, aunque él prefirió enviarla por correo, inspirado por el caso de José Alfredo del Valle, quien había intentado un atentado similar. La mención de los 700 pesos que Guillermina le había proporcionado —300 iniciales y 400 adicionales— apuntaba a una complicidad activa, pero sin pruebas físicas, como recibos o testigos, la acusación dependía solo de la palabra de Carlos.

Cuando la policía intentó interrogar a Guillermina, ella desapareció por un tiempo, lo que aumentó las sospechas de su culpabilidad. Sin embargo, el 4 de febrero de 1954, reapareció acompañada de abogados y rindió declaración en la Procuraduría General de la República. Admitió su relación con Carlos, pero negó cualquier participación en el plan criminal. Según ella, sus problemas conyugales la llevaron a buscar consuelo en Andrade, pero nunca incitó un asesinato. Las cartas y regalos, afirmó, eran expresiones de amor, no de un complot.

El eco en la prensa y la conexión con Post Mortem S.A.

La cobertura de los periódicos jugó un papel crucial en la difusión del caso. El periódico, conocido por su estilo sensacionalista, describió a Carlos como un «digno discípulo de los dinamiteros» y resaltó la torpeza de su plan. La referencia a Post Mortem S.A. no era casual: evocaba el caso de Paco Sierra y Emilio Arellano, quienes en los años 40 intentaron volar un avión con una bomba, un plan que también fracasó por errores de ejecución. La prensa usó esta conexión para enmarcar el caso de

Andrade como parte de una tradición de crímenes espectaculares, pero fallidos, que capturaban la atención pública.

El término aparato infernal se convirtió en algo recurrente de la cobertura, enfatizaba el peligro potencial de la bomba y la audacia del plan. Sin embargo, también se burlaba de la ineptitud de Carlos, descrito como un borrachín que olvidó su arma mortal en un camión. Esta mezcla de drama y ridículo hizo que el caso se convirtiera en un fenómeno mediático, con lectores ávidos de conocer el desenlace.

La investigación se intensifica: Un rompecabezas de contradicciones

Tras la detención de Carlos Andrade Macías el 19 de enero de 1954 en Jojutla, Morelos, la Policía Judicial del estado, bajo el mando de Fernando Tourrent Chávez, comenzó a desentrañar los detalles del caso. El hallazgo del aparato infernal —una bomba casera hecha con 10 cartuchos de dinamita, 11 baterías secas, cables y una caja de madera— en el camión número 31 de la línea México-Zacatepec fue el primer indicio de un plan criminal. La rápida acción del cobrador Francisco Nava González, quien sospechó del paquete y lo abrió, y del chofer Salvador Ortiz, quien alertó a las autoridades, evitó una tragedia potencial. Pero también abrió la puerta a una investigación que revelaría un complejo entramado de amor, celos y traición.

El 21 de enero, el periódico LA PRENSA publicó la primera nota sobre el caso, titulada con el dramatismo característico de la época: «Un borrachín olvida un paquete explosivo en un camión». El artículo describía cómo la «oportuna intervención» de la policía y el olvido de un borrachín habían frustrado un atentado que recordaba los intentos fallidos de los dinamiteros Paco Sierra y Emilio Arellano, quienes años antes habían planeado volar un avión en el caso conocido como Post Mortem S.A., esta comparación no era solo sensacionalismo; era una forma de

contextualizar el caso dentro de una tradición de crímenes espectaculares que fascinaban al público mexicano.

Carlos Andrade fue trasladado a la sala de interrogatorios en Jojutla, donde su comportamiento errático y sus contradicciones iniciales complicaron la investigación. Al principio, intentó desviar la atención: afirmaba que la bomba era para «pescar en un río» en Morelos, donde tenía familiares. Esta explicación, era inverosímil dado el sofisticado diseño del artefacto, no resistió el escrutinio de los agentes. Bajo presión, Carlos confesó que el verdadero objetivo era Enrique Reynaud Tron, el esposo de su amante, Guillermina Porta. Según él, estaba «muy enamorado» de Guillermina desde mayo de 1953, pero ella, casada con un industrial adinerado, lo había rechazado en varias ocasiones, lo que alimentó su obsesión y lo llevó a planear el asesinato.

La confesión de Carlos fue un punto de inflexión, pero también el comienzo de un torbellino de contradicciones. En un momento, afirmó que Guillermina le había sugerido conectar la bomba al sistema de encendido del automóvil de Reynaud, una idea que él descartó por considerarla poco práctica. En cambio, inspirado por el caso de José Alfredo del Valle —quien intentó un atentado con una bomba enviada por correo—, Carlos decidió empaquetar el explosivo y enviarlo a la fábrica de Reynaud en Toluca, usó el nombre de un pariente, Víctor Manuel Tron, como remitente. Esta elección, según Carlos, fue idea de Guillermina, quien conocía la relación cercana entre Enrique y Víctor Manuel, lo que aseguraba que el paquete sería abierto sin sospechas.

Sin embargo, las declaraciones de Carlos no eran consistentes. En un interrogatorio posterior, afirmó que la bomba estaba destinada a Irene Salgado, una ex amante que lo había abandonado y se había llevado a su hija de dos años. Esta versión, que introducía un nuevo personaje y un motivo de venganza personal, desconcertó a los investigadores. Más tarde, Carlos cambió otra vez su relato, al decir que había comprado la

dinamita para suicidarse, abrumado por los rechazos de Guillermina y su propia desesperación. Estas contradicciones reflejaban no solo la inestabilidad emocional de Carlos, sino también su incapacidad para mantener una coartada coherente bajo el intenso interrogatorio de la Policía Judicial.

El papel de Guillermina: ¿Víctima o manipuladora?

El foco de la investigación pronto se desplazó hacia Guillermina Porta, la mujer que, según Carlos, era la mente detrás del plan. En su confesión inicial, Carlos afirmó que Guillermina le había proporcionado 300 pesos para comprar los materiales de la bomba —dinamita, baterías y cables— y, cuando él dilapidó ese dinero en cantinas, le dio 400 pesos más para completar el plan y cubrir sus gastos mientras se escondía tras el crimen. Esta acusación pintaba a Guillermina como una figura central, no solo como la amante de Carlos, sino como la instigadora de un complot para eliminar a su esposo y quedarse con su fortuna, que incluía una cuenta mancomunada de 60 mil pesos en el Banco de Comercio.

Guillermina, sin embargo, no estaba disponible para responder a estas acusaciones de inmediato. Tras la detención de Carlos, ella desapareció del Distrito Federal, lo que avivó las sospechas de los investigadores y la prensa. Esta ausencia «inexplicable» sugería que Guillermina tenía algo que ocultar. Su desaparición, aunque breve, alimentó la narrativa de que era una manipuladora astuta, capaz de evadir a las autoridades mientras planeaba su defensa.

El 4 de febrero de 1954, Guillermina reapareció, acompañada por un equipo Mafalda de Savoia, una reconocida abogada penalista de la época. Su declaración en la Procuraduría General de la República fue un golpe al relato de Carlos. Admitió haber mantenido una relación ilícita con él desde mayo de 1953, confirmada por cartas, una fotografía, pañuelos perfumados y una felicitación navideña que le había enviado, en la que expresaba

su deseo de estar juntos. Sin embargo, negó de manera rotunda cualquier participación en el plan criminal. Según Guillermina, sus problemas conyugales con Enrique Reynaud la llevaron a buscar consuelo en Carlos, pero nunca incitó el asesinato. «Soy adúltera, pero no dinamitera», declaró con firmeza, al insistir en que el plan fue solo idea de Carlos.

Esta declaración dividió a los investigadores. Por un lado, las pruebas materiales —las cartas y los regalos— confirmaban la relación amorosa, pero no había evidencia física que demostrara su complicidad en el complot. Las acusaciones de Carlos, aunque detalladas, dependían de su palabra, y su historial de contradicciones lo hacía un testigo poco confiable. Los agentes comenzaron a sospechar que Guillermina podría haber manipulado a Carlos, aprovechó su obsesión para inducirlo a actuar, pero sin pruebas concretas, su culpabilidad aún era especulativa.

El interrogatorio de Carlos: Un hombre atrapado por sus demonios

Los interrogatorios de Carlos Andrade en la Procuraduría General fueron intensos y reveladores. Los agentes, conscientes de su alcoholismo y su inestabilidad emocional, aplicaron tácticas de presión psicológica para desentrañar la verdad. Carlos, descrito como un hombre «atormentado» por sus sentimientos, alternaba entre confesiones apasionadas y retractaciones confusas. En un momento, afirmó que Guillermina le había susurrado al oído la idea de matar a Reynaud y sugirió conectar la bomba al automóvil. Sin embargo, él optó por el envío por correo, inspirado por los casos de los dinamiteros previos. En otra ocasión, dijo que Guillermina le había dado 700 pesos en total — 300 iniciales y 400 adicionales— para comprar los materiales y mantenerse oculto tras el crimen.

Estas acusaciones eran graves, pero Carlos no podía respaldarlas con pruebas. Cuando se le confrontó con la falta de

evidencia, cambió otra vez su historia, ahora decía que la bomba era para Irene Salgado o para su propio suicidio. Estas contradicciones frustraban a los investigadores, quienes comenzaron a sospechar que Carlos protegía a Guillermina, ya fuera por amor o por temor a las consecuencias de acusarla de forma directa. Sin embargo, también era posible que Carlos, en su confusión alcohólica, hubiera exagerado o inventado el papel de Guillermina para justificar sus acciones.

Un elemento clave en el interrogatorio fue la felicitación navideña de Guillermina, fechada el 24 de diciembre de 1953. La tarjeta, que decía: «Carlos, que yo sea siempre lo que tú más quieras y me hagas feliz. Para todos nosotros siempre tengas un lugar en tu corazón. Que tú seas siempre el amor de mi vida. Que el año entrante Dios nos permita estar juntos, queriéndonos cada día más», era una prueba irrefutable de su relación amorosa. Sin embargo, los investigadores notaron que las palabras de Guillermina eran más emocionales que incriminatorias, lo que complicaba establecer su culpabilidad en el plan criminal.

El sistema judicial de la época: Un desafío para la verdad

El caso de Carlos y Guillermina expuso las limitaciones del sistema judicial mexicano de los años 50. La falta de técnicas forenses avanzadas significaba que la investigación dependía en gran medida de confesiones y pruebas circunstanciales. La bomba, aunque era evidencia física, no podía vincularse de forma directa a Guillermina sin el testimonio creíble de Carlos, cuya inestabilidad lo desacreditaba. Además, la desaparición temporal de Guillermina y su posterior defensa legal, liderada por Mafalda de Savoia, complicaron las cosas. La abogada, conocida por su habilidad en casos penales, argumentó que las acusaciones de Carlos eran el producto de un hombre obsesionado y alcohólico, incapaz de distinguir la realidad de sus fantasías.

El juez tercero de la primera Corte Penal, J. Refugio Rocha Alba, encargado del caso, emitió una orden de aprehensión contra

Guillermina, pero su liberación el 4 de febrero de 1954 reflejó la falta de pruebas sólidas en su contra. La justicia de la época, aunque eficiente en la captura de Carlos, no estaba preparada para lidiar con la ambigüedad de un caso donde las motivaciones y los roles de los implicados eran tan inciertos.

El espectáculo mediático: La prensa y la opinión pública

Los periódicos de la época convirtieron el caso en un fenómeno mediático. Los titulares sensacionalistas, como «El torpe enamorado y su máquina infernal» o «Un dinamitero frustrado por el alcohol», capturaban la atención de un público ávido de drama. La comparación con Post Mortem S.A. no solo dramatizaba el caso, sino que también lo situaba en un contexto de crímenes espectaculares que habían marcado la década. La prensa describía a Carlos como un borrachín y a Guillermina como una «mujer fatal», lo que alimentó la narrativa de un triángulo amoroso mortal.

La cobertura no solo informaba, sino que también moldeaba la percepción pública. Los lectores, fascinados por el contraste entre la vida lujosa de Guillermina y la humildad de Carlos, especulaban sobre sus verdaderos motivos. ¿Era Guillermina una manipuladora que usó a Carlos para deshacerse de su esposo? ¿O era Carlos un hombre cegado por el amor, incapaz de aceptar el rechazo? Estas preguntas, sin respuesta clara, hacían que el caso fuera aún más intrigante.

Psicología de los personajes: Amor, obsesión y manipulación

El caso de Carlos y Guillermina es un estudio fascinante de la psicología humana. Carlos, con su alcoholismo y su obsesión por Guillermina, representa la figura del amante despechado, dispuesto a todo por amor. Su inestabilidad emocional y su dependencia del alcohol lo hacían vulnerable a la manipulación, un rasgo que Guillermina pudo haber explotado. Las cartas y regalos de Guillermina, aunque románticos, podrían interpretarse

como herramientas de control, pues mantenían a Carlos en un estado de devoción absoluta.

Guillermina, por su parte, es una figura más compleja. Su vida de lujos con Enrique Reynaud contrastaba con su relación con Carlos, un hombre sin recursos. ¿Qué la llevó a mantener esta relación? Es posible que buscara una emoción que su matrimonio carecía, pero también es plausible que viera en Carlos una oportunidad para lograr sus propios fines, ya fuera la libertad o la riqueza. Su negativa a admitir cualquier complicidad en el plan criminal, combinada con su desaparición temporal, sugiere una mente calculadora, capaz de cubrir sus huellas.

Enrique Reynaud, aunque víctima potencial, permanece como una figura distante. Su negativa a conceder el divorcio, según Carlos, fue el catalizador del plan, pero no hay evidencia clara de su comportamiento en el matrimonio. Su papel es más bien el de un símbolo de poder y estabilidad, cuya presencia amenazaba el amor ilícito de Carlos y Guillermina.

Las pruebas materiales y su impacto

Las pruebas materiales eran limitadas, pero cruciales. La bomba, descrita como un artefacto rudimentario pero funcional, fue la evidencia más sólida contra Carlos. Los 10 cartuchos de dinamita, comprados por 7 pesos en la colonia Merced Gómez, junto con las baterías y cables adquiridos en Mixcoac, demostraban su intención criminal. Sin embargo, no había nada que vinculara de manera directa a Guillermina con la fabricación o el financiamiento del artefacto.

Las cartas y la felicitación navideña eran pruebas de la relación amorosa, pero no del complot. La ausencia de testigos o recibos que confirmaran los 700 pesos que según había entregado Guillermina debilitó las acusaciones de Carlos. Esta falta de evidencia física fue el factor decisivo en la liberación de Guillermina, mientras que Carlos, como constructor confeso de la bomba, enfrentó las consecuencias legales.

El traslado a la Penitenciaría del Distrito Federal

El 28 de enero de 1954, Carlos fue trasladado de Morelos a la Penitenciaría del Distrito Federal, donde continuaron los interrogatorios. Allí, bajo mayor presión, intentó retractarse de sus acusaciones contra Guillermina, alegó que los agentes lo habían «atormentado». Sin embargo, no pudo mostrar pruebas de maltrato, y su historial de contradicciones lo hizo menos creíble. La prensa, que seguía el caso de cerca, informó que Carlos parecía «ensimismado» al relatar su plan, como si aún soñara con un futuro imposible con Guillermina.

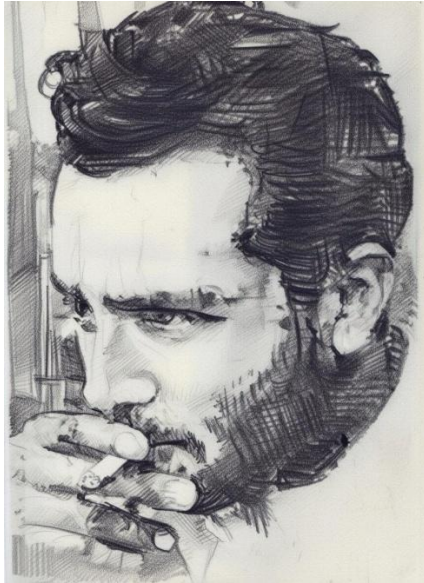
Mientras tanto, Guillermina, asesorada por Mafalda de Savoia, mantenía su versión de los hechos: una relación amorosa, pero ninguna intención criminal. Su declaración, respaldada por la falta de pruebas, la posicionó como una figura trágica, atrapada en un matrimonio infeliz, pero no como una asesina.

Conclusión de la segunda parte

La segunda parte de esta historia revela la complejidad del caso de Carlos Andrade y Guillermina Porta. Las contradicciones de Carlos, la ambigüedad de Guillermina y la falta de pruebas concretas convirtieron el caso en un rompecabezas sin solución definitiva. La prensa amplificó el drama, comparó a Carlos con los dinamiteros de Post Mortem S.A. y a Guillermina con una femme fatale, mientras el sistema judicial luchaba por establecer la verdad en un caso donde las pasiones humanas eran más claras que los hechos.

En la tercera y última parte, exploraremos el desenlace del caso: la liberación de Guillermina, el destino de Carlos, y las preguntas sin respuesta que convirtieron esta historia en un misterio perdurable de la crónica roja mexicana. ¿Fue Guillermina la mente maestra, o solo una mujer atrapada en un triángulo amoroso? ¿Qué motivó a Carlos a arriesgarlo todo por un amor que quizás nunca fue suyo? Estas preguntas, junto con el impacto cultural del caso, cerrarán esta trágica historia de amor y muerte.

Archivos policíacos



Carlos Andrade Macías

Capítulo 4 El Robo del Año

El 24 de febrero de 1957, un suceso insólito sacudió la tranquila rutina de la Ciudad de México: el robo del supuesto «topacio más grande del mundo», denunciado por la actriz venezolana Francesca de Scaffa. Este no fue un hurto cualquiera; fue un caso que entrelazó el brillo de Hollywood, las sombras del crimen organizado mexicano y la figura controvertida de Bernabé Jurado, conocido como «el abogado del mal». Lo que parecía un simple robo de joyas se convirtió en una trama compleja, llena de sospechas, personajes dudosos y un trasfondo de ambición y engaño. A continuación, se narra la historia en detalle, para explorar los eventos, los personajes involucrados, el contexto histórico y las implicaciones de este fascinante episodio.

I. El escenario: México en los años 50

En 1957, México atravesaba una etapa de transformación. La posguerra había traído estabilidad económica bajo el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines, y la Ciudad de México se afirmaba como un centro cultural y cosmopolita. El cine nacional vivía su apogeo, con figuras como María Félix, Pedro Infante y Cantinflas que dominaban la pantalla grande. Sin embargo, detrás del brillo y el glamour, la capital ocultaba un mundo de intrigas, donde el crimen organizado y las élites sociales compartían espacios en una danza peligrosa.

El edificio Vendome, situado en la calle Balsas 37 de la colonia Cuauhtémoc, reflejaba esa dualidad. Elegante y moderno, alojaba a residentes de clase alta, artistas y extranjeros atraídos por el encanto de la ciudad. Pero su historia ya mostraba sombras: en 1956, un español llamado Manuel Justo apareció muerto en circunstancias misteriosas, junto a la hija de una actriz del cine mudo. Desde entonces, el Vendome se convirtió en un lugar donde lo inesperado no sorprendía.

En ese contexto llegó Francesca de Scaffa, actriz venezolana radicada en Estados Unidos, reconocida por su belleza y por su matrimonio con el actor Bruce Cabot. Su presencia en México no pasó inadvertida, no solo por su fama, sino por su vínculo con Bernabé Jurado, abogado cuya reputación oscilaba entre el genio jurídico y la corrupción más descarada.

II. Bernabé Jurado fue un personaje escandaloso y fascinante, un abogado mexicano que se mofó de las leyes y los valores sociales con una audacia sin igual. Con una moral retorcida y una habilidad extraordinaria para manipular el sistema legal, Jurado se dedicó a actividades ilícitas que incluyeron asesinatos, violaciones, sobornos a autoridades y todo tipo de negocios turbios. Entre sus hazañas más notorias está su participación en la espectacular fuga del narcotraficante estadounidense Joel Kaplan del penal de Santa Martha Acatitla en los años setenta.

Desde los años cuarenta del siglo XX, Jurado se hizo famoso por su destreza retórica y su capacidad para liberar criminales de la justicia, convirtiéndose en una figura influyente tanto en los bajos mundos como en los círculos de poder. Frecuentaba a los políticos más destacados y a las celebridades más reconocidas de la farándula mexicana, mientras alimentaba su afición por el alcohol, las drogas y los romances tormentosos que marcaban su vida personal.

Entre los episodios más destacados de su carrera están:

- Vínculo con León Trotsky: Jurado estuvo involucrado en la llegada del revolucionario ruso León Trotsky a México en 1937, un hecho que marcó la historia política del país.

- Defensa de William Burroughs: En septiembre de 1951, asumió la defensa del escritor estadounidense William Burroughs, quien mató a su esposa, la escritora Joan Vollmer, de un disparo en la cabeza en la Ciudad de México, lo que logró mitigar las consecuencias legales del caso.

- Divorcio fraudulento de Pedro Infante: Jurado fraguó el polémico divorcio del ícono mexicano Pedro Infante con María Luisa León, lo que permitió que este pudiera casarse con la actriz Irma Dorantes, un escándalo que resonó en la sociedad mexicana.

- Fuga de Joel Kaplan: En los años setenta, participó en la planeación y ejecución de la audaz fuga de Joel Kaplan, un narcotraficante encarcelado en el penal de Santa Martha Acatitla, un evento que capturó la atención internacional y se convirtió en leyenda.

La vida de Bernabé Jurado, con su mezcla de genialidad, corrupción y desenfreno, lo convirtió en un personaje inolvidable, temido y admirado por igual. Su capacidad para burlar las leyes y su carisma lo consolidaron como una figura única en la historia criminal y social de México.

III. Francesca de Scaffa: La protagonista de la trama

Francesca de Scaffa, también conocida como Francesca de Borbón y Saezza, representaba una figura enigmática. Nacida en Venezuela, había alcanzado cierto reconocimiento en Hollywood, aunque sin llegar al estrellato de las grandes divas de la época. Su matrimonio con Bruce Cabot, actor célebre por sus papeles de gánster en películas como King Kong (1933), la mantenía en el radar de la prensa sensacionalista. Sin embargo, la relación atravesaba una crisis, y Francesca había viajado a México con la intención de iniciar el proceso de divorcio, que según las leyes vigentes requería una residencia temporal en el país.

No llegó sola. La acompañaban su madre, su hija y un círculo de amistades que incluía a figuras como Jacqueline Evans, otra actriz de la época. Su arribo a la Ciudad de México, semanas antes del robo, se convirtió en un evento mediático. Bernabé Jurado, el abogado que la representaría, la recibió en el aeropuerto con mariachis, gesto extravagante que revelaba su carácter teatral y sus vínculos con el mundo del espectáculo.

Francesca se instaló en el edificio Vendome, en un departamento que, según sus propias palabras, resguardaba joyas de valor incalculable, entre ellas el famoso «topacio más grande del mundo». Afirmaba que las alhajas, guardadas en un cofre de madera forrado en terciopelo azul, alcanzaban un valor de 4 millones de pesos, cifra exorbitante para la época. Desde el inicio, tanto las autoridades como la prensa pusieron en duda esa estimación, sospechaban que se trataba de una exageración destinada a atraer atención o incluso a justificar un posible fraude al seguro.

IV. El día del robo: 24 de febrero de 1957

El domingo 24 de febrero amaneció sin sobresaltos en la Ciudad de México. Francesca de Scaffa, junto a su madre, Jacqueline Evans y otros conocidos, decidió asistir a una corrida de toros en la Plaza México, una de las actividades más populares del momento. Según su testimonio posterior, el grupo abandonó el departamento alrededor de las tres de la tarde, después de almorzar en el Restaurante Artículo 123, famoso por su ambiente refinado.

Antes de salir, la madre de Francesca cerró la puerta con dos vueltas de llave, detalle que más tarde adquiriría relevancia. El grupo pasó la tarde en la plaza, entre gritos y aplausos, sin sospechar que, mientras disfrutaban del espectáculo, alguien se preparaba para cometer un crimen en el Vendome.

Alrededor de las siete de la noche, al regresar al departamento, la madre de Francesca intentó abrir la puerta. Notó que la cerradura no ofrecía resistencia. «Oye, Francesca, parece que dejé abierta la puerta al irnos», comentó, según el relato de la actriz. Nadie reaccionó con alarma y todos entraron. Fue entonces cuando Francesca se detuvo en seco: al pie de la escalera, el alhajero de terciopelo azul yacía vacío.

La actriz revisó el contenido y confirmó la desaparición de todas las joyas, incluido el supuesto topacio. El resto del

departamento permanecía intacto: las pieles valiosas seguían en su sitio y no había señales de desorden. Este detalle despertó sospechas entre los investigadores, pues indicaba que los responsables conocían el lugar y sabían con exactitud qué buscar.

Francesca, junto a Jacqueline Evans y su madre, intentó conservar la calma. «Actué con serenidad, quizá sin comprender del todo lo que ocurría», declaró más tarde. Sin embargo, la magnitud del robo se hizo evidente. La actriz contactó a las autoridades y a su abogado, Bernabé Jurado, quien se encontraba en Buenos Aires, lejos del escándalo.

V. La investigación comienza: Las primeras pistas

La denuncia llegó al Control de la Jefatura de Policía a las siete de la noche, mediante una llamada telefónica. En medio de un domingo tranquilo, la noticia no provocó alarma inmediata. «¿Un robo en un departamento? ¿El topacio más grande del mundo?», pensaron los oficiales, con evidente escepticismo. El caso fue asignado a la 19ª Compañía de Policía, y el comandante Cervantes se dirigió al edificio Vendome para encargarse en persona.

Al llegar, los agentes encontraron a Francesca de Scaffa con el rostro tenso, aunque sin perder la compostura. La actriz relató los hechos del día: la comida en el Restaurante 123, la corrida de toros, el regreso al departamento y el hallazgo del alhajero vacío. Mencionó a sus amistades, aunque pidió a los periodistas que evitaran divulgar sus nombres. A pesar de ello, uno salió a la luz de inmediato: Bernabé Jurado, su abogado, cuya fama ya circulaba entre policías y reporteros.

El lunes 25 de febrero, la prensa se volcó sobre el caso. Decenas de periodistas, fotógrafos y camarógrafos acudieron al Vendome en busca de detalles. Francesca, consciente de su imagen pública, los recibió con elegancia, aunque solicitó unos minutos para arreglarse. Durante la rueda de prensa improvisada, reiteró su vínculo con Bruce Cabot, de quien planeaba divorciarse

con la ayuda de Jurado. También insistió en que el valor de las joyas robadas ascendía a 4 millones de pesos, cifra que provocó miradas escépticas entre los presentes.

Los agentes del Servicio Secreto, bajo el mando del coronel Manuel Mendoza Domínguez, iniciaron la investigación. Un detalle captó su atención de inmediato: la cerradura del departamento no presentaba señales visibles de haber sido forzada. En cambio, en el departamento contiguo aparecieron huellas de un intento de fractura. Este hallazgo condujo a dos hipótesis iniciales:

1. Ladrones profesionales: Un grupo de delincuentes con experiencia, tal vez vinculado al hampa capitalina, habría ingresado al edificio y, por azar, descubierto el alhajero con las joyas.

2. Trabajo interno: Alguien con conocimiento del departamento y de las pertenencias de Francesca habría participado, lo que explicaría la precisión del robo y la ausencia de desorden.

VI. Los sospechosos: Una galería de personajes turbios

La investigación tomó un giro inesperado cuando los agentes comenzaron a revisar el entorno cercano de Francesca. Tres nombres surgieron con rapidez: Bruce Cabot, Bernabé Jurado y Rodolfo Antonio Lemus, alias «Tony, el Calvo».

Bruce Cabot: El esposo con un pasado dudoso Actor estadounidense, famoso por su papel en King Kong y por interpretar gánsteres en Hollywood, Bruce Cabot arrastraba una reputación cuestionable. En 1947, se vio envuelto en un escándalo en México: el robo de una joya perteneciente a la marquesa de Olay, esposa de un noble español. La marquesa, hospedada en el Hotel Reforma, denunció la desaparición de un prendedor de brillantes tras una noche de fiesta con Cabot en el Club Héroes. Aunque nunca se comprobó su culpabilidad, las

sospechas lo rodearon, y muchos consideraron el robo como una maniobra publicitaria.

En 1957, Cabot se encontraba en Roma, lo que lo excluía como autor material del robo. Sin embargo, su «negra reputación», como la describió la prensa, proyectaba sombras sobre Francesca. Ella lo retrató como un hombre arrogante, derrochador, incapaz de conservar su fortuna pese a sus éxitos cinematográficos. Los investigadores no descartaron que el robo estuviera vinculado a sus conflictos matrimoniales o a problemas financieros.

Bernabé Jurado: El abogado del mal Figura legendaria del México de los años 50, Bernabé Jurado era conocido por defender casos escandalosos, desde poetas que asesinaban a sus esposas hasta líderes del crimen organizado. Su historial incluía falsificación de documentos, sobornos a jueces y frecuentes visitas a antros como el Waikiki y Catacumbas, donde se relacionaba con personajes de reputación dudosa.

Jurado recibió a Francesca en el aeropuerto con mariachis, gesto que reflejaba su estilo teatral. Aunque se encontraba en Buenos Aires al momento del robo, su ausencia levantó sospechas. Los investigadores consideraban que podía haber ideado el robo desde el extranjero, para aprovechar sus conexiones. Su vínculo con Francesca no era reciente; la actriz había residido en México cinco años antes, y Jurado ya la conocía. Además, estaba al tanto de los detalles del divorcio y de la situación financiera de Bruce Cabot, lo que lo convertía en una pieza clave del caso.

Rodolfo Antonio Lemus: Tony, el Calvo Originario de Tampa, Florida, Lemus tenía antecedentes por robo en Nueva York y mantenía una estrecha relación con Jurado. Vivía en su casa y conoció a Francesca poco después de su llegada a México. El día del robo, Tony estuvo con la actriz, lo que lo colocaba en una posición comprometida.

Durante los interrogatorios, Lemus incurrió en varias contradicciones. Aseguró haber visto solo un collar de escaso valor entre las joyas, lo que contradujo la versión de Francesca sobre los 4 millones de pesos. También afirmó que no tuvo oportunidad de cometer el robo, ya que permaneció con ella todo el día. Sin embargo, los agentes descubrieron que conocía el lugar exacto donde se guardaba el alhajero, dato que Francesca confirmó al admitir que se lo había mostrado sin precaución.

VII. La investigación se intensifica: Nuevas pistas y un tercer hombre

Después de 48 horas de indagación, el Servicio Secreto, dirigido por Mendoza Domínguez, estrechó el cerco. Los agentes José Luis Haro Rodríguez y Rafael Rocha Cordero concluyeron que el robo no correspondía a ladrones comunes. La ejecución precisa, sin desorden ni daños, apuntaba a una operación interna. Las huellas en el departamento contiguo indicaban que los autores pudieron haber ingresado por la parte trasera del edificio, para utilizar el garaje y una escalera de caracol.

La atención se centró en Tony Lemus, quien fue detenido para un interrogatorio más riguroso. Bajo presión, mencionó a un tercer implicado: Julio Martínez, otro conocido de Jurado. Según Lemus, Martínez podría estar involucrado, aunque no ofreció detalles concretos. Esta revelación llevó a los agentes a examinar la red de contactos del abogado, quien parecía ser el eje de la conspiración.

El caso dio un giro inesperado cuando Consuelo Jurado, hermana de Bernabé, se presentó ante las autoridades. Declaró que, el día del robo, Tony la había llamado para preguntar si alguien le había entregado un paquete. Horas más tarde, Julio Martínez llegó a su casa y dejó un bulto envuelto en papel manila, indicaba que era para Tony. Al sospechar por las noticias en la prensa, Consuelo consultó con un abogado y decidió entregar el

paquete a las autoridades. Al abrirlo, los agentes encontraron las joyas robadas, incluido el supuesto topacio.

VIII. La resolución: Las joyas recuperadas, pero las dudas persisten

El 27 de febrero, apenas tres días después del robo, el general Manuel Molina, jefe de la policía, presentó las joyas recuperadas a Francesca. La actriz confirmó que eran suyas, aunque persistían las dudas sobre su valor real. Mendoza Domínguez señaló a Tony Lemus y Julio Martínez como los autores materiales, mientras que Jurado figuraba como el presunto autor intelectual. Sin embargo, su estancia en Argentina dificultaba la comprobación de su implicación directa.

Consuelo Jurado insistió en que desconocía el contenido del paquete. Su testimonio, aunque favorable para su hermano, permitió cerrar el caso. Tony Lemus reconoció su vínculo con Martínez, pero negó haber participado en el robo. Julio Martínez desapareció poco después, y las autoridades no lograron ubicarlo de inmediato.

IX. Análisis y contexto: ¿Un robo real o un montaje?

El robo del supuesto topacio más grande del mundo dejó abiertas varias interrogantes. La primera gira en torno al valor real de las joyas. Los investigadores, entre ellos Mendoza Domínguez, pusieron en duda la cifra de 4 millones de pesos. Consideraron que Francesca pudo haber inflado el monto con fines publicitarios o para justificar una reclamación al seguro. En los años cincuenta, los escándalos protagonizados por celebridades funcionaban como herramientas para mantenerse en el centro de atención. Francesca, cuya carrera atravesaba una etapa de declive, quizá vio en el robo una oportunidad para recuperar notoriedad.

La implicación de Bernabé Jurado resulta difícil de negar, aunque nunca se logró una comprobación legal. Su historial de manipulación y la red de contactos que mantenía —entre ellos

Tony Lemus y Julio Martínez— lo perfilaban como el candidato ideal para planear un robo de esa magnitud. Su viaje a Buenos Aires, realizado justo antes del crimen, parecía diseñado para construir una coartada, mientras sus allegados ejecutaban el plan en México.

El papel de Bruce Cabot, aunque secundario, añadió una capa adicional de sospecha. Su pasado escandaloso y la relación conflictiva con Francesca sugieren que el robo pudo haber estado vinculado a disputas financieras derivadas del divorcio. No obstante, su estancia en Roma lo excluyó como autor material del delito.

El contexto del edificio Vendome y de la Ciudad de México en los años cincuenta también merece atención. La capital atraía a figuras internacionales, pero al mismo tiempo ofrecía terreno fértil para el crimen organizado. Bernabé Jurado, con sus vínculos en antros y círculos de poder, encarnaba esa dualidad. Se movía con soltura entre la élite y el bajo mundo, sin perder influencia en ninguno de los dos.

X. Conclusión: Un caso que trasciende el robo

El robo del topacio no se limitó a un acto delictivo. Representó el retrato de una época y de una ciudad donde el glamour y la corrupción compartían escenario en una armonía precaria. Francesca de Scaffa, con su belleza y sus vínculos con Hollywood, encarnaba el ideal de la fama, pero también la fragilidad de quienes se rodeaban de personajes como Bernabé Jurado. El abogado, experto en sortear la justicia, simbolizaba la impunidad de una élite que operaba fuera del alcance de la ley.

Aunque las joyas fueron recuperadas, el caso dejó más incógnitas que certezas. ¿El topacio poseía en realidad ese valor? ¿Francesca fue víctima de una conspiración o parte activa de ella? ¿Cuál era el verdadero alcance de la influencia de Jurado? Estas preguntas, junto con la recuperación de las alhajas, transformaron

el episodio en un capítulo emblemático de la crónica negra mexicana.

El robo de 1957 permanece como una historia de intriga, un recordatorio de que, en el México de aquella década, la verdad se ocultaba con la misma destreza que las sombras que cruzaban los callejones de la capital.



Francesca de Scaffa

Capítulo 5 La Mansión de los Horrores

En el corazón de la Ciudad de México, sobre la apacible y aristocrática Avenida San Ángel, se erigía una mansión de estilo californiano que, en 1945, se transformó en el epicentro de uno de los episodios más escalofriantes de la crónica negra mexicana. En esa residencia, ubicada en el número 26, un ingeniero de aviación checoslovaco, Robert Arnold, instauró un régimen de terror que sacudió a una sociedad aún marcada por los ecos de la Segunda Guerra Mundial. Este relato, basado en las crónicas de los periódicos de la época, reconstruye con precisión los orígenes de esta historia macabra, desde la llegada de Arnold a México hasta los primeros indicios de sus crímenes, que convirtieron una mansión de lujo en una cámara de torturas digna de la Inquisición.

I. El contexto: México en 1945 y la llegada de un fugitivo

En 1945, México atravesaba una etapa de transformación. Aunque la Segunda Guerra Mundial se libraba a miles de kilómetros, sus efectos se sentían en el país. La economía prosperaba gracias a la exportación de materias primas a los Aliados, y la capital se consolidaba como refugio para exiliados europeos que huían de la devastación. Entre ellos se encontraba Robert Arnold, un hombre de 54 años, de tez blanca, ojos azules y una figura que, según testimonios posteriores, había perdido su robustez y mostraba hombros caídos, reflejo de una vida cargada de tensiones.

Arnold contaba con un diploma que lo acreditaba como ingeniero de aviación, lo cual le otorgaba prestigio en círculos científicos y empresariales. Sin embargo, su pasado permanecía envuelto en misterio. Había huido de Europa tras el avance nazi sobre París, donde vivía con su esposa, Gerda Schwartz, y su hija

Dorothy, de 18 años. Su ruta de escape lo llevó primero a Portugal, luego a Cuba y después a México, país que le ofreció un nuevo comienzo gracias a su política de acogida. Pero Arnold no buscaba redención; traía consigo una oscuridad que pronto se manifestaría en su residencia de San Ángel.

La Ciudad de México de los años cuarenta crecía con rapidez. Colonias como San Ángel combinaban la elegancia de las casonas coloniales con el estilo moderno de nuevas edificaciones. La avenida, con sus amplias aceras y jardines cuidados, representaba el prestigio de las familias acomodadas. La mansión de Arnold destacaba por su fachada imponente: muros blancos, ventanales enrejados y un diseño que evocaba las villas de la costa oeste estadounidense. En su interior, la opulencia se hacía evidente: alfombras gruesas, muebles de madera fina, sistemas de calefacción y ventilación avanzados, y una colección de objetos valiosos. Según rumores, Arnold poseía un cuadro de Rembrandt valuado en un millón y medio de dólares, resguardado en el Banco de México. Sin embargo, tras esa fachada lujosa se ocultaban secretos siniestros.

II. Robert Arnold: El hombre detrás del monstruo

Robert Arnold Berhart, como lo conocían en ciertos círculos, proyectaba una imagen enigmática. A pesar de su delgadez y rostro surcado por arrugas, su carisma y formación como ingeniero le permitieron establecer vínculos con personas influyentes en Europa y México. Se presentaba como un hombre culto, inventor de proyectos ambiciosos, y caballero que vivía con ostentación. Pagaba sumas elevadas por trayectos en autos de alquiler y organizaba reuniones que, según rumores, rozaban lo escandaloso.

Bajo esa apariencia sofisticada se ocultaba una personalidad perturbada. Los reportes indican que Arnold padecía un desequilibrio mental, quizás agravado por un accidente de aviación que le habría causado daño cerebral. Este trauma,

sumado a sus vivencias durante la guerra y su huida, alimentó una obsesión por el control y una inclinación al sadismo. Se consideraba víctima de persecuciones, convencido de que enemigos imaginarios querían apropiarse de sus inventos. Ese delirio justificaba sus actos más atroces.

Antes de llegar a México, Arnold ya mostraba signos de conducta aberrante. Según su esposa, Gerda Schwartz, la obligó a convivir con cinco mujeres en su hogar parisino, todas sometidas a una mezcla de dominación y desprecio. Compartían la mesa y eran exhibidas en público, como trofeos, durante paseos por los Campos Elíseos. Esta dinámica de control y humillación se trasladó a México, donde su mansión reflejaba su mente retorcida.

III. La mansión de San Ángel: Escenario de opulencia y terror

La casa de Avenida San Ángel 26 no era solo una residencia; funcionaba como fortaleza que proyectaba el estatus de Arnold y ocultaba sus crímenes. Un pasadizo secreto la conectaba con un palacete en la Avenida del Desierto, lo que le permitía moverse sin restricciones. Ese túnel simbolizaba su doble vida: por un lado, empresario respetado; por otro, sádico que celebraba bacanales y torturaba víctimas en su «cámara de los suplicios».

El interior de la mansión ofrecía un contraste inquietante entre lujo y horror. Las habitaciones principales exhibían muebles de caoba, lámparas de cristal y alfombras que amortiguaban el sonido. Los sistemas de calefacción y ventilación, poco comunes en México en esa época, generaban un ambiente perfecto. Sin embargo, los sótanos y ciertas habitaciones ocultas presentaban una atmósfera distinta. Allí, Arnold había instalado verdaderas «cámaras de tortura»: espacios de madera y hierro donde encadenaba a sus víctimas, desnudas y hambrientas, sometidas a tormentos que evocaban prácticas inquisitoriales.

Uno de los métodos más crueles consistía en dejar caer una gota de agua sobre la cabeza de la víctima, lo que provocaba un suplicio psicológico que conducía a la locura. También utilizaba un trozo de pan atado a un hilo, que subía y bajaba para burlarse de la desesperación de sus prisioneros. Estas prácticas revelaban no solo su sadismo, sino también una mente meticulosa que encontraba placer en el sufrimiento ajeno.

IV. Las víctimas: Gerda, Teresa y Ricardo

Gerda Schwartz, esposa de Arnold, vivió marcada por años de abuso. Originaria de Europa, lo acompañó en su huida de París y soportó tanto las penurias del exilio como el trato degradante que él le imponía. En México, su situación se agravó. Arnold la relegó, la menospreció por su edad —mayor que las jóvenes sirvientas que captaban su atención— y la sometió a torturas físicas y psicológicas. En uno de los episodios más graves, le disparó en el costado izquierdo, lo que provocó su internamiento en un sanatorio. A pesar del dolor, Gerda guardó silencio durante años, obedecía por temor a represalias.

También presencié el maltrato que Arnold infligía a su hija Dorothy, una joven de 18 años. Privada de educación formal y de contacto social, creció en un entorno de aislamiento y violencia. Nunca asistió a una escuela; recibía clases de maestros privados en la mansión y carecía de amistades o afecto paternal. Los reportes la describen como una joven enfermiza, marcada por los golpes de su padre y su temperamento violento.

Teresa Jiménez Romo: La sirvienta convertida en amante

Teresa Jiménez Romo, una joven de 19 años originaria de Aguascalientes, ingresó a la mansión en septiembre de 1941 como empleada doméstica. Su belleza —tez apiñonada, cejas pobladas y rostro delicado— captó de inmediato la atención de Arnold. A los pocos días, él la obligó a convertirse en su amante, una relación impuesta bajo amenazas de muerte. En 1943, Teresa dio a luz a Alicia, hija de Arnold, quien, lejos de representar una

fuentes de alegría, se convirtió en otra víctima de sus abusos. Alicia, con apenas tres años en 1945, apenas articulaba palabra debido al maltrato constante.

Durante años, Teresa soportó tormentos inimaginables. Arnold la desnudaba, la encadenaba junto a Gerda en noches de crueldad extrema y la sometía a privaciones alimenticias. Las marcas en su cuerpo —moretones en muñecas, piernas y espalda— evidenciaban los grilletes que la mantenían cautiva durante largos periodos. A pesar del sufrimiento, Teresa estableció un vínculo de solidaridad con Gerda, ambas unidas por el odio hacia su agresor. En una entrevista concedida a La Prensa desde el Hospital Juárez, donde recibió atención médica tras su rescate, Teresa narró que Arnold la llevó a Argentina en 1944. Durante ese viaje, por un breve instante, creyó sentir afecto por él. Sin embargo, las atrocidades posteriores sepultaron cualquier vestigio de cariño.

Ricardo Aldana Gama: El mozo torturado

Ricardo Aldana Gama, encargado de la vigilancia en la mansión, también sufrió la brutalidad de Arnold. Contratado para custodiar la propiedad, presencié los delirios persecutorios de su patrón, quien le exigía observar cualquier vehículo o persona que se acercara a la casa. El 2 de noviembre de 1945, Arnold lo condujo a su despacho y lo golpeó en la cabeza hasta dejarlo inconsciente. Al recuperar el conocimiento, Ricardo se halló desnudo, encadenado y encerrado en una habitación junto a Teresa. Su testimonio, tras ser liberado por la policía, resultó crucial para revelar la magnitud de los crímenes cometidos por Arnold.

V. Los primeros indicios de los crímenes

Los rumores sobre sucesos extraños en la mansión de San Ángel comenzaron a circular en octubre de 1945. Aunque los vecinos de la avenida solían respetar la discreción de las familias acomodadas, algunos notaron señales inquietantes: gritos

apagados durante la noche, ventanas cerradas de forma permanente y la actitud evasiva de Arnold, quien modificaba sus rutas en autos de alquiler para evitar ser seguido. Su paranoia, fingida según ciertos testimonios, reforzaba la sospecha de que algo siniestro ocurría tras los muros de la casona.

El punto de quiebre se produjo el 2 de noviembre de 1945, cuando agentes del Servicio Secreto, alertados por denuncias anónimas, irrumpieron en la mansión. Lo que encontraron parecía extraído de una pesadilla: Teresa y Ricardo, desnudos y encadenados en una habitación sombría, presentaban signos evidentes de maltrato. La policía también descubrió el pasadizo que conectaba la mansión con el palacete de la Avenida del Desierto, donde Arnold realizaba sus bacanales y torturas más extremas.

VI. La reacción inicial de la sociedad y la prensa

La noticia de los horrores en San Ángel se difundió con rapidez gracias a la cobertura de los periódicos que capturaron la indignación y el asombro de la sociedad mexicana. Titulares como «La Mansión de los Horrores» y «La Más Espantosa Inquisición en San Ángel» reflejaban el impacto del caso. La opinión pública comenzó a referirse a Arnold como «El Chacal de San Ángel» o «La Bestia de San Ángel», apodos que resumían su crueldad.

La sociedad de 1945, influida por valores conservadores y religiosos, reaccionó con escándalo ante la magnitud de los crímenes. La idea de que una mansión en una zona exclusiva albergara semejantes atrocidades desafiaba la percepción de seguridad y prestigio de San Ángel. Las exigencias de justicia surgieron de inmediato, con manifestaciones espontáneas frente a la Cárcel de Villa Álvaro Obregón, donde Arnold fue recluido tras su arresto.

VII. Los primeros pasos de la investigación

Después de su detención, Arnold fue interrogado por las autoridades de la demarcación Álvaro Obregón. Durante las diligencias del 5 de noviembre de 1945, mostró un comportamiento errático: negaba los hechos, ofrecía confesiones parciales y recurría a excusas basadas en su supuesto delirio de persecución. Alegó que sus víctimas lo traicionaban y que enemigos —incluidos nazis imaginarios— intentaban eliminarlo para apropiarse de sus inventos. En un momento en especial perturbador, intentó desacreditar a Teresa Jiménez al afirmar que poseía documentos que demostraban que ella había sido abusada por sus padres a los cinco años, una acusación que las autoridades descartaron por considerarla difamatoria.

El juez Juan José González, encargado del caso, rechazó la solicitud de libertad bajo fianza debido a la gravedad de los cargos: lesiones, secuestro con tormento, uso de arma de fuego y otros delitos. La investigación también reveló que Arnold había cometido fraudes financieros, engañó a múltiples personas con promesas de inversión en sus supuestos inventos. Las sumas defraudadas alcanzaban los 600,000 pesos, una fortuna en aquella época.

VIII. El impacto en las víctimas

El rescate de Teresa y Ricardo puso fin a su sufrimiento físico, aunque las secuelas psicológicas persistieron. Teresa, atendida en el Hospital Juárez, mostraba un rostro marcado por los golpes, pero conservaba una actitud serena durante las entrevistas. Su prioridad era proteger a su hija Alicia y encontrar paz tras años de tormento. Gerda, por su parte, intentaba recuperarse en un sanatorio, con la esperanza de reconstruir su vida junto a Dorothy. Ricardo, aunque físicamente restablecido, conservaba en su memoria las huellas de la violencia.

La relación entre Gerda y Teresa, dos mujeres que podrían haber sido rivales, se convirtió en uno de los aspectos más conmovedores del caso. Durante las diligencias judiciales, se les

vio sonreír, tomarse de la mano y compartir el alivio de saber que el reinado de terror de Arnold había llegado a su fin.

IX. El misterio de Robert Arnold

Conforme avanzaba la investigación, el perfil de Arnold adquiría mayor complejidad. No solo era un sádico, sino también un estafador astuto que había acumulado riqueza mediante engaños. Su colección de joyas y obras de arte, junto con su estilo de vida ostentoso, sugería vínculos con círculos influyentes, aunque estos no lograron protegerlo de la justicia. Un misterioso alemán intentó interceder a su favor, ofreció dinero y contactos, pero las autoridades, presionadas por la indignación pública, se mantuvieron firmes.

La mansión de San Ángel, ahora deshabitada, se convirtió en símbolo de los horrores que pueden ocultarse tras la opulencia. Los vecinos, que antes admiraban la casona, comenzaron a observarla con recelo, como si sus muros conservaran los ecos de los gritos de las víctimas.



Capítulo 6 El Raffles Mexicano

En la vibrante metrópoli de la Ciudad de México, en los albores de los años treinta, un hombre se alzaba como una figura singular en los anales del crimen: Roberto Alexander Gros, conocido por la prensa y el pueblo como «El Raffles Mexicano» o «Manos de Seda». Su vida, envuelta en un aura de misterio y audacia, era una mezcla de ingenio, elegancia y desafío a la autoridad. Este relato, inspirado en los documentos históricos y las crónicas de la época, se sumerge en la primera parte de su fascinante trayectoria, centrándose en sus orígenes, sus primeras fechorías y su espectacular primera fuga, narrada con un detalle que captura el espíritu de una era marcada por la desigualdad, el glamour y la fascinación por los bandidos caballeros.

Los Orígenes de un Ladrón de Guante Blanco

Corría el año 1900, o quizás un poco después, cuando Roberto Alexander Gros comenzó a dejar su huella en el mundo. Poco se sabe con certeza sobre su infancia, pero las crónicas sugieren que nació en el seno de una familia modesta, tal vez en algún rincón de México o incluso en el extranjero, dado su dominio del inglés y su aire cosmopolita. Algunos rumores lo situaban como hijo de un comerciante extranjero que había caído en desgracia, otros como un joven huérfano que aprendió a sobrevivir en las calles, pero lo cierto es que Alexander cultivó desde temprano una personalidad magnética, una inteligencia aguda y una habilidad innata para adaptarse a cualquier entorno.

En su juventud, Alexander se decía actor fracasado, una ocupación que, aunque no le trajo fama en los escenarios, le otorgó un talento invaluable: el arte del disfraz y la caracterización. Podía transformarse en un caballero adinerado, un humilde cargador, una mujer elegante o incluso un celador de prisión con una facilidad que desconcertaba a quienes lo conocían. Su rostro, descrito por los periódicos como «de facciones finas, con ojos

penetrantes y una sonrisa que inspiraba confianza», era su mejor herramienta. A esto se sumaba su voz, modulada con un acento que podía pasar por británico o estadounidense, y su capacidad para entablar conversaciones en inglés con una fluidez que lo hacía destacar en una ciudad donde pocos dominaban ese idioma.

Alexander no era un delincuente común. Mientras otros ladrones recurrían a la violencia o al sigilo burdo, él operaba con una sutileza que lo asemejaba a los héroes de las novelas detectivescas de la época, como Arsenio Lupín, el célebre ladrón creado por Maurice Leblanc. Inspirado por figuras como el auténtico Raffles, un hampón ficticio que robaba a la alta sociedad londinense, Alexander se propuso ser su contraparte mexicana, pero con un toque personal que lo haría único. No robaba por mera codicia; lo hacía por el desafío, por el placer de burlar a los poderosos y por la vida lujosa que sus fechorías le permitían llevar.

La Ciudad de México en los Años Treinta: Un Escenario Perfecto

Para entender las hazañas de El Raffles Mexicano, es crucial imaginar el contexto de la Ciudad de México en la década de 1930. La capital era un crisol de contrastes: por un lado, el glamour de los hoteles de lujo como el Regis, los restaurantes de la Avenida Juárez y los salones donde la élite mexicana y extranjera se reunía; por otro lado, la pobreza de los barrios populares, donde la supervivencia era una lucha diaria. La Revolución Mexicana, apenas concluida, había dejado una sociedad fracturada, con una clase alta que exhibía su riqueza en joyas, automóviles y fiestas fastuosas, mientras el resto de la población apenas subsistía.

Las cárceles, como la de Belén o el Palacio de Lecumberri, eran reflejo de esta desorganización. Aunque temidas, carecían de las medidas de seguridad modernas. La Cárcel de Belén,

ubicada en el corazón de la ciudad, era un edificio antiguo, con muros desgastados y un sistema de vigilancia laxo que dependía más de la intimidación que de la tecnología. Los celadores, mal pagados y a menudo corruptibles, eran blanco fácil para alguien con el ingenio de Alexander. Además, la prensa sensacionalista, alimentaba la fascinación del público por los criminales carismáticos, lo que convertía a figuras como El Raffles en celebridades.

En este escenario, Alexander encontró un terreno fértil para sus actividades. Los hoteles de lujo, como el Regis, eran su coto de caza favorito. Estos lugares, frecuentados por diplomáticos, empresarios y damas de sociedad, estaban llenos de oportunidades para un ladrón con su talento. Las suites albergaban joyas, relojes de oro, dinero en efectivo y objetos de valor que los huéspedes descuidaban en su confianza. Las mucamas, a menudo jóvenes y mal remuneradas, podían ser persuadidas con una sonrisa, un cumplido o un puñado de pesos. Y los sistemas de seguridad, si es que existían, eran rudimentarios, basados en cerraduras simples que un experto como Alexander podía forzar con una ganzúa.

Los Primeros Golpes: El Arte del Robo Elegante

Las primeras fechorías de Alexander, según los archivos policíacos de la época, datan de la década de 1920. Bajo nombres como Roberto Hernández, Vicente González o Robert N. Alexander, comenzó a aparecer en los registros de la policía por robos en casas de huéspedes y hoteles de menor categoría. Sin embargo, su ambición lo llevó a escalar rápido hacia objetivos más lucrativos. A diferencia de los carteristas comunes, que se conformaban con monedas o pequeños objetos, Alexander apuntaba alto: joyas de gran valor, relojes importados, antigüedades y sumas considerables de dinero.

Su técnica era impecable. Vestido con trajes de corte impecable, con anillos brillantes en los dedos y un sombrero de

ala ancha, se presentaba en los hoteles como un huésped distinguido o un comerciante extranjero. Su dominio del inglés y sus modales refinados le abrían puertas que otros delincuentes ni siquiera soñaban con tocar. Una vez dentro, observaba con atención: estudiaba los horarios de la servidumbre, identificaba las suites más prometedoras y localizaba los puntos débiles de la seguridad. En ocasiones, cortejaba a las mucamas, ganándose su confianza con halagos o pequeñas dádivas. En otras, solo forzaba una cerradura con la destreza de un cerrajero profesional.

Uno de los relatos más célebres de sus primeros años involucra un robo en el Hotel Iturbide, un establecimiento de prestigio en el centro de la ciudad. Según la crónica de la prensa, Alexander se hospedó en el hotel bajo el nombre de «Vicente Alejandres», se hacía pasar por un empresario español. Durante varios días, se mezcló con los huéspedes, asistía a cenas y charlaba con damas de sociedad. Nadie sospechaba que, mientras departía en el comedor, memorizaba los detalles de las joyas que lucían las mujeres o los horarios en que las suites quedaban vacías. Una noche, aprovechó que los huéspedes asistían a un baile en el salón principal, Alexander forzó las cerraduras de tres habitaciones, llevándose un botín que incluía un collar de perlas, un reloj de oro y una suma de dinero en dólares. Cuando los robos fueron descubiertos, él ya había desaparecido, solo dejaba tras de sí rumores y admiración.

Este tipo de golpes no solo demostraban su habilidad técnica, sino también su astucia psicológica. Alexander entendía que la clave de su éxito residía en pasar desapercibido, en ser el caballero encantador que nadie sospecharía. Nunca usaba la violencia; su arma era su carisma, su disfraz y su capacidad para leer a las personas. En una ocasión, se dice que robó la cartera de un diplomático británico mientras charlaba con él en el bar del Hotel Geneve, extrajo el dinero con tal sutileza que el hombre no se percató hasta horas después. De ahí nació su apodo, Manos

de Seda, que pronto se convirtió en sinónimo de elegancia criminal.

La Primera Captura: Un Error de Cálculo

A pesar de su destreza, Alexander no era infalible. A finales de 1931, su ambición lo llevó a cometer un error que marcaría el inicio de su leyenda como fugitivo. La policía metropolitana, alertada por una serie de robos en hoteles de lujo, había intensificado la vigilancia en lugares como el Hotel Regis, el Geneve y el Majestic. Aunque de manera inicial se sospechaba de una banda de ladrones extranjeros, que podrían ser argentinos o colombianos, los agentes comenzaron a notar un patrón: los robos ocurrían con una precisión quirúrgica, sin violencia ni testigos, y siempre en las suites de los huéspedes más acaudalados.

Alexander, confiado en su habilidad para eludir a la policía, decidió dar un golpe audaz en el Hotel Regis, un ícono de la opulencia en la Ciudad de México. El plan era simple pero arriesgado: infiltrarse en los pisos superiores durante la mañana, cuando la servidumbre aún limpiaba las habitaciones. Con su maletín de herramientas —que incluía gonzúas, llaves maestras y cosméticos para alterar su apariencia—, Alexander se coló en el hotel haciéndose pasar por un huésped que había olvidado su llave. Su traje impecable, su acento extranjero y su actitud desenfadada convencieron al recepcionista, que le permitió subir sin demasiadas preguntas.

Una vez en los pisos superiores, Alexander se movió con la precisión de un depredador. Forzó las cerraduras de seis habitaciones, seleccionadas al azar, pero con un instinto afinado por años de experiencia. En una encontró un collar de diamantes olvidado en un joyero; en otra, un reloj de dama con incrustaciones de madreperla; en una tercera, una billetera con dólares estadounidenses. Cada objeto era colocado en los bolsillos de su abrigo, diseñado con compartimentos ocultos para esconder el

botín. La adrenalina corría por sus venas, pero su rostro mantenía la calma de un hombre que pasea por el parque.

Sin embargo, el destino tenía otros planes. Una mucama, una joven de mirada aguda y olfato detectivesco, notó algo extraño. Mientras limpiaba una habitación, vio a un hombre que no reconocía como huésped salir de una suite. Su ropa era demasiado elegante para un empleado, y su actitud, aunque confiada, tenía un matiz de nerviosismo. La mucama, cuyo nombre no quedó registrado en la historia, decidió actuar. Con el pretexto de ofrecerle ayuda, se acercó a Alexander mientras este esperaba el elevador.

—¿Perdón, señor, está usted alojado en este piso? — preguntó con una mezcla de cortesía y suspicacia.

La pregunta, simple pero directa, desarmó a Alexander. Por un instante, el maestro de la estafa perdió su aplomo. Titubeó, su rostro palideció, y sus manos, esas manos de seda, temblaron de manera imperceptible. La mucama, ahora segura de que algo no estaba bien, no lo dejó escapar. Cuando el elevador llegó a la planta baja, ella gritó: «¡Ladrón! ¡Es un ladrón!», para alertar al personal de seguridad.

Los guardias, desconcertados por el alboroto, rodearon a Alexander antes de que pudiera llegar a la salida. Sin posibilidad de huir, fue llevado a una oficina donde se le ordenó vaciar sus bolsillos. Uno a uno, los objetos robados salieron a la luz: anillos, relojes, billetes, joyas, incluso una pluma fuente de oro. Alexander, al saber que estaba atrapado, no opuso resistencia. Su única reacción fue una sonrisa resignada, como si reconociera que, esta vez, el juego había terminado.

La Primera Fuga: Un Desafío a la Autoridad

La captura de Alexander fue noticia de primera plana. La Prensa y otros diarios lo describieron como «el ladrón más elegante de México», un hombre que robaba con la gracia de un

caballero y la audacia de un héroe de novela. Aunque para Alexander, la prisión no era el final, sino un nuevo desafío. Fue trasladado a la Cárcel de Belén, un lugar conocido por su falta de seguridad y sus celadores corruptibles. Desde el momento en que cruzó las puertas de la prisión, comenzó a planear su escape.

El 30 de noviembre de 1931, Alexander puso en marcha su plan. Mientras era escoltado por la calle Meave, en el centro de la ciudad, rumbo a una audiencia en los juzgados penales, aprovechó un momento de distracción de los agentes. Los detalles de esta primera fuga son escasos, pero las crónicas sugieren que Alexander, con su habilidad para el disfraz, se mezcló entre la multitud. Algunos dicen que se hizo pasar por un transeúnte cualquiera, cubriéndose con un abrigo y un sombrero que ocultaban su rostro. Otros afirman que sobornó a uno de los guardias, quien miró hacia otro lado mientras él se escabullía por una calle lateral.

Cuando los agentes se dieron cuenta de su ausencia, era demasiado tarde. La noticia de la fuga se extendió como pólvora: «¡El Raffles Mexicano ha escapado!», proclamaban los titulares. En la Jefatura de Policía, el desconcierto era total. Alexander había cumplido su promesa, hecha en tono de burla durante su captura: «Siempre son esos mis deseos, y escaparé otra vez. Que se cuiden de mí».

La fuga no solo fue un golpe a la autoridad, sino también un espectáculo que cautivó a la opinión pública. En los cafés de la Avenida Juárez, en los mercados de La Merced y en las tertulias de la élite, todos hablaban de El Raffles. ¿Cómo lo había hecho? ¿Dónde estaba ahora? Las conjeturas iban desde lo plausible — un disfraz, un soborno— hasta lo fantástico, como rumores de que había escalado un muro invisible o se había evaporado como un mago. La prensa, siempre ávida de historias sensacionales, alimentaba estas especulaciones, lo que convertía a Alexander en una figura casi mitológica.

El Regreso a las Sombras

Tras su fuga, Alexander desapareció por un tiempo. Algunos creían que había abandonado el país, quizás rumbo a Estados Unidos, donde su dominio del inglés le permitiría operar con facilidad. Otros lo imaginaban escondido en algún pueblo remoto, donde planeaba su próximo golpe. Lo cierto es que, lejos de retirarse, Alexander perfeccionaba su arte. Durante los meses siguientes, los robos en hoteles y casas de huéspedes continuaron, con el mismo sello de elegancia y precisión que caracterizaba a El Raffles. La policía, humillada por su escape, redobló sus esfuerzos para capturarlo, pero él parecía estar siempre un paso adelante.

No obstante, la libertad no duraría para siempre. En 1932, Alexander fue capturado de nueva cuenta, esta vez en circunstancias menos claras. Los registros sugieren que lo traicionó uno de sus cómplices, quizás un compañero del hampa que envidiaba su éxito. Fue llevado de vuelta a la Cárcel de Belén, para ocupar la celda número 20, donde compartía espacio con un misterioso personaje llamado J. Shubert, con quien conversaba en inglés. La policía, determinada a no repetir el error de su primera fuga, prometió vigilarlo de cerca. Pero Alexander, fiel a su naturaleza, ya planeaba su próximo movimiento.

El Escenario para una Nueva Fuga

La Cárcel de Belén, con sus muros agrietados y su sistema de seguridad deficiente, era un lugar ideal para un hombre como Alexander. Construida en una época en que las prisiones dependían más de la intimidación que de la infraestructura, ofrecía múltiples puntos de escape. Los Arcos de Belén, las calles aledañas como Gabriel Hernández y Niños Héroe, las zanjas abiertas por obras de drenaje eran oportunidades que un fugitivo astuto podía aprovechar. Los celadores, mal entrenados y a menudo sobornables, eran otro eslabón débil. Alexander, con su

capacidad para leer a las personas y explotar sus debilidades, sabía que su segunda fuga era solo cuestión de tiempo.

Mientras ocupaba su celda, Alexander observaba y planeaba. Hablaba con Shubert, estudiaba los horarios de los guardias, memorizaba las rutinas de los visitantes. Cada detalle, desde el color de las fichas que usaban los visitantes hasta el modo en que los celadores se cubrían con cobijas al terminar su turno, era una pieza en el rompecabezas de su escape. La prensa, siempre atenta a sus movimientos, especulaba sobre cómo lo haría esta vez. ¿Se disfrazaría de mujer, como se rumoreaba? ¿Escalaría los muros? ¿Se escabulliría por las zanjas? Nadie sabía con certeza, pero todos coincidían en una cosa: El Raffles Mexicano no era un hombre que se rindiera tan fácil.

La primera fuga de Roberto Alexander Gros, conocido como El Raffles Mexicano o Manos de Seda, había sacudido la Ciudad de México en 1931, convirtiéndolo en una figura de leyenda. No obstante, su captura posterior y su reclusión en la Cárcel de Belén en 1932 no hicieron más que preparar el escenario para un capítulo aún más audaz de su vida: su segunda fuga, una hazaña que consolidaría su reputación como el ladrón más ingenioso y carismático de México. Esta segunda parte de su historia, narrada con un nivel de detalle que captura la atmósfera vibrante y caótica de la época, explora su tiempo en prisión, la planificación y ejecución de su espectacular escape, su vida como fugitivo y su eventual captura en Torreón, donde se convirtió en una celebridad nacional. A través de esta narrativa, se desentraña el genio de un hombre que desafió a la autoridad con astucia, elegancia y un toque de teatralidad.

La Vida en la Cárcel de Belén: Un Escenario para el Ingenio

La Cárcel de Belén, situada en el corazón de la Ciudad de México, era un edificio que parecía más un relicario del pasado que una prisión moderna. Construida en el siglo XVII como convento, sus muros de piedra, agrietados por el tiempo,

albergaban celdas húmedas y oscuras donde los reclusos convivían con la humedad, las ratas y la negligencia de un sistema penitenciario corrupto. Las puertas de madera, reforzadas con herrumbre, crujían al abrirse, las ventanas, pequeñas y enrejadas, apenas dejaban pasar la luz del día. Los celadores, mal pagados y desmotivados, patrullaban los pasillos con una mezcla de indiferencia y brutalidad, mientras los presos, desde ladrones comunes hasta asesinos, formaban una jerarquía interna donde la astucia era tan valiosa como la fuerza.

Roberto Alexander, alojado en la celda número 20, era un extraño en este mundo de sombras. Vestido con los restos de un traje que, aunque desgastado, aún conservaba un aire de elegancia, destacaba entre los reclusos. Su compañero de celda, un misterioso individuo conocido como J. Shubert, se convirtió en su confidente. Las crónicas de la época sugieren que Shubert era un extranjero, tal vez un estafador de menor categoría, con quien Alexander conversaba en inglés, un idioma que resonaba como un murmullo exótico en los pasillos de Belén. Estas charlas, según los guardias que las escuchaban a medias, giraban en torno a planes, disfraces y recuerdos de golpes pasados, aunque Alexander siempre mantenía un aire de misterio, como si supiera que cada palabra podía ser un arma de doble filo.

Desde el momento en que ingresó a la prisión, Alexander comenzó a estudiar su entorno con la precisión de un estratega militar. Observaba los horarios de los celadores, que cambiaban de turno con una regularidad predecible: a las 6 de la mañana, al mediodía y a las 6 de la tarde. Notó que los guardias, al terminar su jornada, a menudo se echaban una cobija sobre los hombros para protegerse del frío matutino o vespertino, una costumbre que le pareció una oportunidad. Memorizó las rutas de los visitantes, que entraban y salían por la puerta principal en la calle Gabriel Hernández, portaban fichas blancas o azules que servían como pase de acceso. Estas fichas, simples discos de madera o metal sin marcas distintivas, eran una reliquia de un sistema de

seguridad obsoleto, fácil de obtener en bazares o incluso fabricables por un hombre con recursos.

La prisión, además, estaba rodeada de puntos vulnerables. Las obras de drenaje en las calles aledañas, como Niños Héroes y Río de la Loza, habían dejado zanjas y túneles que, aunque vigilados, ofrecían posibles rutas de escape. Los muros exteriores, aunque altos, no eran infranqueables; algunos sectores estaban desgastados, y las bardas podían escalarse con la ayuda de una cuerda o una escalera improvisada. Alexander, con su mente inquieta, consideraba todas estas posibilidades, pero su instinto le decía que la clave no estaba en la fuerza bruta, sino en la sutileza. Había escapado una vez disfrazándose y mezclándose con la multitud; ahora, en Belén, planeaba algo aún más audaz.

La Planificación de la Fuga: Un Juego de Ajedrez

La segunda fuga de Alexander no fue un acto impulsivo, sino el resultado de semanas de observación y preparación meticulosa. Cada día, mientras los demás reclusos se resignaban a su rutina de encierro, él se dedicaba a desentrañar los secretos de la prisión. Caminaba por el patio durante las horas permitidas, de manera aparente sin rumbo, pero en realidad estudiaba las sombras de los muros, la distancia entre las torres de vigilancia y los puntos ciegos donde los guardias no podían verlo. Hablaba con otros presos, ganándose su confianza con su carisma y pequeñas dádivas —quizás un cigarrillo o una moneda que había logrado conservar—, a cambio de información sobre los hábitos de los celadores o los horarios de los proveedores que entraban con comida y suministros.

Una de las claves de su plan era el sistema de visitas. Cada día, familiares, abogados y curiosos ingresaban a Belén para ver a los reclusos. Los guardias, abrumados por el volumen de personas, apenas revisaban las fichas de acceso, que se entregaban a la entrada y se devolvían a la salida. Alexander notó

que las fichas azules eran para los visitantes comunes, mientras que las blancas se reservaban para los agentes de policía o personal autorizado. Estas fichas, carentes de cualquier marca identificativa, eran su boleto a la libertad. Solo necesitaba una, y un disfraz que lo convirtiera en alguien invisible: un visitante, un celador o tal vez un proveedor.

Otro elemento crucial fue su interacción con los celadores. Alexander, con su don para la manipulación, comenzó a cultivar una relación con algunos de ellos. No era difícil; muchos guardias, mal remunerados y descontentos, estaban abiertos a pequeños sobornos o favores. Alexander, aunque no tenía acceso a grandes sumas de dinero en prisión, podía ofrecer promesas de futuras recompensas, respaldadas por su reputación como ladrón exitoso. Además, su carisma natural lo hacía un compañero de conversación agradable, alguien que podía hacer reír a los guardias con historias de sus aventuras o halagarlos con cumplidos sutiles. Uno de los celadores, un hombre de mediana edad con anteojos oscuros y una figura similar a la de Alexander, llamó de forma particular su atención. Este guardia, conocido por su costumbre de cubrirse con una cobija al salir de su turno, se convirtió en el modelo para su disfraz.

El plan comenzó a tomar forma. Alexander sabía que salir por la puerta principal era su mejor opción; escalar muros o escabullirse por zanjas era arriesgado y requería un esfuerzo físico que no estaba seguro de poder sostener, en especial para cargar su abrigo y una cobija, objetos que planeaba llevarse para mantener su apariencia de caballero. La idea era simple pero brillante: disfrazarse de alguien que pudiera salir sin levantar sospechas, ya fuera un celador que terminaba su turno o un visitante que entregaba su ficha azul. Para ello, necesitaba tres cosas: un disfraz convincente, una ficha de acceso y un momento de distracción en la prisión.

La Ejecución: La Fuga de Belén

El día elegido para la fuga fue un lunes, quizás a principios de 1932, aunque las crónicas no precisan la fecha exacta. Era un día como cualquier otro en Belén: el sol se filtraba muy débil a través de las rejas, los presos se movían en el patio, y los celadores patrullaban con su habitual mezcla de aburrimiento y tensión. Alexander, sin embargo, estaba listo. Durante las semanas previas, había acumulado pequeños objetos que serían clave para su plan: un par de anteojos oscuros, quizás obtenidos a través de un trueque con otro preso; un frasco de cosméticos, escondido entre sus pertenencias, que usaría para alterar su apariencia; y una cobija, que no solo lo protegería del frío, sino que también serviría como parte de su disfraz.

La mañana comenzó con el primer recuento de presos, a las 8 de la mañana. Alexander estaba presente y respondió con su habitual calma cuando los guardias pasaron lista. Nadie sospechaba nada; para los celadores, era solo otro recluso, aunque uno con una reputación que los mantenía alerta. No obstante, Alexander sabía que el segundo recuento, programado para las 3 de la tarde, sería su ventana de oportunidad. Entre las 8 y las 3, la prisión estaba en su momento de mayor actividad: los visitantes llegaban, los proveedores descargaban mercancías, y los celadores se relajaban, confiados en que el primer recuento había confirmado la presencia de todos los presos.

En su celda, Alexander se preparó con la precisión de un actor antes de una función. Usó sus cosméticos, alteró su rostro para parecerse al celador de los anteojos oscuros. Un poco de sombra en las mejillas, un toque de cera para moldear las cejas, y los anteojos prestados transformaron su apariencia lo suficiente como para pasar un escrutinio superficial. Se puso su abrigo, que había conservado, y se envolvió en la cobija, después imitó la postura encorvada de los guardias al salir de su turno. La ficha azul, obtenida a través de un contacto externo —quizás un visitante sobornado o un preso con acceso a contrabandistas—, estaba escondida en su bolsillo.

A las 2:50 de la tarde, cuando los pasillos de Belén estaban llenos del bullicio de los visitantes y los proveedores, Alexander salió de su celda. Las crónicas no son claras sobre cómo logró abrir la puerta, pero es probable que contara con la complicidad de un celador o que usara una ganzúa improvisada, una habilidad que había perfeccionado en sus años de ladrón. Caminó con paso firme pero discreto, mantenía la cabeza baja y la cobija cubría de forma parcial su rostro. Los demás presos, ocupados en sus propias conversaciones, apenas lo notaron. Los celadores, distraídos por la llegada de un cargamento de carne, no prestaron atención a un hombre que parecía uno de ellos.

Al llegar a la puerta principal, en la calle Gabriel Hernández, Alexander enfrentó el momento crítico. El guardia de turno, un hombre joven con aire de cansancio, revisaba las fichas de los visitantes que salían. Alexander, con la calma de un jugador de póker, entregó su ficha azul. El guardia apenas levantó la vista; la cobija, los anteojos y la actitud despreocupada de Alexander lo hacían indistinguible de los cientos de personas que cruzaban la puerta cada día. Con un movimiento casi imperceptible, el guardia tomó la ficha y le hizo un gesto para que pasara. Alexander, sin mirar atrás, salió a la calle.

El aire fresco de la tarde lo recibió como una caricia. Caminó con paso rápido, pero sin correr, perdiéndose entre la multitud de vendedores ambulantes, transeúntes y carruajes que llenaban la calle Gabriel Hernández. En cuestión de minutos, estaba lejos de Belén, libre una vez más.

El Caos en Belén: La Noticia de la Fuga

A las 3 de la tarde, cuando los celadores realizaron el segundo recuento, el caos estalló. El nombre de Roberto Alexander no respondió. Una revisión rápida de su celda confirmó lo imposible: estaba vacía. El abrigo, la cobija y el hombre que los llevaba habían desaparecido. El coronel Alberto Cuevas, director de la Cárcel de Belén, fue informado mientras almorzaba en su

domicilio. La llamada telefónica, breve pero devastadora, lo dejó atónito: «¡Se escapó Raffles!».

La noticia se extendió como un incendio. En la Jefatura de Policía, los agentes se movilizaron de inmediato, enviaron patrullas a las calles aledañas, a los hoteles de lujo, a las estaciones de tren. La prensa, siempre ávida de sensacionalismo, publicó titulares que capturaban la imaginación del público: «El Raffles Mexicano Burla a la Justicia Otra Vez», «El Ladrón Fantasma Escapa de Belén». Las especulaciones sobre cómo lo había hecho llenaron las páginas de los periódicos. Algunos decían que se había disfrazado de mujer, una teoría descartada pronto por la falta de evidencia. Otros sugerían que había escapado por las zanjas de drenaje, aunque la presencia de su abrigo y cobija hacía improbable esa ruta. La hipótesis más aceptada, y la que la policía investigaba con mayor seriedad, era que había salido por la puerta principal, disfrazado de celador o visitante, con una ficha azul como pase.

El escándalo fue mayúsculo. El coronel Cuevas, bajo presión de las autoridades y la opinión pública, señaló a un celador como cómplice, acusándolo de haber aceptado un soborno de diez mil pesos. El hombre fue despedido y encarcelado, aunque nunca se comprobó su culpabilidad. Mientras tanto, la ciudad se deleitaba con las hazañas de su nuevo héroe. En los cafés de la Avenida Juárez, los clientes debatían sobre las habilidades de Alexander, comparándolo con Arsenio Lupín o Chucho el Roto. Las damas de sociedad, fascinadas por su carisma, susurraban historias sobre sus cortejos y sus robos elegantes. Incluso los niños en las calles jugaban a ser El Raffles, imitaban sus disfraces y sus huidas.

La Vida como Fugitivo: El Regreso a las Calles

Libre una vez más, Alexander no perdió el tiempo. Sabía que la policía estaría tras él, pero también confiaba en su capacidad para desaparecer. Se dice que pasó los primeros días

escondido en una casa de huéspedes en el barrio de Tacubaya, donde se hizo pasar por un comerciante extranjero. Con el dinero que había acumulado de sus robos anteriores, pudo costearse una vida cómoda, aunque discreta. Cambió su apariencia, afeitándose el bigote y tiñéndose el cabello, y evitó los lugares donde solía operar, como los hoteles de lujo del centro.

Sin embargo, la tentación de volver a su oficio era demasiado fuerte. Alexander no era hombre de quedarse quieto, y pronto comenzó a planear nuevos golpes. Esta vez, su objetivo fue más ambicioso: las residencias de la alta sociedad en colonias como la Roma y la Condesa, donde las familias adineradas guardaban joyas, antigüedades y dinero en efectivo. Su *modus operandi* seguía siendo el mismo: infiltrarse con un disfraz, ganarse la confianza de los sirvientes o los dueños, y salir con un botín que nadie notaba hasta que era demasiado tarde.

Uno de los robos más comentados ocurrió en una mansión de la calle Durango. Alexander, haciéndose pasar por un coleccionista de arte europeo, fue invitado a una cena por una dama de sociedad que había conocido en un salón de baile. Durante la velada, encantó a los presentes con historias de sus supuestos viajes por Europa, mientras memorizaba la disposición de la casa. En un momento de distracción, se escabulló al segundo piso, forzó un joyero llevándose un collar de esmeraldas y un par de pendientes de diamantes. Cuando los dueños descubrieron el robo, Alexander ya estaba a kilómetros de distancia, disfrutaba de una copa de champán en un restaurante de la Avenida Madero.

La Captura en Torreón: El Fin de la Libertad

La vida como fugitivo, no podía durar para siempre. En el verano de 1932, Alexander decidió salir de la Ciudad de México, quizás presionado por la creciente vigilancia policial. Su destino fue Torreón, una ciudad próspera en el norte del país, donde la

bonanza del algodón y el comercio atraía a una clase adinerada que ofrecía nuevas oportunidades para sus talentos.

En Torreón, Alexander intentó repetir su fórmula. Se hospedó en un hotel modesto, bajo el nombre de Vicente Hernández, y comenzó a frecuentar los círculos de la élite local. Sin embargo, su suerte dio un giro inesperado. Una noche, mientras intentaba robar una residencia en las afueras de la ciudad, fue sorprendido por un perro guardián. El animal, un pastor alemán entrenado, lo atacó, mordiéndole la pantorrilla y alertó a los dueños. Alexander, atrapado y herido, no pudo escapar esta vez.

La policía de Torreón lo detuvo y, al revisarlo, un agente reconoció su rostro de los boletines enviados desde la capital. La noticia de su captura se extendió de inmediato, y Alexander, una vez más, se convirtió en el centro de atención. La prisión local se llenó de curiosos, periodistas y hasta funcionarios, como el presidente municipal, que querían verlo en persona. Las mujeres enviaban flores y chocolates a su celda, los reporteros lo entrevistaban, buscaban capturar cada palabra de este «héroe de novela». Alexander, fiel a su estilo, se mostraba sereno y encantador, declaraba: «Yo solo robo a los ricos, y jamás cargo un arma, porque no quiero manchar mis manos con sangre».

La Celebridad del Raffles Mexicano

La captura en Torreón no marcó el fin de Alexander, sino el apogeo de su fama. La prensa lo convirtió en un fenómeno social, un símbolo de rebeldía contra un sistema que muchos veían como injusto. Su traslado de regreso a la Ciudad de México, custodiado por un contingente de policías, fue un espectáculo. En la estación ferroviaria de Colonia, una multitud lo esperaba, no para condenarlo, sino para ovacionarlo. Los gritos de ¡Raffles! ¡Raffles! resonaban mientras él, esposado, pero con una sonrisa confiada, saludaba con un leve movimiento de cabeza.

Archivos policíacos

De vuelta en la capital, Alexander fue enviado al Palacio de Lecumberri, el temido Palacio Negro, donde los barrotes eran más fuertes y los guardias más estrictos. Incluso allí, su mente no descansaba. Mientras los periódicos aún publicaban historias sobre sus hazañas, él comenzaba a soñar con una nueva fuga, una que superara todas las anteriores.



Roberto Alexander Gros, conocido por la prensa y el pueblo como «El Raffles Mexicano» o «Manos de Seda»

Capítulo 7 El Ginecólogo Millonario

En la Ciudad de México de finales de los años sesenta, una urbe vibrante pero marcada por tensiones sociales y políticas, un crimen brutal conmocionó a la opinión pública. El 1 de octubre de 1968, el cuerpo del respetado ginecólogo Amado Cruz Lucero fue encontrado sin vida en su lujoso departamento de la colonia Industrial. El caso, cubierto por los periódicos de la época, no solo capturó la atención por la brutalidad del asesinato, sino por el enigma que envolvía la vida de un hombre conocido por su generosidad, riqueza y un «secreto» que, según los rumores, salió a la luz durante la investigación. Esta es la primera parte de una reconstrucción detallada de los eventos que llevaron a este crimen, centrada en la vida de Amado Cruz, el contexto de la época, la escena del crimen y los primeros pasos de la investigación, extendiéndonos en los detalles para sumergirnos en esta tragedia que marcó un momento de la historia mexicana.

La vida de Amado Cruz Lucero: un hombre de contrastes

Amado Cruz Lucero, de 54 años, era un hombre que parecía tenerlo todo. Nacido en una familia de prestigio, hijo del general de división retirado Amado Cruz Cornejo y de Rita Lucero de Cruz, su trayectoria estaba marcada por el éxito profesional y personal. Graduado de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) el 10 de julio de 1947, Cruz Lucero se había consolidado como un ginecólogo de renombre en la Ciudad de México. Durante 21 años, su consulta en el Sanatorio Guadalupe, ubicado en la colonia Lindavista, fue un refugio para muchas mujeres, en especial de la clase trabajadora de la colonia Industrial, donde vivía. Su reputación como médico no solo se basaba en su destreza profesional, sino en su carácter altruista, que lo hacía querido por sus pacientes y vecinos.

Cruz Lucero era un hombre adinerado, propietario de varios edificios de departamentos en la colonia Industrial, un área de clase media con un aire de modernidad en la década de los sesenta. Su residencia, ubicada en la calle Buen Tono 326, era un reflejo de su éxito: un departamento en la planta alta de un edificio de dos pisos, decorado con muebles de diseño, alfombras de lujo y detalles que hablaban de un hombre con gusto por lo refinado. En la planta baja vivían sus padres, Amado Cruz Cornejo, de 78 años, y Rita Lucero, de 72, quien sufría una afección cardíaca que se agravaría con la tragedia.

A pesar de su riqueza y prestigio, Amado Cruz vivía solo, una elección que, en el contexto de la época, levantaba ciertas cejas. Era conocido por su carácter jovial, su vestimenta colorida y juvenil, y su disposición a ayudar a los demás. Las crónicas de los periódicos de la época, lo describían como un hombre que «le gustaba hacer felices a los demás», una cualidad que lo convertía en una figura casi paternal para muchas de sus pacientes. Sin embargo, su vida privada era un misterio. Los rumores, alimentados por el sensacionalismo de la prensa, sugerían que Cruz Lucero tenía «costumbres raras», un eufemismo de la época para referirse a la homosexualidad, que en el México de 1968 era un tema tabú, estigmatizado y poco discutido de manera abierta.

Testigos entrevistados por los reporteros, señalaron que Cruz Lucero recibía con frecuencia a jóvenes que parecían «raritos», un término despectivo usado en la época para referirse a miembros de lo que hoy conocemos como la comunidad LGBT+. Estas visitas, que según los vecinos ocurrían en la intimidad de su departamento, alimentaron especulaciones sobre un posible secreto que el ginecólogo guardaba de manera celosa. Aunque nunca se confirmó de forma pública durante su vida, la investigación del crimen pondría bajo el reflector aspectos de su vida personal que, en el contexto de la moral conservadora de la época, serían utilizados para explicar el móvil del asesinato.

El contexto de la Ciudad de México en 1968

Para entender el impacto del asesinato de Amado Cruz Lucero, es crucial situarlo en el contexto histórico y social de México en 1968. Ese año fue un punto de inflexión para el país, marcado por el movimiento estudiantil que culminaría en la trágica masacre de Tlatelolco el 2 de octubre, apenas un día después del descubrimiento del cuerpo de Cruz Lucero. La Ciudad de México vivía un ambiente de tensión, con protestas estudiantiles que exigían mayor libertad y democracia frente a un gobierno autoritario encabezado por el presidente Gustavo Díaz Ordaz. Las calles estaban llenas de manifestaciones, y la prensa, dividía su atención entre los conflictos políticos y casos sensacionalistas como el de Cruz Lucero.

La colonia Industrial, donde ocurrió el crimen, era un microcosmos de la clase media mexicana en ascenso. Con sus edificios modernos y calles tranquilas, contrastaba con el bullicio del centro de la ciudad, pero no estaba exenta de los prejuicios sociales de la época. La homosexualidad, aunque presente, era un tema silenciado, y las personas que no se ajustaban a las normas de género o sexualidad enfrentaban discriminación y rechazo. En este contexto, la vida privada de Amado Cruz, un hombre soltero de 54 años que vivía solo y recibía a jóvenes en su casa, se convirtió en un punto de especulación que la prensa explotó para captar la atención del público.

Además, el México de 1968 estaba muy influenciado por el machismo y la moral católica, lo que hacía que crímenes como el de Cruz Lucero, con sus matices de violencia y posible trasfondo sexual, fueran tratados con un tono sensacionalista. Los periódicos de la época, no solo informaban, sino que también moldeaban la percepción pública, a menudo con un lenguaje que reflejaba los prejuicios de la sociedad. En este caso, las insinuaciones sobre la vida privada del ginecólogo se convirtieron en un elemento central de la narrativa, aunque el móvil principal, según la investigación, fue el robo.

El descubrimiento del crimen

La mañana del martes 1 de octubre de 1968 comenzó como cualquier otra en la calle Buen Tono 326. Rita Lucero, la madre de Amado, se encontraba en la planta baja de la casa, donde vivía con su esposo. Como era costumbre, esperaba que su hijo bajara a desayunar antes de dirigirse al Sanatorio Guadalupe, donde atendía a sus pacientes. Sin embargo, a las 10 de la mañana, Amado no había dado señales de vida. Preocupada, Rita notó que se le había hecho tarde para ir a trabajar, algo inusual en un hombre conocido por su puntualidad y compromiso profesional.

Rita, cuya salud ya era frágil debido a su afección cardiaca, pidió a la sirvienta que llamara por teléfono al departamento de su hijo. La llamada no fue contestada. Extrañada, ordenó que intentaran contactarlo otra vez, pero el silencio persistía. La sirvienta llamó entonces al Sanatorio Guadalupe, solo para confirmar que el doctor no había llegado ni había avisado que faltaría, algo fuera de lo común. Un presentimiento inquietante comenzó a apoderarse de Rita. Decidió involucrar a su yerno, Ernesto Natera, quien vivía cerca y podía ayudar a esclarecer la situación.

Ernesto llegó rápido a la casa. Junto con Rita y la sirvienta, subieron al primer piso, donde se encontraba el departamento de Amado. Llamaron a la puerta con insistencia, pero no hubo respuesta. La tensión crecía. Al final, Ernesto forzó la entrada, y lo que encontraron al abrir la puerta los dejó en estado de shock. El departamento, casi siempre impecable, estaba en un caos absoluto. Los cajones de los muebles estaban abiertos, la ropa y los objetos personales estaban regados por el suelo, y huellas de pisadas ensangrentadas marcaban un camino siniestro hacia el salón de música.

El salón de música, un espacio que reflejaba los gustos refinados de Amado, era el epicentro de la tragedia. Entre cuatro cojines de hule espuma forrados, yacía el cuerpo del ginecólogo, boca abajo, con las manos atadas con un cordón de persianas. La alfombra rosa, que alguna vez había sido un símbolo de

elegancia, estaba empapada de sangre. Las paredes y el techo también mostraban manchas rojas, evidenciaban la violencia extrema del ataque. Un tocadiscos, abierto con un disco de Javier Solís listo para ser tocado, estaba apagado, como si el tiempo se hubiera detenido en el momento del crimen. Sobre una mesa de centro, dos vasos con residuos de licor y una botella de whisky vacía sugerían que Amado no estaba solo antes de su muerte. Un jarrón chino de gran tamaño, estrellado en el suelo, completaba la escena de devastación.

El cuerpo de Amado Cruz Lucero mostraba signos de una lucha desesperada. Tenía golpes en todo el cuerpo, heridas de arma blanca y marcas que indicaban que había sido torturado antes de morir. Los bolsillos de su pantalón estaban vueltos hacia afuera, como si alguien hubiera buscado algo de valor, pero los investigadores dudaban que el robo fuera el único motivo. Sobre el tocador, un cortapapel de 15 centímetros con cachas de marfil, manchado de sangre, ofrecía una pista inicial sobre el arma utilizada, aunque el instrumento principal del ataque no fue encontrado.

La reacción inmediata y los primeros pasos de la investigación

La noticia del hallazgo corrió como reguero de pólvora. Rita Lucero, devastada, sufrió un agravamiento de su condición cardíaca al enterarse de la muerte de su hijo. Ernesto Natera, en shock, alertó a las autoridades, y pronto la casa de la calle Buen Tono se llenó de policías y reporteros. El comandante Joaquín Salazar, del Servicio Secreto, tomó el mando de la investigación, consciente de que se enfrentaban a un caso complejo. La brutalidad del crimen, combinada con el desorden de la escena, sugería que los agresores habían intentado simular un robo para despistar a las autoridades.

Los primeros en llegar al lugar fueron los reporteros Julio Villarreal y Augusto Corro, de LA PRENSA, quienes realizaron

una cobertura paralela a la investigación policial. Sus notas, publicadas el 2 de octubre, ofrecieron una descripción vívida de la escena: el cuerpo atado, la sangre en la alfombra, las manchas en las paredes y el caos generalizado. Los reporteros señalaron que, a pesar de la aparente motivación de robo, había algo más en el caso. Los bolsillos vueltos hacia afuera y los objetos revueltos parecían una puesta en escena, un intento deliberado de desviar la atención de un móvil más profundo.

La policía, encabezada por el comandante Salazar, comenzó a recabar pistas. Los nudos en el cordón que ataba las manos de Amado no correspondían a los típicos de delincuentes comunes, conocidos como «zorreros», que robaban casas y estaban dispuestos a matar si era necesario. Esto llevó a los investigadores a sospechar que el crimen involucraba a alguien con un conocimiento más íntimo de la víctima. La presencia de los vasos con licor y la botella vacía sugería que Amado había estado con al menos una persona antes de su muerte, tal vez alguien que conocía y en quien confiaba.

Los testimonios de los vecinos y familiares comenzaron a arrojar luz sobre la vida de Amado. Su hermana, cuyo nombre no fue revelado en las crónicas, mencionó que el ginecólogo era frecuentado por un individuo que se dedicaba a la vagancia, una pista que más tarde sería clave para identificar a los sospechosos. Los vecinos, por su parte, confirmaron las visitas frecuentes de jóvenes al departamento de Amado, un detalle que los reporteros no dudaron en destacar, porque alimentaba las especulaciones sobre su vida privada.

Las primeras hipótesis y el enigma del móvil

Desde el inicio, la policía enfrentó un enigma. Aunque el robo parecía un móvil evidente —faltaban dos anillos de brillantes, una esclava de oro y un reloj Mido valuados en 35 mil pesos—, los investigadores creían que había algo más detrás del crimen. La brutalidad del ataque, con golpes y puñaladas que sugerían un

ensañamiento personal, no encajaba con un simple asalto. Además, el desorden de la escena parecía demasiado calculado, como si los agresores hubieran querido dejar una impresión específica.

El comandante Salazar señaló que el caso sería difícil de esclarecer, ya que los sospechosos en este tipo de crímenes solían ser reacios a hablar. La hipótesis inicial apuntaba a que Amado Cruz Lucero había sido víctima de alguien que lo conocía, quizás un invitado que aprovechó su hospitalidad. La presencia del cortapapel ensangrentado y la ausencia del arma principal del ataque complicaban aún más las cosas, ya que sugerían que los agresores se habían llevado consigo evidencia clave.

Mientras tanto, los reporteros comenzaron a indagar por su cuenta, entrevistaban a vecinos y allegados. Sus notas reflejaban el impacto del crimen en la comunidad, donde Amado era visto como un benefactor. Las mujeres de la colonia Industrial, muchas de ellas pacientes suyas, lamentaban su pérdida, destacaban su generosidad y disposición para ayudar. Sin embargo, las alusiones a sus «costumbres raras» y las visitas de jóvenes al departamento comenzaban a alimentar una narrativa sensacionalista que, aunque no confirmada, marcó la cobertura del caso.

El impacto en la familia y la comunidad

La muerte de Amado Cruz Lucero dejó una herida profunda en su familia. Rita Lucero, cuya salud ya era frágil, quedó devastada. La noticia de que su hijo había sido torturado y asesinado en su propia casa agravó su condición, y los reportes indican que su estado se deterioró muy rápido. El general Amado Cruz Cornejo, un hombre de edad avanzada, también enfrentó el dolor de perder a su hijo en circunstancias tan violentas. La familia, que vivía en la planta baja del edificio, se vio expuesta a la mirada pública, con reporteros y policías que entraban y salían de la casa.

En la colonia Industrial, la noticia se extendió muy rápido. Los vecinos, que conocían a Amado como un hombre amable y generoso, expresaron incredulidad y tristeza. Sin embargo, los rumores sobre su vida privada comenzaron a circular, alimentados por la prensa y las especulaciones de los investigadores. En una época donde la homosexualidad era un tema tabú, las insinuaciones sobre las visitas de jóvenes al departamento de Amado se convirtieron en un punto de discusión, aunque no había evidencia concreta de que estas relaciones estuvieran relacionadas de manera directa con el crimen.

La prensa y la construcción de una narrativa

El papel de la prensa en la cobertura del caso fue crucial. Los reporteros no solo documentaron los hechos, sino que realizaron una investigación paralela que complementó el trabajo policial. Sus artículos, publicados en la contraportada del 2 de octubre, ofrecían detalles vívidos que capturaban la imaginación del público: la sangre en la alfombra, el tocadiscos apagado, los vasos de licor y el cuerpo atado de Amado. Sin embargo, su lenguaje también reflejaba los prejuicios de la época, con referencias veladas a la vida privada del ginecólogo que buscaban atraer la atención de los lectores.

En un contexto donde la masacre de Tlatelolco estaba a punto de ocurrir, el crimen de Amado Cruz Lucero ofrecía una distracción sensacionalista para un público ávido de historias que rompieran con la tensión política. La combinación de riqueza, violencia y un supuesto secreto hacía del caso un relato irresistible para los periódicos de la época, que no dudaban en explotar los aspectos más escandalosos para aumentar su circulación.

La primera parte de esta trágica historia nos sumergió en la vida de Amado Cruz Lucero, un ginecólogo de 54 años, respetado, generoso y millonario, cuyo brutal asesinato el 30 de septiembre de 1968 conmocionó a la Ciudad de México. Su cuerpo, encontrado en su lujoso departamento de la calle Buen Tono 326,

en la colonia Industrial, mostraba signos de una muerte violenta: golpes, puñaladas y posible tortura. La escena del crimen, con su desorden calculado y pistas contradictorias, planteó un enigma para la policía y capturó la atención de la prensa. En un México al borde de la tragedia de Tlatelolco, el caso de Cruz Lucero se convirtió en un relato sensacionalista que mezclaba violencia, riqueza y especulaciones sobre un «secreto» en la vida del médico.

Esta segunda parte profundiza en la investigación policial, la captura de los culpables, las confesiones que desentrañaron el plan criminal y el contexto social y criminal que permitió que una banda de extorsionadores operara de manera impune. A través de un relato detallado, exploraremos cómo se resolvió el caso, las dinámicas de poder que lo rodearon y el impacto que dejó en la sociedad mexicana de 1968, todo ello mientras mantenemos un enfoque en los detalles proporcionados por la cobertura periodística y las confesiones de los implicados.

La investigación: un rompecabezas complejo

El descubrimiento del cuerpo de Amado Cruz Lucero el 1 de octubre de 1968 marcó el inicio de una investigación que, desde el primer momento, se perfiló como un desafío para el Servicio Secreto de la Ciudad de México. El comandante Joaquín Salazar, encargado del caso, enfrentaba un escenario que combinaba brutalidad extrema con pistas al parecer contradictorias. La escena del crimen, con su alfombra rosa empapada de sangre, manchas en las paredes y el techo, y el cuerpo atado del ginecólogo, sugería un acto premeditado, pero el desorden de la habitación y los bolsillos vueltos hacia afuera apuntaban a un robo. Sin embargo, los investigadores dudaban que el robo fuera el único móvil. La violencia excesiva y el ensañamiento contra Cruz Lucero indicaban algo más personal o calculado.

El departamento de Cruz Lucero, descrito como un espacio de lujo, ofrecía varias pistas iniciales. Los dos vasos con residuos

de licor y la botella de whisky vacía en la mesa de centro sugerían que el médico había estado acompañado antes de su muerte. El tocadiscos, abierto con un disco de Javier Solís listo para ser tocado pero apagado, añadía un toque inquietante, como si la escena hubiera sido interrumpida de manera abrupta. El cortapapel ensangrentado de 15 centímetros, encontrado sobre el tocador, era una evidencia clave, pero la ausencia del arma principal del ataque —quizás un cuchillo— complicaba el análisis. Los nudos en el cordón de persianas que ataban las manos de la víctima no correspondían a los típicos de los delincuentes comunes, conocidos como «zorreros», lo que llevó al comandante Salazar a sospechar que el crimen involucraba a alguien con un conocimiento más íntimo del médico o de su entorno.

La policía comenzó a recabar testimonios de los vecinos y familiares de Cruz Lucero. La hermana del ginecólogo, cuya identidad no fue revelada en los reportes, proporcionó una pista crucial al mencionar que Amado era frecuentado por un individuo que se dedicaba a la vagancia. Esta información, aunque vaga, orientó a los investigadores hacia un círculo de conocidos que podrían estar relacionados con el crimen. Los vecinos, por su parte, confirmaron las visitas frecuentes de jóvenes al departamento, un detalle que los reporteros destacaron con un tono sensacionalista, porque alimentaba especulaciones sobre la vida privada del médico. En el México de 1968, donde la homosexualidad era un tema tabú, estas insinuaciones se convirtieron en un elemento central de la narrativa pública, aunque no había evidencia directa de que las preferencias sexuales de Cruz Lucero estuvieran relacionadas con el móvil del crimen.

El comandante Salazar, consciente de la dificultad del caso, enfatizó que los sospechosos en este tipo de crímenes solían ser reacios a hablar. La combinación de la brutalidad del ataque, el desorden calculado y la falta de testigos directos —los gritos de Amado no fueron escuchados debido al volumen del tocadiscos— hacía que el esclarecimiento del caso dependiera de encontrar

conexiones entre las pistas físicas y los posibles sospechosos. La policía metropolitana, bajo presión para resolver un crimen que había captado la atención de la prensa, comenzó a explorar varias líneas de investigación, lo que incluía la posibilidad de que el asesino o asesinos fueran personas cercanas al médico.

Los reporteros de la prensa: una investigación paralela

Mientras la policía trabajaba en la escena del crimen, los reporteros desempeñaron un papel crucial en la cobertura del caso. Su trabajo no se limitó a informar los hechos; realizaron una investigación paralela que complementó los esfuerzos policiales y proporcionó detalles que capturaron la imaginación del público. Sus notas, publicadas en la contraportada del 2 de octubre de 1968, ofrecían una descripción vívida del departamento de Cruz Lucero: la sangre en la alfombra, las manchas en las paredes, el jarrón chino estrellado y el cuerpo atado del médico. Estos detalles, combinados con un lenguaje que reflejaba los prejuicios de la época, convirtieron el caso en una historia sensacionalista que resonó en una ciudad al borde del caos político.

Villarreal y Corro entrevistaron a vecinos, familiares y allegados, buscaban pistas que pudieran arrojar luz sobre el crimen. Sus reportes destacaban la generosidad de Cruz Lucero, su carácter jovial y su reputación como un médico altruista que ayudaba a las mujeres de la colonia Industrial. Sin embargo, también se hicieron eco de los rumores sobre las visitas de jóvenes «raritos» al departamento, un término despectivo que reflejaba el estigma hacia la comunidad LGBTQ+ en la época. Aunque los reporteros no confirmaban estas insinuaciones, su inclusión en las notas alimentaba una narrativa que mezclaba tragedia con escándalo, lo que atraía la atención de un público ávido de historias que distrajeran de las tensiones del movimiento estudiantil.

Los reporteros también señalaron el desorden de la escena como una posible maniobra para despistar a las autoridades. En

sus artículos, especularon que el robo, aunque evidente por los objetos faltantes (dos anillos de brillantes, una esclava de oro y un reloj Mido valuados en 35 mil pesos), no explicaba del todo la brutalidad del ataque. Esta observación coincidía con la hipótesis inicial del comandante Salazar, quien sospechaba que el crimen tenía un trasfondo más complejo. La cobertura de la prensa no solo mantuvo el caso en el centro de la atención pública, sino que también presionó a la policía para avanzar en la investigación, en un momento en que la Ciudad de México estaba a punto de ser sacudida por la masacre de Tlatelolco.

La captura de los sospechosos

El avance decisivo en el caso llegó el 10 de octubre de 1968, cuando la policía detuvo a tres sospechosos: Mario Quiñones Bon, de 17 años; Luis Inocencio Dávila Gutiérrez, de 24 años; y René Moreno Retana. La captura de los culpables fue el resultado de una combinación de trabajo policial, pistas proporcionadas por familiares y un poco de suerte. La hermana de Amado Cruz Lucero había señalado que el médico era frecuentado por un individuo que se dedicaba a la vagancia, una descripción que llevó a los investigadores a explorar los círculos de delincuentes que operaban en la Ciudad de México y, de manera eventual, en Monterrey, Nuevo León.

El proceso de identificación de los sospechosos comenzó con un incidente que casi frustra la investigación. Mario Quiñones Bon, el autor material del crimen, se presentó de forma voluntaria en la Procuraduría de Justicia del Distrito para confesar su participación. Sin embargo, un agente policial, en un error que pudo haber sido fatal para el caso, desestimó su confesión y le dijo: «Mejor váyase, pero llámeme por teléfono más adelante por si lo necesitamos», entregándole una tarjeta de presentación. A pesar de esta negligencia, la confesión inicial de Quiñones proporcionó a los investigadores una pista crucial que los llevó a seguir la pista de los otros dos implicados.

Mario Quiñones, en su declaración, identificó a Luis Inocencio Dávila Gutiérrez como el autor intelectual del crimen y a René Moreno Retana como su cómplice. Según Quiñones, él había actuado bajo coacción, obligado por amenazas de muerte contra su esposa. Esta revelación abrió una nueva línea de investigación que llevó a los detectives a Monterrey, donde, tras una minuciosa búsqueda en centros nocturnos, lograron capturar a Dávila y Moreno. La pista inicial de la hermana de Cruz Lucero, combinada con las conexiones establecidas en Monterrey, permitió a la policía cerrar el cerco sobre los sospechosos.

La confesión de Mario Quiñones: el plan para matar al ginecólogo

La confesión de Mario Quiñones Bon, publicada en detalle por LA PRENSA, reveló los pormenores de un plan criminal que combinaba engaño, violencia y extorsión. Quiñones, un joven de 17 años originario de Mocorito, Sinaloa, relató cómo fue arrastrado a una banda de delincuentes que operaba en la Ciudad de México. Según su testimonio, Luis Inocencio Dávila y René Moreno lo amenazaron con matar a su esposa, quien estaba embarazada, si no cumplía con sus órdenes. Esta coerción fue el motor que lo llevó a participar en el asesinato de Amado Cruz Lucero, un crimen que, según él, no tenía la intención de ser letal.

El plan comenzó a gestarse el 26 de septiembre de 1968, en una reunión en la casa 762 de la calle Vértiz. Luis Inocencio, quien ya había visitado el departamento de Cruz Lucero en otras ocasiones, elaboró un plano detallado de la residencia, donde explicaba la distribución del inmueble. Durante esta reunión, Dávila le aseguró a Quiñones que el médico no representaría un problema, ya que «no le convenía hacer escándalo». La estrategia incluía usar cloroformo para someter a Cruz Lucero, robar sus pertenencias y salir sin dejar rastro. La banda, según Quiñones, estaba acostumbrada a explotar la vulnerabilidad de sus víctimas, en particular aquellas que, por temor a exponer su vida privada, evitaban denunciar los robos.

El 30 de septiembre, Mario Quiñones acudió al consultorio de Cruz Lucero al mediodía. La conversación entre ambos fue larga y al parecer amistosa, lo que llevó a una cita esa misma noche en el departamento del médico. A las 21:00 horas, Quiñones llegó a la Calzada de los Misterios acompañado por Luis Inocencio, quien le prestó un traje de baño para ocultar el cuchillo que llevaba consigo. Dávila se despidió de Quiñones y se dirigió al restaurante Diana, donde trabajaba René Moreno, con la instrucción de reunirse otra vez a las 2:30 de la madrugada para recoger el botín.

Quiñones relató que, al llegar al departamento, Cruz Lucero lo recibió con entusiasmo. Subieron al primer piso, donde charlaron durante varios minutos. El médico, fiel a su carácter jovial, le ofreció una copa y le dijo que no estuviera triste; prometió ayudarlo con cualquier problema. Sin embargo, en un momento de la conversación, Quiñones decidió actuar. Según su confesión, le dio un puñetazo al médico, quien respondió con un golpe seco en el estómago. En el forcejeo, el saco de Quiñones se abrió, lo que dejó a la vista el cuchillo. Cruz Lucero, al verlo, intentó arrebatarárselo, lo que desencadenó una lucha desesperada.

Durante el forcejeo, el médico se clavó el cuchillo, y la herida se agravó conforme continuaban la lucha. Quiñones, presa del pánico, afirmó que no quería matar a Cruz Lucero. Cuando el médico cayó, Quiñones sacó un pañuelo impregnado de cloroformo y lo colocó sobre la nariz de la víctima, creyendo que aún estaba viva. En realidad, Cruz Lucero ya había sucumbido a la herida mortal. Quiñones, nervioso, intentó poner un disco en el tocadiscos, pero no pudo accionarlo. Luego, comenzó a saquear el departamento, llenó cinco maletas con joyas, relojes, mancuernillas y un televisor portátil.

A las 2:30 de la madrugada, Luis Inocencio llegó en un taxi, como habían acordado. Quiñones le arrojó las maletas por el balcón, y ambos se dirigieron al Aeropuerto Internacional, donde permanecieron de forma breve antes de tomar otro taxi a la calle

Cumbres de Maltrata 221, en la colonia Narvarte. Allí, se repartieron el botín, valuado en 30 mil pesos. La huida, aunque planificada, fue descuidada, y las pistas dejadas por los delincuentes facilitarían su captura.

La banda de extorsionadores: un trasfondo criminal

La confesión de Mario Quiñones reveló que los asesinos formaban parte de una banda que operaba desde hacía cinco años en la Ciudad de México. Esta organización criminal, según Quiñones, se especializaba en robos y extorsiones, utilizaba cloroformo para someter a sus víctimas. Los billares Savoy, ubicados en el centro de la ciudad, eran su cuartel general, donde almacenaban grandes cantidades de cloroformo y planeaban sus crímenes. La banda aprovechaba la buena voluntad de personas que, como Amado Cruz Lucero, los invitaban a sus hogares, para luego robarles y, en algunos casos, agredirlos.

Un aspecto clave de su *modus operandi* era explotar el miedo al escándalo. Muchas de sus víctimas, en particular aquellas con vidas privadas que podían ser consideradas «escandalosas» en el contexto de la época, evitaban denunciar los robos por temor a exponerse. Quiñones explicó que «a esa clase de personas les importa mucho cuidar su reputación y aborrecen la sola idea de denunciar los hechos en alguna delegación». Esta dinámica permitió a la banda operar de manera impune durante años, lo que acumuló una serie de delitos que incluían el asesinato de otro médico en la colonia Juárez.

La banda también tenía planes ambiciosos para un robo mayor en un lujoso hotel frente al Deportivo Chapultepec, donde Quiñones y Dávila trabajaban como vigilantes. Este golpe, planeado para finales de octubre de 1968, aprovechaba la falta de seguridad en algunas cerraduras del hotel. Sin embargo, el asesinato de Cruz Lucero frustró estos planes, ya que los delincuentes se vieron obligados a abandonar sus trabajos y huir.

El impacto del caso y su resolución

La captura de Mario Quiñones, Luis Inocencio Dávila y René Moreno marcó el fin de una investigación que, aunque exitosa, dejó preguntas sin responder. La confesión de Quiñones, publicada en los periódicos, ofreció una ventana al submundo criminal de la Ciudad de México, donde bandas como esta operaban al margen de la ley, explotaban las vulnerabilidades de una sociedad marcada por el estigma y el silencio. El botín recuperado, valuado en 30 mil pesos, incluía joyas, relojes y otros objetos robados del departamento de Cruz Lucero, lo que confirmaba que el robo fue un móvil central, aunque la violencia del crimen sugería motivaciones adicionales.

El caso de Amado Cruz Lucero resonó en una ciudad que, el 2 de octubre de 1968, fue sacudida por la masacre de Tlatelolco. La tragedia del ginecólogo millonario, aunque eclipsada por los eventos políticos, dejó una marca en la colonia Industrial y en la opinión pública. La prensa, con su cobertura sensacionalista, contribuyó a perpetuar los prejuicios de la época, en particular en torno a la vida privada de Cruz Lucero. Sin embargo, también destacó su generosidad y el impacto positivo que tuvo en su comunidad, un contraste que hizo del caso una historia de luces y sombras.

Mario Quiñones, en su confesión, expresó remordimiento y afirmó que actuó bajo presión. Su relato sobre su llegada a la Ciudad de México desde Mocorito, Sinaloa, con su esposa embarazada, y su caída en las redes de la banda, añadió una dimensión humana a su papel en el crimen. Sin embargo, su arrepentimiento no cambió el hecho de que Amado Cruz Lucero, un hombre querido y respetado, había perdido la vida en un acto de violencia brutal.

Archivos policíacos



Amado Cruz Lucero

Capítulo 8 Yo no Maté a Candelaria

En la fría madrugada del 10 de diciembre de 1961, la Ciudad de México despertaba con lentitud bajo un cielo gris, envuelta en la bruma invernal que caracterizaba sus días de finales de año. Las calles de la capital, aún marcadas por el bullicio de una metrópoli en crecimiento, estaban lejos de imaginar el horror que pronto las sacudiría. En los barrios populares, como Azcapotzalco, la vida transcurría con la rutina de siempre: obreros rumbo a sus trabajos, mujeres que preparaban el desayuno en cocinas humildes, y niños que corrían por terrenos baldíos convertidos en improvisados campos de juego. Pero ese domingo, un descubrimiento macabro irrumpió en la cotidianidad, al marcar un antes y un después en la crónica roja mexicana. Una pierna humana, envuelta en papel periódico, apareció en la intersección de las calles Cuitláhuac y Guanábana, en la colonia Cosmopolita. Este hallazgo no fue un hecho aislado, sino el primer indicio de un rompecabezas humano que horrorizaría a la sociedad y pondría a prueba a las autoridades: el caso de Candelaria González Mendoza y Pedro Reyes Cortés.

El contexto de una ciudad en transformación

Para entender la magnitud del impacto de este caso, es necesario retroceder al México de los años sesenta, una época de contrastes. La capital vivía un auge económico conocido como el «Milagro Mexicano», con un crecimiento sostenido impulsado por la industrialización y la urbanización. Azcapotzalco, una zona de raíces industriales y obreras, era un microcosmos de este cambio. Sus calles, salpicadas de talleres, fábricas y viviendas humildes, albergaban a una población trabajadora que luchaba por salir adelante en un país que aún cargaba con desigualdades profundas. La prensa sensacionalista era la ventana al mundo para muchos mexicanos, en especial la nota roja, un género periodístico que narra crímenes, tragedias y sucesos

extraordinarios con un tono dramático que capturaba la imaginación popular.

En 1961, los mexicanos no estaban acostumbrados a crímenes de la brutalidad que pronto se descubriría. Los asesinatos, aunque no eran raros, solían ser pasionales o relacionados con riñas en cantinas. La idea de un cuerpo desmembrado, dispersado con precisión quirúrgica por la ciudad, era algo que rozaba lo inconcebible. La sociedad mexicana, profundamente religiosa y conservadora, veía estos actos como una afrenta no solo a la ley, sino a la moral y a la humanidad misma. Fue en este contexto que el caso de Candelaria González Mendoza irrumpió, convirtiéndose en el crimen más sensacional de la década.

El macabro hallazgo: una pierna en la Cosmopolita

La mañana del 10 de diciembre comenzó como cualquier otra en la colonia Cosmopolita, un barrio obrero de Azcapotzalco donde las casas de adobe y lámina convivían con terrenos baldíos y escombros de construcciones recientes. Fue entonces cuando una llamada anónima, hecha por una voz femenina a la comandancia de la Cruz Roja, rompió la calma. La voz, era clara pero cargada de urgencia.

—En las calles de Cuitláhuac y Guanábana, hay una pierna humana.

La información era tan inusual que, al principio, los operadores dudaron de su veracidad. Sin embargo, la insistencia de la voz y la precisión de los detalles.

—Está envuelta en papel periódico —obligaron a las autoridades a actuar.

Un grupo de agentes de la Policía Judicial del Distrito Federal, junto con paramédicos de la Cruz Roja, se desplazó al lugar indicado. Lo que encontraron fue tan perturbador como la llamada había sugerido: en un terreno baldío, entre matorrales y

basura, yacía una pierna humana derecha, envuelta de forma cuidadosa en un periódico fechado el 23 de septiembre de 1961. El papel, amarillento y arrugado, estaba manchado de sangre seca, y la pierna, seccionada con una precisión escalofriante, mostraba cortes limpios en la articulación, como si el autor hubiera usado una herramienta afilada y tuviera conocimientos anatómicos. No había sangre fresca en el lugar, lo que sugería que el desmembramiento no ocurrió allí, sino que la pierna fue colocada de forma deliberada.

La noticia se propagó como pólvora. Los vecinos, atraídos por el movimiento de las patrullas y el murmullo de los curiosos, comenzaron a reunirse en la esquina de Cuitláhuac y Guanábana. Hombres, mujeres y hasta niños observaban desde la distancia, susurraban teorías y especulaciones. «¿Quién pudo hacer algo así?», se preguntaban. La indignación y el miedo se mezclaban en el aire, mientras los agentes acordonaban el área y comenzaban a inspeccionar el terreno en busca de más pistas. Pero lo que nadie esperaba era que este hallazgo fuera solo el comienzo.

Un rompecabezas humano por la ciudad

Horas después del primer descubrimiento, la pesadilla continuó. En la colonia Arenal, a pocos kilómetros de la Cosmopolita, un grupo de niños que jugaba en un campo de fútbol improvisado, ubicado en la prolongación de Ciprés y la Calle Cuatro, hizo otro hallazgo escalofriante. Dentro de un saco de cemento marca Tolteca, abandonado entre el pasto seco y las piedras, encontraron más restos humanos: la pierna izquierda y un segmento de la columna vertebral de una mujer. Los niños, aterrorizados, corrieron a avisar a sus padres, y pronto la noticia llegó a la policía. Los agentes, al abrir el saco, confirmaron que los restos pertenecían al mismo cuerpo que la pierna encontrada en Cosmopolita. Los cortes, otra vez, eran precisos, realizados con una destreza que desconcertó a los investigadores.

Mientras los reporteros de los diarios llegaban al lugar, un tercer aviso llegó desde Xocotitla, en la colonia Allende. En un terreno baldío en la intersección de Xocotitla y Avenida Jardín, dos adolescentes descubrieron otro paquete de restos humanos: el tronco y los brazos de la víctima, dejados sobre unas piedras y cubiertos de forma parcial por pasto seco. La escena era dantesca: el cuerpo, vaciado de órganos internos con una precisión quirúrgica, parecía haber sido sometido a una autopsia macabra. Según el doctor Sergio Pacheco, quien examinó los restos, el autor no solo había desmembrado el cuerpo, sino que lo había «vaciado en su totalidad», extrayendo todos los órganos internos con una maestría que podría «asombrar a los mismos médicos».

En total, se encontraron seis fragmentos del cuerpo en distintos puntos de Azcapotzalco, pero la cabeza, las manos y los pies seguían desaparecidos. Esta ausencia deliberada sugería un intento calculado de evitar la identificación de la víctima. Los restos, dispersos en un radio de varios kilómetros, indicaban que el responsable había recorrido la ciudad con cuidado, para elegir lugares estratégicos como terrenos baldíos, campos deportivos y esquinas poco transitadas para deshacerse de las partes. La prensa, ávida de detalles, describió el caso como un «rompecabezas humano», un término que capturó la imaginación y el horror de los lectores.

La reacción de una ciudad horrorizada

El impacto del caso fue inmediato. La Ciudad de México, aunque acostumbrada a titulares sensacionalistas, no estaba preparada para un crimen de esta naturaleza. Los periódicos, dedicaron portadas enteras al caso, con titulares como «Macabro hallazgo en Azcapotzalco» y «El descuartizador que aterroriza la capital». Las descripciones gráficas de los restos, acompañadas de fotografías en blanco y negro que mostraban los lugares donde se encontraron, alimentaron el morbo y la indignación pública. En los mercados, las fondas y las pulquerías, el caso era el tema de

conversación. «Es obra de un loco», decían algunos. «No, es alguien que sabe lo que hace», replicaban otros, al tiempo que señalaban la precisión de los cortes.

La sociedad mexicana de los sesenta, bastante católica, veía en este crimen no solo un acto de violencia, sino una profanación. La idea de un cuerpo humano, creado a imagen y semejanza de Dios, reducido a fragmentos y esparcido como desecho, era un ultraje que tocaba fibras profundas. Las iglesias locales, en especial la de Azcapotzalco, reportaron un aumento en las misas y oraciones por la víctima desconocida, mientras los vecinos organizaban rondas nocturnas, temerosos de que el «descuartizador» estuviera aún entre ellos.

En medio de este clima de tensión, dos mujeres humildes acudieron a las oficinas de LA PRENSA con un presentimiento desgarrador. Sus hijas, desaparecidas desde hacía varios días, podrían ser las víctimas. Llevaron consigo descripciones de la ropa que sus hijas usaban, y al mostrarles las prendas encontradas –un chal y un delantal–, una de ellas rompió en llanto, convencida de que los restos pertenecían a su ser querido. Aunque aún no se confirmaba la identidad, estas mujeres añadieron un rostro humano al horror, transformaron los restos anónimos en una tragedia personal para familias de la zona.

La investigación: un despliegue policial sin precedentes

La magnitud del caso movilizó a las autoridades como pocas veces se había visto. El Servicio Secreto, bajo el mando de Jesús García, y la Policía Judicial del Distrito Federal, liderada por Alberto Gómez Villaseñor, iniciaron una operación masiva. Agentes recorrieron los barrios de Azcapotzalco, revisaban cada terreno baldío, callejón y casucha en un perímetro de varios kilómetros cuadrados. Perros adiestrados fueron llevados a los sitios donde se encontraron los restos, olfateaban en busca de pistas adicionales. Los bomberos, por su parte, vaciaron un depósito de agua en un terreno de Pantaco durante más de cinco

horas, esperaban encontrar la cabeza de la víctima, pero los resultados fueron nulos.

La policía tenía pocas pistas concretas. Las prendas encontradas —el chal, el delantal y el periódico— fueron enviadas al laboratorio para su análisis, pero no proporcionaban información inmediata. Un periódico local, en un intento por acelerar la investigación, ofreció una recompensa de 500 pesos a quien proporcionara información sobre el paradero del cráneo, una suma significativa para la época. La oferta, publicada en titulares prominentes, atrajo a decenas de curiosos y oportunistas, pero ninguna pista sólida.

Los investigadores, sin embargo, notaron un patrón: la precisión de los cortes y la ausencia de órganos sugerían que el autor podría ser alguien con experiencia médica o anatómica, quizás un carnicero, un médico o incluso un veterinario. La hipótesis de un «experto» alimentó especulaciones en la prensa, que comenzó a hablar de un «asesino quirúrgico» o un «monstruo con bisturí». No obstante, la falta de la cabeza, las manos y los pies complicaba la identificación, y con ella, la posibilidad de rastrear al culpable.

Un misterio en ascenso

Para el 12 de diciembre, el caso había capturado la atención de toda la ciudad. Los reporteros acompañados de fotógrafos, recorrían los sitios de los hallazgos, documentaban cada detalle con una mezcla de profesionalismo y sensacionalismo. En Xocotitla, describieron el terreno baldío donde apareció el tronco como un «escenario de pesadilla», con el pasto seco manchado de sangre seca y las piedras dispuestas como si el culpable hubiera querido «exhibir» su obra. En el campo de fútbol de la colonia Arrenal, los sacos de cemento Tolteca se convirtieron en un símbolo del horror, un recordatorio de cómo algo tan cotidiano podía transformarse en un contenedor de muerte.

Mientras tanto, los agentes del Servicio Secreto trabajaban sin descanso. Interrogaron a vecinos, revisaron antecedentes de crímenes similares y peinaron los alrededores en busca de testigos. La presión era enorme: la ciudadanía exigía respuestas, y los titulares de la prensa no daban tregua. Pero en medio de este caos, un nuevo giro estaba por llegar. El 13 de diciembre, los hijos de Candelaria González Mendoza, una mujer de 50 años reportada como desaparecida desde el viernes 8 de diciembre, se presentaron ante la policía. Con ellos trajeron una pista crucial: las prendas encontradas entre los restos eran de su madre.

Este testimonio marcó el comienzo de una cacería que culminaría con la captura de Pedro Reyes Cortés, un albañil de 57 años cuya vida, hasta ese momento, había pasado desapercibida. Pero esa es una historia que se desarrollará en la siguiente parte de este relato.

La Ciudad de México, en diciembre de 1961, seguía estremecida por el macabro hallazgo de restos humanos dispersos en los barrios de Azcapotzalco. La prensa y su cobertura sensacionalista, había elevado el caso a un fenómeno nacional, con titulares que hablaban de un «descuartizador» que acechaba en las sombras. La indignación pública crecía, alimentada por el horror de un cuerpo humano reducido a fragmentos y la frustración de una investigación que, hasta el 12 de diciembre, parecía estancada. Pero un giro inesperado estaba por cambiar el rumbo del caso: la denuncia de los hijos de Candelaria González Mendoza, una mujer de 50 años desaparecida desde el viernes 8 de diciembre, proporcionó la pista crucial que llevó a la captura de Pedro Reyes Cortés, un albañil de 57 años cuya confesión revelaría una verdad tan perturbadora como el crimen mismo.

El punto de inflexión: la denuncia de los hijos

La mañana del 13 de diciembre, mientras los agentes del Servicio Secreto y la Policía Judicial del Distrito Federal peinaban

los terrenos baldíos de Azcapotzalco en busca de la cabeza, manos y pies de la víctima, un grupo de jóvenes se presentó en la Jefatura de Policía con una noticia que cambiaría todo. Eran los hijos de Candelaria González Mendoza, una mujer humilde que vivía en la zona y que no había regresado a casa desde la noche del viernes. Angustiados, relataron al primer comandante del Servicio Secreto, Rafael Rocha Cordero, que su madre salió de casa alrededor de las 20:00 horas para visitar a un conocido y no había dado señales de vida desde entonces. Lo que más llamó la atención de los agentes fue la descripción de la ropa que Candelaria llevaba esa noche: un chal y un delantal que coincidían con las prendas encontradas entre los restos humanos.

Los hijos, con lágrimas en los ojos, reconocieron las prendas en una inspección preliminar. Aunque la falta de la cabeza impedía una identificación definitiva, este testimonio dio a los investigadores un nombre y un punto de partida. Candelaria, según sus hijos, era una mujer trabajadora, madre dedicada y conocida en el barrio por su carácter afable. Sin embargo, también mencionaron que tenía una relación sentimental con un hombre al que apenas conocían: un albañil de nombre Pedro Reyes Cortés, que vivía en la colonia del Gas. Esta información encendió una chispa en la investigación. Los agentes, liderados por Jesús García y Alberto Gómez Villaseñor, se movilizaron de inmediato hacia el domicilio de Pedro, ubicado en la esquina de la Prolongación de Sabino y la Avenida de las Torres.

La captura: un albañil en la mira

El 13 de diciembre, a las 08:00 horas, un grupo de agentes del Servicio Secreto irrumpió en la casa de Pedro Reyes Cortés. La vivienda, una construcción inacabada típica de los barrios obreros de Azcapotzalco, era un reflejo de la precariedad de la época: paredes de block sin aplanar, un tejado de lámina y un interior lleno de muebles desvencijados. Los agentes encontraron a Pedro dormido en una cama destartada, ajeno al torbellino que su vida estaba a punto de convertirse. Al ser despertado, el

hombre de 57 años, de baja estatura, complexión robusta, cabello negro peinado hacia atrás y largas patillas, mostró una calma inquietante. Sus ojos, descritos por los reporteros como «penetrantes», no delataban nerviosismo, sino una especie de resignación.

—¿Qué quieren? —preguntó Pedro.

Mientras se incorporaba con lentitud. Los agentes, sin rodeos, le informaron que estaba bajo sospecha por la desaparición y posible asesinato de Candelaria González Mendoza. Pedro no opuso resistencia. Con una serenidad que desconcertó a los presentes, permitió que lo esposaran y lo trasladaran a la Jefatura de Policía. No obstante, antes de salir, señaló con un gesto vago hacia el interior de su casa.

—Si quieren buscar, ahí está todo.

Estas palabras, pronunciadas con un tono casi indiferente, marcaron el comienzo de una confesión que dejaría atónitos a investigadores y periodistas por igual.

La escena del crimen: un cuarto impregnado de horror

La casa de Pedro Reyes Cortés, ubicada en una esquina polvorienta de la colonia del Gas, era un lugar humilde pero cargado de simbolismos inquietantes. La entrada, por la Prolongación de Sabino, conducía a un pasillo estrecho donde un altar con imágenes religiosas dominaba la escena. Un cuadro de la Virgen de Guadalupe, rodeado de veladoras y flores de papel, parecía vigilar el lugar. Frente a este altar, según confesaría Pedro más tarde, llevó a cabo el acto macabro que lo convertiría en el «descuartizador» de Azcapotzalco. A pocos pasos, una puerta comunicaba con la única habitación habitable, un cuarto en construcción con paredes cubiertas de calendarios religiosos y una mezcla de muebles desvencijados: una cama con un colchón destrozado, una mesa grande, un sillón guinda floreado y un ropero viejo.

Los agentes, acompañados por reporteros, realizaron un recorrido minucioso por la vivienda. Pedro, con una calma que rayaba en lo perturbador, comenzó a señalar los lugares donde había ocultado los restos que no logró deshacerse.

—Allí, allí están los huesos de la mano —dijo, al indicar el sillón guinda.

Los investigadores levantaron los cojines y encontraron un pequeño envoltorio con los huesos de las manos, cocidos y tratados con caldita para disimular el olor. Luego, dirigiéndose a un sofá en la pared norte, añadió:

—Levanten esos papeles y muevan el cojín, ahí dejé los pies.

En efecto, debajo de unos periódicos arrugados, aparecieron los pies de la víctima, también tratados con caldita.

El hallazgo más escalofriante ocurrió cuando Pedro señaló un pequeño cuarto de baño en construcción, en el ángulo sureste de la habitación.

—Ahí está la cabeza, dijo con frialdad.

Los agentes, con una mezcla de incredulidad y repulsión, encontraron un envoltorio de papel que contenía el cráneo de Candelaria, de igual manera procesado para borrar rastros. La precisión con la que Pedro había ocultado estas partes contrastaba con la crudeza del acto, y los reporteros, que documentaban cada detalle, describieron una «sensación extraña» al estar en ese cuarto, como si el aire estuviera impregnado de una presencia opresiva.

La cocina, un espacio reducido con una estufa de petróleo de tres quemadores, dos tanques de gas y enseres domésticos básicos, también fue inspeccionada. En el suelo, debajo de la mesa principal, los agentes encontraron manchas de sangre seca, evidencia de que el desmembramiento ocurrió allí. Pedro explicó

que había colocado sacos de cemento para absorber la sangre mientras trabajaba con una cuchilla de zapatero, el instrumento que utilizó para seccionar el cuerpo. La descripción de los hechos, narrada con una naturalidad desconcertante, hizo que los presentes se cuestionaran la cordura del albañil.

El interrogatorio: una confesión escalofriante

En un amplio salón del tercer piso de la Jefatura de Policía, Pedro Reyes Cortés enfrentó un interrogatorio que reunió a la plana mayor del Servicio Secreto, investigadores de la Policía Judicial y un grupo de reporteros ansiosos por capturar cada palabra. El hombre, sentado en una silla de madera, mantenía su compostura y respondió a las preguntas con una voz monocorde que contrastaba con la gravedad de las acusaciones. Su relato, aunque coherente, estaba impregnado de una frialdad que los presentes describieron como «maquiavélica».

Pedro comenzó a narrar cómo conoció a Candelaria tres años antes, en 1958, en una tortillería cercana a la Avenida Cuitláhuac, propiedad del hermano de ella, un hombre llamado Pedro.

—Yo la llamaba La Chaparra —dijo, mientras admitía que nunca supo su nombre completo hasta que la policía lo mencionó.

Según su testimonio, su relación con Candelaria fue esporádica hasta tres meses antes del crimen, cuando coincidieron en la pulquería El Vuelo Supremo, en la calle Oleoducto, colonia Aguilera. Esa noche, tras beber en exceso, Candelaria lo acompañó a su casa y pasaron la noche juntos. Aunque no volvieron a verse durante un mes, el encuentro marcó el inicio de una relación intermitente.

El jueves 7 de diciembre de 1961, Pedro y Candelaria se encontraron otra vez, esta vez en otra pulquería en la Calle 10, cerca de sus domicilios. Según Pedro, la noche estuvo marcada por una riña entre otros parroquianos, entre ellos a Francisco

Martínez Campos «El Quicas» y Antonia Ramírez Peña «La Toña», quienes fueron investigados pero liberados por falta de pruebas. Pedro intervino para proteger a Candelaria, y ambos terminaron en su casa alrededor de las 22:00 horas. Esa noche, según él, fue la última vez que la vio con vida antes del fatídico viernes.

El viernes 8 de diciembre, Candelaria regresó a casa de Pedro alrededor de las 20:30 horas, según para recoger un arete que había olvidado. Sin embargo, decidió quedarse, argumentó que no quería volver a su casa.

—Preparamos la cena y nos fuimos a dormir —relató Pedro.

Horas después, en la madrugada del sábado 9 de diciembre, notó que el cuerpo de Candelaria estaba frío y rígido. Intentó moverla, pero no respondía.

—Estaba como privada o dormida de manera profunda —dijo. Presa del pánico.

Pedro aseguró que temió ser acusado de un crimen que no cometió.

—Pensé en los líos en que podía meterme —confesó, al tiempo que explicaba que decidió desmembrar el cuerpo para evitar problemas con los hijos de Candelaria, quienes, según él, no habrían creído en una muerte natural.

Con una cuchilla de zapatero, Pedro trabajó durante horas en su cuarto, frente al altar de la Virgen de Guadalupe. Cortó el cuerpo en al menos once partes, vació los órganos internos con una precisión que sorprendió a los investigadores, y envolvió los restos en papel periódico y sacos de cemento. Luego, durante la madrugada, salió a dispersar las partes en distintos puntos de Azcapotzalco y eligió lugares apartados para minimizar el riesgo de ser visto. La cabeza, las manos y los pies los guardó en su casa, cocinándolos y tratándolos con calidra para borrar rastros.

La reacción de la prensa y la sociedad

La confesión de Pedro, publicada en los periódicos el 14 de diciembre, desató una tormenta de reacciones. Los titulares describían al albañil como un «monstruo frío» y un «descuartizador maquiavélico», aunque su insistencia en no haber matado a Candelaria generaba dudas. La sociedad, ya horrorizada por los hallazgos, se dividió: algunos veían a Pedro como un asesino sádico, mientras otros comenzaban a sospechar que su historia podría tener algo de verdad. La imagen de un hombre que rezaba por el alma de su víctima frente a un altar religioso, solo para desmembrarla minutos después, añadió un matiz de perversión que alimentó el morbo público.

Los hijos de Candelaria, al enterarse de la captura, juraron vengarse.

—Ese hombre mató a nuestra madre —declararon, negándose a aceptar la versión de una muerte natural.

La prensa, siempre ávida de drama, amplificó estas amenazas, para convertír el caso en una saga de tragedia y venganza.

La resolución: una verdad inesperada

El caso tomó un giro inesperado cuando el doctor Miguel Gilbón Maitrett, tras analizar los restos, determinó que Candelaria había muerto de causas naturales, tal vez por un paro cardíaco. No había signos de violencia previa al desmembramiento, lo que respaldaba la versión de Pedro. Este hallazgo conmocionó a las autoridades y al público, que esperaban un asesino en serie, no un albañil asustado que tomó una decisión aberrante. Pedro fue consignado al Palacio Negro de Lecumberri el 16 de diciembre, acusado solo de profanación de cadáver.

—¡Yo no maté a Candelaria! —gritó al ingresar a la prisión, pero sus palabras se perdían en un mar de incredulidad.

Archivos policíacos

El juez penal, tras revisar las pruebas, sancionó a Pedro solo por el delito de profanación, una sentencia que generó controversia. Los hijos de Candelaria, indignados, mantuvieron su promesa de venganza, mientras Pedro, según los reporteros, expresó arrepentimiento y hasta pensamientos suicidas por «el error» que había cometido.



Capítulo 9 El Encostalado

Era la tarde del 28 de junio de 1968 en la bulliciosa Ciudad de México, un día que prometía ser como cualquier otro en la capital, con sus calles llenas de transeúntes, automóviles y el murmullo constante de una metrópoli en crecimiento. El cielo, cargado de nubes grises, anunciaba una inminente granizada, un fenómeno común en la temporada de lluvias. En la calle Enrico Martínez, una vía modesta situada entre las populosas arterias de Ayuntamiento y Avenida Morelos, a una cuadra de la emblemática Bucareli, la vida parecía transcurrir con la rutina habitual de una casa de huéspedes antigua, hogar de trabajadores, estudiantes y transeúntes que buscaban un lugar económico para descansar. Pero en el segundo piso de la casa marcada con el número 14, un drama macabro estaba a punto de ser descubierto, uno que estremecería a los vecinos y pondría a prueba la astucia de los agentes del Servicio Secreto mexicano.

El Escenario: La Casa de Huéspedes

La casa de huéspedes, propiedad de Luz Orta Sánchez, era un edificio de dos pisos con paredes desgastadas por el tiempo, un vestigio de la arquitectura popular de la ciudad. Sus escaleras de madera crujían bajo el peso de los inquilinos, y los cuartos, pequeños y funcionales, albergaban a personas de paso, muchas de ellas provenientes de provincias, que buscaban abrirse camino en la capital. El cuarto en cuestión, ubicado en el segundo piso, era un espacio de apenas cinco metros de largo por cuatro de ancho, con paredes pintadas de un verde desvaído que reflejaba el descuido del lugar. Dos camas individuales, un ropero de madera astillada y un suelo polvoriento componían el mobiliario. No era un lugar lujoso, pero sí funcional, con una renta mensual de 400 pesos, una suma razonable para la época.

En este cuarto vivían dos jóvenes, Raymundo Atzin García y Valentín Salvador Hernández, ambos descritos como

«veracruzanos» por los vecinos, aunque su origen exacto era incierto. Eran hombres reservados, de pocas palabras, que apenas interactuaban con los demás inquilinos. Según Luz Orta, la dueña, «eran muy serios, casi no hablaban», una característica que los hacía pasar desapercibidos en la dinámica de la casa. Sin embargo, un paquete enviado desde Papantla, Veracruz, dirigido a uno de ellos —Raymundo o Salvador, nadie lo tenía claro—, había llegado semanas antes, un detalle que más tarde se convertiría en una pista para los investigadores.

El Crimen: Un Hallazgo Macabro

A las tres de la tarde, el ambiente en la calle Enrico Martínez cambió de forma drástica. El agente secreto José Guerrero Hernández, identificado con la placa 340, patrullaba la zona como parte de una investigación rutinaria sobre un robo. Guerrero, un hombre experimentado, de mirada aguda y paso firme, conocía bien los callejones y las dinámicas de esta parte de la ciudad. Mientras recorría la calle, un grupo de vecinos, bastante alterados, lo interceptó frente a la casa número 14. Sus rostros reflejaban una mezcla de miedo y urgencia. «Por favor, suba al segundo piso», le imploraron, «allí se ha cometido un crimen horrible».

Sin dudarle, Guerrero subió las escaleras de madera de dos en dos, el eco de sus pasos resonaban en el estrecho pasillo. Al llegar al cuarto indicado, la puerta estaba entreabierta, lo que dejaba entrever una escena inquietante. En el centro de la habitación, junto a una de las camas, descansaba un veliz de piel negra y tela azul, nuevo, pero cubierto de polvo, como si hubiera sido arrastrado por un suelo sucio. A su lado, un paquete de revistas enviado desde Veracruz yacía desparramado, con algunas hojas esparcidas por el suelo. Cerca, una caja de cartón contenía pan duro, un detalle en apariencia trivial pero que añadía una capa de extrañeza al escenario.

Guerrero se acercó al veliz con cautela. Al abrirlo, el olor metálico de la sangre y el hedor incipiente de la muerte lo

golpearon. Dentro, envuelto en un costal de yute con franjas rojas y verdes, estaba el cuerpo de un hombre joven. El cadáver, rígido, pero sin rigidez cadavérica completa, indicaba que la muerte no había ocurrido hace mucho. Alrededor del cuello de la víctima, una cuerda de un centímetro de diámetro estaba anudada con fuerza, y marcas profundas que sugerían una estrangulación violenta. La sangre seca en la nariz, además del amoratamiento en el cuello, confirmaban la brutalidad del acto. El cuerpo estaba vestido con un pantalón de casimir negro, una camisa de dacrón blanca manchada de sangre, una camiseta blanca y calcetines cafés en buen estado. Algo curioso es que no tenía zapatos, y un pedazo de tela con un número de tintorería (188714) estaba engrapado a la camisa, un detalle que los investigadores anotaron de inmediato.

El agente Guerrero, con la experiencia de años en el Servicio Secreto, notó que la habitación no mostraba señales de lucha. Las camas estaban intactas, sin sábanas revueltas ni muebles desplazados. El veliz, aunque nuevo, estaba polvoriento, lo que sugería que había sido manipulado de manera reciente, quizás arrastrado desde otro lugar. La escena era perturbadora, como si el asesino hubiera actuado con precisión quirúrgica, sin dejar cabos sueltos. No obstante, la presencia del paquete de revistas y el pan duro insinuaba que el cuarto había sido ocupado por alguien que no planeaba un crimen, o al menos no de forma improvisada.

La Dueña y los Vecinos: Primeros Testimonios

Guerrero llamó de inmediato al agente del Ministerio Público de la Sexta Delegación, y una ambulancia fúnebre fue enviada al lugar. Mientras esperaba refuerzos, interrogó a Luz Orta Sánchez, la dueña de la casa de huéspedes, una mujer de mediana edad con un rostro curtido por la vida y una expresión de incredulidad. Aún en shock, relató lo que sabía, aunque su testimonio era fragmentado, marcado por el nerviosismo.

—Regresé del mercado a las tres de la tarde —explicó—, y me encontré con un montón de agentes en la escalera y en la calle. Pensé que algo malo había pasado. Subí a toda prisa y me dijeron que había un muerto en el cuarto contiguo a mi recámara.

Luz describió a los inquilinos del cuarto.

—Los jóvenes parecían veracruzanos. No recuerdo sus apellidos, solo sus nombres: Raymundo y Salvador. Pagaban cuatrocientos pesos de renta al mes. No eran muy platicadores; casi no se relacionaban con los vecinos.

Y agregó que el paquete de revistas que había llegado desde Veracruz, un detalle que confirmó la conexión con Papantla, pero no pudo ofrecer más información.

—Cuando sacaron el cuerpo, pensé que estaba descuartizado —dijo, temblorosa—. El veliz no es muy grande, parece una petaca. Mide como un metro de largo por setenta centímetros de ancho y unos treinta centímetros de grueso. No sé cómo cupo un cuerpo ahí.

Los vecinos, aunque reticentes, proporcionaron fragmentos de información. Algunos aseguraron haber visto a tres hombres entrar a la casa con el veliz, pero nadie pudo dar descripciones precisas. La casa de huéspedes, a diferencia de las vecindades donde los chismes corrían como el viento, era un lugar de paso, donde los inquilinos mantenían sus vidas en privado. Esto complicaba la tarea de los investigadores, pero también sugería que el crimen podría haber sido planeado con cuidado para evitar testigos.

El Anfiteatro: Primeros Hallazgos Forenses

El cuerpo fue trasladado enseguida al anfiteatro de la Sexta Delegación, pero la ausencia del médico en turno obligó a un doctor del laboratorio de la Procuraduría a realizar el examen preliminar. El certificado médico fue conciso pero revelador: «Individuo del sexo masculino, estrangulado, muerto no de

manera reciente, con rigidez cadavérica no completa, con sangre en la nariz y amoratamiento en el cuello producido por un trozo de cordón de 50 centímetros de largo con que se produjo la asfixia». El jefe del laboratorio, aunque no era médico, estimó de manera extraoficial que el joven llevaba entre seis y siete horas muerto, lo que situaba el crimen en la mañana de ese mismo día.

En el anfiteatro, los detalles del cuerpo comenzaron a tomar forma. La víctima, un hombre joven de no más de 25 años, tenía el cabello castaño con un ligero tinte rojizo, sucio de polvo, como si hubiera estado en contacto con el suelo. Su cuello estaba en su totalidad amoratado, con el cordón (similar al usado en persianas) anudado con doble nudo, incrustado de forma profunda en la piel. Para que el cuerpo cupiera en el costal y el veliz, los asesinos habían causado luxaciones en las articulaciones, dislocaban huesos sin fracturarlos, un acto que requería fuerza y conocimiento. Los investigadores notaron lesiones pre mortem, como golpes, que sugerían una pelea antes de la estrangulación. De manera curiosa, las manos del occiso no presentaban escoriaciones, lo que indicaba que no se había defendido, tal vez porque fue sorprendido o incapacitado de forma rápida.

Un detalle que llamó la atención fue el estado de las uñas de la víctima, que parecían pintadas con barniz, aunque de manera descuidada. Esto, junto con el tinte rojizo en el cabello, llevó a algunos agentes a especular sobre un posible «crimen pasional» o una riña entre «individuos de costumbres raras», un eufemismo de la época para referirse a la homosexualidad. Aunque estas conjeturas eran preliminares y requerían confirmación forense. La autopsia, aún pendiente, podría revelar si la víctima había sido envenenada, como sospechaban algunos detectives.

Las Primeras Hipótesis: Raymundo y Salvador

Con base en los testimonios de Luz Orta y los vecinos, los investigadores centraron su atención en Raymundo y Salvador,

los inquilinos del cuarto. La conexión con Veracruz, confirmada por el paquete de revistas, los convertía en los principales sospechosos. «Creemos que son de Papantla», dijo uno de los agentes, al citar el remitente del paquete: María Atlines o Atling, con dirección en Chapultepec 500, Papantla. La falta de documentos en la escena complicaba la identificación de la víctima, pero los detectives asumieron que podía ser uno de los inquilinos o alguien cercano a ellos.

Decenas de agentes secretos y judiciales fueron desplegados para localizar a Raymundo y Salvador. La calle Enrico Martínez se llenó de actividad: policías, curiosos y reporteros se agolpaban en las inmediaciones, mientras el cuarto era sellado por el Ministerio Público para preservar la escena. Los peritos de laboratorio tomaron fotografías del cadáver desde múltiples ángulos y recolectaron huellas dactilares en la perilla de la puerta, esperaban que pertenecieran a los asesinos. La hipótesis inicial era que el crimen había sido cometido por alguien familiarizado con la casa, dado el acceso al cuarto y la ausencia de señales de forcejeo.

La Sombra de la Ciudad: Contexto de 1968

El crimen ocurrió en un momento de tensión en la Ciudad de México. 1968 fue un año marcado por la efervescencia social y política, con el movimiento estudiantil que ganaba fuerza y los Juegos Olímpicos a pocos meses de celebrarse. La capital era un crisol de contrastes: por un lado, la modernidad de una ciudad que se preparaba para el mundo; por otro, la pobreza, el crimen y las desigualdades que se escondían en sus colonias populares. La calle Enrico Martínez, a un paso de Bucareli, era un microcosmos de esta realidad: casas de huéspedes que albergaban a migrantes de provincias, trabajadores precarios y, en ocasiones, delincuentes que aprovechaban el anonimato de la urbe.

El Servicio Secreto, una fuerza policial conocida por su eficacia, pero también por su opacidad, estaba bajo presión para

resolver casos de forma rápida, en especial aquellos que podían captar la atención de la prensa. El hallazgo de un cuerpo «encostalado» en un veliz era el tipo de noticia sensacionalista que podía alimentar titulares y especulaciones. Los periódicos de la época, con su estilo narrativo y detallado, no escatimaron en descripciones para capturar la imaginación de sus lectores, desde el «crimen espantoso» hasta las sospechas de un móvil pasional.

El Próximo Paso

Mientras los agentes peinaban la ciudad en busca de Raymundo y Salvador, el agente Guerrero y sus colegas comenzaron a reconstruir los eventos de la mañana. La precisión del crimen, la elección del veliz y la ausencia de lucha sugerían que el asesino no era un novato. La mención de un posible móvil pasional, aunque especulativa, añadía una capa de intriga. ¿Era este un crimen impulsado por la codicia, la venganza o algo más personal? Las respuestas llegarían pronto, cuando un giro inesperado llevaría a los investigadores a confrontar al verdadero culpable, un hombre que había traicionado la confianza de su mejor amigo.

La Ciudad en Alerta: La Investigación se Intensifica

El 28 de junio de 1968, la Ciudad de México era un hervidero de actividad. A pocos meses de los Juegos Olímpicos, la capital estaba bajo el escrutinio internacional, y las autoridades mexicanas, conscientes de la necesidad de proyectar una imagen de orden, presionaban a las fuerzas policiales para resolver crímenes de manera rápida, en especial aquellos que captaban la atención de los reporteros de periódicos sensacionalista. El hallazgo de un cuerpo estrangulado, encostalado e introducido en un veliz azul en una casa de huéspedes de la calle Enrico Martínez número 14 había desatado un frenesí entre los vecinos, los reporteros y los agentes del Servicio Secreto. La rapidez con la que el caso debía resolverse era imperativa, no solo por la gravedad del crimen, sino porque la prensa ya lo había bautizado

como el caso del encostalado, un término que evocaba imágenes macabras y alimentaba la curiosidad pública.

El agente secreto José Guerrero Hernández, placa 340, había sido el primero en llegar a la escena tras la alerta de los vecinos. Su descubrimiento inicial —un cuerpo joven dentro de un veliz, estrangulado con un cordón y envuelto en un costal de yute— había puesto en marcha una maquinaria investigativa que involucró a decenas de agentes secretos y judiciales. La hipótesis inicial apuntaba a los inquilinos del cuarto, Raymundo Atzin García y Valentín Salvador Hernández, descritos como «veracruzanos» y sospechosos principales debido a su conexión con el paquete de revistas enviado desde Papantla. No obstante, la investigación estaba a punto de tomar un giro inesperado, al revelar que el verdadero culpable no era un extraño, sino alguien mucho más cercano a la víctima.

Una Denuncia Inesperada: La Pista de la Revista Almas

Mientras los peritos de la Procuraduría tomaban fotografías de la escena y recolectaban huellas dactilares en la perilla de la puerta, una nueva pista llegó a los investigadores desde un lugar inesperado: las oficinas de la revista católica Almas, una publicación modesta pero conocida en ciertos círculos religiosos de la ciudad. A las pocas horas del hallazgo del cuerpo, Ricardo Colín Negrete, director de la revista, y José Luis León, su contador, se presentaron ante el Servicio Secreto con una denuncia que cambiaría el rumbo de la investigación.

Según los representantes de Almas, esa misma mañana, a las 9:00 horas, dos de sus empleados, Guillermo Manuel Medina Romo y Jesús Castellanos Elizalde, habían salido de las oficinas para cobrar cheques en un banco, una tarea rutinaria que involucraba la recolección de 39,889 pesos destinados al pago de los empleados de la revista. Sin embargo, solo Jesús había regresado y mencionaba que Guillermo había desaparecido tras el cobro. Los directivos, preocupados, sospechaban que algo le

había ocurrido a Guillermo, ya que no era propio de él desvanecerse sin dar explicaciones. La suma de dinero, significativa para la época, también levantaba sospechas de un posible robo.

Los agentes, liderados por Manuel Baena Camargo, jefe de la División de Patrullas del Servicio Secreto, interrogaron de inmediato a Jesús Castellanos Elizalde, quien relató una versión de los hechos que, aunque coherente, tenía lagunas inquietantes. Según Jesús, tras salir del banco en la calle de Balderas, él y Guillermo se encontraron con José Castellanos Galindo, un excompañero de trabajo de la revista Almas. José, con una actitud amistosa, los invitó a su casa en la calle Enrico Martínez, según para mostrarles unas camisas que planeaba venderles. Guillermo aceptó, y los tres se dirigieron a la casa de huéspedes. Al llegar, José y Guillermo pidieron a Jesús que los esperara en la puerta y adujeron que la dueña del lugar era «muy delicada» con los visitantes.

Veinte minutos después, José bajó solo y le entregó a Jesús dos cheques por 14,600 pesos, indicándole que Guillermo le había pedido que los cobrara en el Banco Nacional de México. Jesús, sin sospechar nada, cumplió la instrucción y regresó a la casa de huéspedes para reunirse con Guillermo. No obstante, al llegar, llamó en repetidas ocasiones a la puerta del cuarto sin obtener respuesta. Preocupado, pero sin pruebas de un delito, decidió volver a las oficinas de Almas para informar a sus superiores que había perdido de vista a Guillermo tras el cobro de los 39,889 pesos.

La Captura: Un Regreso Fatal

La denuncia de los directivos de Almas llevó a los agentes del Servicio Secreto a la calle Enrico Martínez, donde la escena del crimen aún estaba siendo procesada. Fue entonces cuando ocurrió un golpe de suerte que cambiaría el curso del caso. Mientras los investigadores interrogaban a los vecinos y revisaban

el cuarto sellado, un automóvil Ford Falcon se detuvo frente a la casa de huéspedes. El conductor, un joven de aspecto nervioso, fue identificado de inmediato por los agentes como José Castellanos Galindo, el mismo excompañero mencionado por Jesús Castellanos Elizalde.

Los agentes, sin saber aún que estaban frente al asesino, detuvieron a José para interrogarlo sobre el paradero de Guillermo. Su actitud evasiva y sus respuestas inconsistentes levantaron sospechas. José afirmó que Guillermo se había ido con dos amigos hacia Tijuana, Baja California, después de que le mostró las camisas. Pero los investigadores notaron que estaba muy alterado, con el rostro sudoroso y las manos temblorosas. Al registrarlo, encontraron varios objetos personales que pertenecían a Guillermo, entre ellos una cantidad de dinero escondida en sus calcetines: 39,889 pesos, la suma exacta que Guillermo había cobrado esa mañana.

El hallazgo del dinero fue el primer clavo en el ataúd de José. Los agentes, ahora convencidos de que estaban frente al culpable, lo presionaron para que los acompañara al cuarto en el segundo piso. Al abrir otra vez el veliz, la verdad salió a la luz: el cuerpo de Guillermo Manuel Medina Romo, estrangulado y encostado, yacía como evidencia irrefutable del crimen. José, al verse descubierto, colapsó bajo la presión y confesó con una frialdad que dejó atónitos a los presentes.

La Confesión: Un Relato de Traición

En la Jefatura de Policía, José Castellanos Galindo, de apenas 18 años y originario de Tepatitlán, Jalisco, relató con un cinismo que rayaba en la arrogancia cómo había planeado y ejecutado el crimen. Su confesión, registrada por los reporteros, pintó un retrato de un joven ambicioso, vanidoso y dispuesto a todo por dinero fácil. José, quien había llegado a la Ciudad de México tres años antes en busca de una vida mejor, admitió haber trabajado en la revista *Almas* durante dos años. Tras abandonar

el empleo, mantuvo contacto con Guillermo, su supuesto mejor amigo, con quien compartía una afinidad por la vida nocturna de la Zona Rosa, los cafés elegantes y la ropa fina.

Según José, el plan para robar el dinero comenzó semanas antes. Durante varias reuniones en cafés, propuso a Guillermo apoderarse de la suma que la revista Almas cobraba cada semana. En un inicio, Guillermo aceptó, pero insistió en esperar hasta agosto, cuando los cheques serían más cuantiosos. José, impaciente, lo convenció de actuar el viernes 28 de junio.

—Quedamos de vernos a las nueve de la mañana cerca del Banco de Londres y México —explicó—. Me hice el aparecido cuando vi que Guillermo venía con Jesús Castellanos Elizalde. Los saludé y los acompañé al banco.

Tras el cobro de los cheques, José llevó a ambos a la casa de huéspedes en Enrico Martínez, para aprovechar que aún tenía las llaves del cuarto alquilado por sus amigos Raymundo y Salvador. Una vez allí, despachó a Jesús con la excusa de los cheques adicionales, quedándose Guillermo solo en el cuarto. Según José, la discusión comenzó cuando intentaron repartir el dinero. Guillermo, que llevaba 30 billetes de mil pesos, quiso quedarse con la mayor parte, dándole a José solo 4,000 pesos.

—Me dio mucho coraje —admitió—. Discutimos, y de las palabras pasamos a los golpes. Él me pegó en la cara, pero yo soy más fuerte. Lo derribé y le sujeté los brazos a la espalda.

En un arranque de furia, José tomó un cordón tejido, perteneciente a una persiana, y lo enrolló alrededor del cuello de Guillermo. «Apreté fuerte hasta que dejó de moverse», relató con una calma que helaba la sangre. Al darse cuenta de que Guillermo estaba muerto, el pánico lo invadió. Sacó el dinero de la bolsa de su amigo y lo escondió en sus calcetines, apartó 500 pesos para cubrir gastos inmediatos.

—Me quedé unos minutos para pensar qué hacer — confesó—. Decidí que lo mejor era sacarlo de ahí y abandonarlo en el campo.

La Logística del Crimen: Un Plan Frustrado

José salió del cuarto y se dirigió a la tienda La Cosmopolita en la calle Ayuntamiento 159, donde compró un costal de yute y dos mecates por siete pesos. Regresó a la casa de huéspedes, encostaló el cuerpo de Guillermo y lo amarró, pero pronto se dio cuenta de que la forma del cadáver era demasiado evidente. Decidió entonces adquirir un veliz más grande para ocultar mejor el cuerpo. Caminó sin rumbo fijo hasta la calle Independencia, donde entró a Regalos Linda, una tienda de artículos de viaje.

—Pedí un veliz grande y fuerte —explicó—. Después, evalué varias opciones, compré uno por 220 pesos, calculé que sería suficiente para contener el cuerpo.

De vuelta en el cuarto, José enfrentó la tarea macabra de introducir el cuerpo en el veliz. Para lograrlo, dislocó las articulaciones de Guillermo, un proceso brutal que no dejó fracturas, pero sí evidencias de violencia post mortem. También envolvió la cabeza con una gabardina y una funda de almohada para evitar que la sangre manchara el costal o el veliz. Cerró el veliz con llave y lo aseguró con los mecates, asegurándose de que no se abriera durante el transporte. Aunque la falta de un vehículo propio complicó sus planes. Decidió pedir prestado el automóvil de un amigo, el ingeniero Alberto Robledo Serrano, de la Secretaría de Industria y Comercio.

José abordó un autobús hacia la oficina de Robledo y, con una mentira elaborada, le pidió prestado su Ford Falcon, alegó que necesitaba recoger a su hermano en el Aeropuerto Internacional. Mostró los 39,550 pesos que le quedaban para convencerlo, y Robledo, confiando en él, accedió con la condición de que devolviera el auto a las 14:00 horas. José regresó a la casa de huéspedes, pero al llegar, los agentes del Servicio Secreto ya

estaban esperándolo. Su plan de abandonar el cuerpo en una barranca solitaria de la carretera México-Cuernavaca se desmoronó en un instante.

El Contexto Social: La Sombra de la Zona Rosa

El perfil de José Castellanos Galindo, como se reveló en su confesión, era el de un joven ambicioso que había sucumbido a las tentaciones de la vida urbana. Originario de Tepatitlán, Jalisco, había llegado a la Ciudad de México en 1965, atraído por las promesas de una metrópoli en auge. Su gusto por la ropa fina, los cafés de la Zona Rosa y los bares elegantes contrastaba con su origen humilde y su trabajo modesto en Almas. La Zona Rosa, en 1968, era un epicentro de modernidad y bohemia, un lugar donde la élite intelectual, los artistas y los jóvenes con aspiraciones se mezclaban con personajes más oscuros, entre ellos traficantes y delincuentes menores. La mención de un paquete de marihuana encontrado en las ropas de José añadió un matiz a su estilo de vida, que sugeriría conexiones con los círculos menos respetables de la ciudad.

El crimen también reflejaba las tensiones de una sociedad en transición. La Ciudad de México de 1968 era un lugar de contrastes: mientras el gobierno se preparaba para los Juegos Olímpicos, las protestas estudiantiles crecían, y la delincuencia, aunque no tan extendida como en décadas posteriores, era una preocupación constante. Crímenes como el de Guillermo, motivados por la codicia y la traición, resonaban en una población que veía en la modernidad tanto oportunidades como peligros.

La Identidad de la Víctima: Un Joven Formal

El cuerpo de Guillermo Manuel Medina Romo fue identificado por sus padres, Valdemar Medina López y Beatriz Romo de Medina, quienes vivían en la Unidad Cuitláhuac. Según ellos, Guillermo era un joven de 18 años, formal y dedicado a su trabajo en Almas. Había salido de casa a las 7:00 horas del viernes, como era su rutina, para llegar a las oficinas a las 8:00.

Sus padres no supieron nada de él hasta que las autoridades los contactaron con la devastadora noticia. La necropsia, realizada por el médico legista Héctor Serna Valdez, confirmó que Guillermo murió por asfixia, con marcas de golpes que indicaban una pelea previa.

La imagen de Guillermo como un joven trabajador contrastaba con la versión de José, quien lo describió como un cómplice dispuesto a robar el dinero. Esta discrepancia levantó preguntas sobre si Guillermo en realidad había accedido al plan o si José lo había manipulado, aprovechándose de su confianza. Los padres de Guillermo, devastados, insistieron en su integridad, lo que añadió una capa de tragedia a un crimen ya de por sí brutal.

El Esclarecimiento: Tres Horas de Eficiencia Policial

El caso del encostalado fue resuelto en un tiempo récord de tres horas, un testimonio de la eficacia del Servicio Secreto en un momento en que la presión pública y mediática era alta. La combinación de la denuncia de Almas, la captura fortuita de José, y la evidencia física encontrada en su posesión (el dinero y los objetos de Guillermo) permitió cerrar el caso muy rápido. José fue consignado ante un juez penal por homicidio calificado y robo, enfrentaría una condena que reflejaba la gravedad de sus actos.

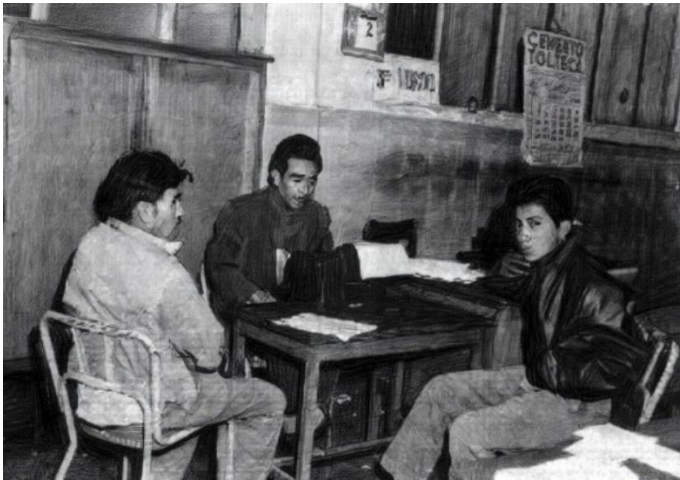
La prensa del 30 de junio, no escatimó en detalles, describió a José como un joven cínico y vanidoso, cuya confesión oscilaba entre el arrepentimiento fingido y la arrogancia. También destacó la saña del crimen, al especular sobre posibles motivos pasionales o conexiones con «costumbres raras», aunque estas teorías no fueron confirmadas por la investigación. El hallazgo de marihuana en las ropas de José añadió un elemento sensacionalista que capturó la atención de los lectores, lo que reforzó la narrativa de un joven descarriado por las tentaciones de la ciudad.

Impacto y Reflexión

Archivos policíacos

El crimen de Guillermo Manuel Medina Romo conmocionó a la comunidad de la calle Enrico Martínez y a los lectores de la prensa amarillista. La traición de José, quien había sido amigo y colega de la víctima, subrayaba la fragilidad de la confianza en una ciudad donde la ambición y la codicia podían convertir las relaciones en tragedias. Para los vecinos de la casa de huéspedes, el incidente dejó una marca imborrable, que transformó un lugar de paso en el escenario de un crimen que nadie olvidaría.

En el contexto de 1968, el caso del encostalado fue un recordatorio de los peligros que acechaban tras la fachada de modernidad de la Ciudad de México. Mientras la capital se preparaba para mostrar su mejor cara al mundo, crímenes como este revelaban las fisuras de una sociedad en cambio, donde la pobreza, la ambición y la falta de oportunidades podían llevar a actos de violencia extrema.



Capítulo 10 Esperanza Souvinet

En la Ciudad de México de 1934, una urbe vibrante donde los ecos del pasado colonial se mezclaban con la modernidad de los automóviles y los edificios de concreto, se desarrolló una de las historias más estremecedoras de la época. En el corazón de la Colonia San Rafael, un barrio de clase media con calles adoquinadas y casas de techos altos, se gestó un drama que capturó la atención de la sociedad mexicana: el caso de Esperanza Souvinet Bonora, una mujer de 35 años cuya vida, marcada por los celos y el amor no correspondido, culminó en un acto de violencia que dejó una huella imborrable en la memoria colectiva.

El telón de fondo: una ciudad en transformación

La Ciudad de México de los años treinta era un crisol de contrastes. La Revolución Mexicana, apenas dos décadas atrás, había dejado cicatrices profundas, pero también había impulsado un sentido de renovación. Las avenidas principales, como Insurgentes, comenzaban a llenarse de automóviles, y los tranvías traqueteaban por las calles, que llevaban a los habitantes de un lado a otro de la capital. La Colonia San Rafael, con sus casonas elegantes y su ambiente de aspiración burguesa, era un lugar donde la clase media alta vivía con cierto decoro, pero no exenta de los dramas humanos que trascienden clases sociales. En este escenario, la vida de Esperanza Souvinet y Manuel Rangel Arrijoa, una pareja al parecer ordinaria, se convirtió en el epicentro de una tragedia que resonaría en los titulares de los periódicos.

Esperanza y Manuel: un matrimonio desigual

Esperanza Souvinet Bonora, de 35 años, era una mujer de belleza notable. Sus rasgos finos, enmarcados por un rostro ovalado y unos ojos oscuros que parecían siempre escudriñar el alma de quien la miraba, la hacían destacar en cualquier reunión. Su cabello, peinado con esmero en ondas suaves, y su guardarropa, compuesto por vestidos elegantes de corte europeo, reflejaban su gusto por la sofisticación. Era una mujer de carácter fuerte, pero con una sensibilidad que, según quienes la conocían, podía volverse abrumadora. Provenía de una familia de clase media acomodada, con un padre que había sido comerciante y una madre que, aunque discreta, había inculcado en ella un sentido de orgullo y dignidad.

Manuel Rangel Arrijoja, por otro lado, era un joven de 25 años, diez años menor que su esposa. Contador de profesión, Manuel era un hombre de apariencia jovial, con una sonrisa fácil y un porte que denotaba confianza. Su cabello oscuro, peinado hacia atrás con brillantina, y su preferencia por trajes claros lo hacían parecer un caballero de la época, aunque sin la ostentación de las clases altas. Trabajaba en una oficina contable en el centro de la ciudad, donde su diligencia y buen trato lo hacían apreciado por sus colegas. Sin embargo, su juventud y su relación con su madre, María de la Luz Arrijoja, serían elementos centrales en el drama que se avecinaba.

El matrimonio entre Esperanza y Manuel, celebrado dos años antes, en 1932, había sido visto con cierta curiosidad por sus conocidos. La diferencia de edad, aunque no escandalosa, era notable en una sociedad donde las convenciones aún dictaban que el hombre debía ser mayor o, al menos, de edad similar a su esposa. Aunque al principio, la pareja parecía complementarse. Esperanza, con su madurez y elegancia, aportaba estabilidad, mientras que Manuel, con su energía juvenil, inyectaba vitalidad a la relación. No habían tenido hijos, lo que, en retrospectiva, algunos interpretarían como una señal de que la unión no estaba destinada a prosperar.

Los primeros nubarrones

El matrimonio de Esperanza y Manuel comenzó a mostrar grietas poco después de la luna de miel. Según relatos de amigos cercanos, la pareja vivía en una casa de dos pisos en la Colonia San Rafael, decorada con muebles de madera tallada y cortinas de terciopelo que reflejaban el buen gusto de Esperanza. No obstante, lo que parecía un hogar idílico pronto se convirtió en un escenario de tensiones. Esperanza, con su temperamento apasionado, comenzó a sospechar que Manuel no le era del todo fiel. Estas sospechas no se basaban en las típicas infidelidades con otras mujeres, sino en algo mucho más perturbador para ella: la relación de Manuel con su madre, María de la Luz.

María de la Luz Arrijoja era una mujer de unos 50 años, viuda desde hacía más de una década. Vivía en una casa modesta pero bien cuidada en otra parte de la ciudad, y su vínculo con Manuel era, según todos los indicios, demasiado estrecho. Para Esperanza, esta cercanía no era solo filial, sino que rayaba en lo inapropiado. En varias ocasiones, según declararía más tarde, había sorprendido a Manuel y a su madre en actitudes que le parecían sospechosas: conversaciones susurradas, miradas cómplices, e incluso, en dos ocasiones, lo que ella describió como «trances amorosos» que no podían explicarse por el simple cariño entre madre e hijo.

Estos episodios, reales o producto de la imaginación de Esperanza, se convirtieron en una obsesión para ella. Cada vez que Manuel visitaba a su madre o recibía una carta suya, Esperanza sentía un nudo en el estómago. Las discusiones entre la pareja se volvieron frecuentes, y Manuel, según los testimonios, respondía con evasivas.

—No hay nada, Esperanza. Mi madre me quiere mucho, eso es todo. Son locuras tuyas —le decía, según relató ella más tarde al juez.

Pero estas palabras, lejos de calmarla, solo alimentaban su desconfianza. La diferencia de edad entre ellos, que al principio parecía un detalle menor, comenzó a pesar como una losa. Esperanza, consciente de que era mayor que su esposo, temía que él buscara en otra parte la juventud que ella ya no poseía. Y, en su mente, esa «otra parte» no era otra que María de la Luz.

La decisión del divorcio

Tras dos años de matrimonio, la situación se volvió insostenible. Las peleas, los reproches y la falta de confianza minaron cualquier posibilidad de reconciliación. Fue entonces cuando Esperanza y Manuel, en un raro momento de acuerdo, decidieron poner fin a su unión. La idea del divorcio, aunque no común en el México de los años treinta, no era inaudita, sobre todo en círculos urbanos y progresistas como los que frecuentaba la pareja. Acordaron que sería un divorcio voluntario, sin mayores complicaciones legales, ya que no había hijos ni propiedades significativas que dividir.

En los primeros días de enero de 1934, Esperanza, con la determinación que la caracterizaba, se presentó en el juzgado cuarto del Registro Civil, ubicado en la Avenida Insurgentes 74, en la Colonia San Rafael. El edificio, un inmueble de dos pisos con fachada de cantera y amplios ventanales, era un lugar donde se resolvían los asuntos burocráticos de la vida cotidiana: nacimientos, matrimonios, defunciones y, en casos como este, divorcios. Esperanza, vestida con un elegante traje de lana gris y un sombrero a juego, entró al juzgado con un porte que no pasaba desapercibido. Su presencia, aunque serena en apariencia, dejaba entrever una tormenta interna.

Se entrevistó con el juez Francisco Angulano, un hombre de mediana edad conocido por su talante conciliador. Le entregó un escrito redactado de manera impecable en el que argumentaba que la convivencia con Manuel se había vuelto insoportable y solicitaba el divorcio. El juez, al leer el documento, quedó

sorprendido por las razones expuestas. Esperanza no solo citaba «incompatibilidad de caracteres», una causal común en los divorcios de la época, sino que detallaba con vehemencia los celos que la consumían. En su escrito, afirmaba de manera categórica que Manuel sostenía una relación íntima con su madre, María de la Luz. Describía escenas que, según ella, había presenciado: momentos en los que los encontraba demasiado cerca, en actitudes que, a su juicio, cruzaban los límites de lo filial. «Es un delito contra la naturaleza», escribió, «y no puedo seguir viviendo con un hombre que me traiciona de esta manera».

El juez Angulano, hombre experimentado en los vericuetos de las pasiones humanas, leyó el escrito con una mezcla de asombro y escepticismo. Las acusaciones de Esperanza eran graves, pero carecían de pruebas concretas. Además, la idea de una relación incestuosa entre madre e hijo parecía tan descabellada que el juez sospechó que podía ser producto de la imaginación de una mujer consumida por los celos. Decidió darle entrada al caso, pero con reservas. En lugar de acelerar el proceso, como Esperanza había solicitado, archivó de forma temporal la demanda, convencido de que la pareja aún podía reconciliarse. En su opinión, los celos de Esperanza eran exagerados, quizás exacerbados por la diferencia de edad y su inseguridad como esposa de un hombre más joven.

La insistencia de Esperanza

Esperanza, sin embargo, no estaba dispuesta a esperar. En las semanas siguientes, visitó el juzgado en tres ocasiones, siempre muy bien vestida, con un aire de determinación que contrastaba con la tristeza en sus ojos. En cada visita, preguntaba al juez Angulano si había avances en el proceso.

—Quiero terminar con esto lo antes posible —le decía, con una voz que oscilaba entre la firmeza y la súplica.

El juez, cada vez más convencido de que la separación era un error, intentaba persuadirla de reconsiderar.

—Señora Souvinet, los matrimonios atraviesan crisis. Tal vez si hablan con calma, puedan resolver sus diferencias —le sugería. Pero Esperanza era inflexible—. No hay nada que resolver, señor juez. Mi esposo no me ama, y su relación con su madre es algo que no puedo tolerar.

El juez, intrigado por las acusaciones, decidió investigar más a fondo. Envío un citatorio a Manuel para que compareciera y diera su versión de los hechos. También solicitó información adicional sobre la pareja, esperaba encontrar alguna pista que aclarara si las afirmaciones de Esperanza tenían fundamento o si, como sospechaba, eran el producto de una mente atormentada por los celos. Mientras tanto, el caso comenzó a generar murmullos en los círculos sociales de la Colonia San Rafael. Los vecinos, que conocían a la pareja de vista, especulaban sobre las razones de su ruptura. Algunos decían que Esperanza era una mujer posesiva que no soportaba la juventud de su esposo; otros, más inclinados a las habladurías, daban cierto crédito a sus acusaciones, aunque con reservas.

El fatídico día

Tras semanas de espera, el juez Angulano por fin accedió a fijar una fecha para la audiencia de divorcio. El sábado 19 de marzo de 1934, a las 10 de la mañana, Esperanza y Manuel debían presentarse en el juzgado para firmar los documentos que pondrían fin a su matrimonio. Para Esperanza, ese día representaba el cierre de un capítulo doloroso, pero también el comienzo de una incertidumbre aún mayor. La idea de separarse de Manuel, aunque era su deseo expreso, la llenaba de una mezcla de alivio y desesperación. En su mente, la relación incestuosa que ella imaginaba (o que, según ella, había presenciado) era una traición que no podía perdonar, pero tampoco podía desprenderse del amor que aún sentía por su esposo.

Esa mañana, Esperanza llegó al juzgado a las nueve en punto, una hora antes de lo acordado. Vestía un elegante traje negro que contrastaba con su piel clara, un sombrero del mismo color adornado con una pluma discreta y un abrigo gris que le daba un aire de solemnidad. En su mano derecha llevaba una pequeña bolsa de mano, de cuero negro, que sujetaba con fuerza. Al entrar al edificio, se cruzó con Roberto Castillo, el secretario del juez, quien la reconoció de inmediato.

—Buenos días, señora Souvinet. ¿Se le ofrece algo o ya la están atendiendo? —le preguntó con cortesía.

Esperanza, con una calma que parecía ensayada, respondió:

—Tengo una diligencia en una hora. Esperaré a mi esposo en la entrada.

Se dirigió a la puerta principal y se quedó de pie, miraba hacia la calle. El reloj marcaba las 9:30 cuando un lujoso automóvil, un Ford negro reluciente, se detuvo frente al juzgado. De él descendió Manuel, enfundado en un traje claro que resaltaba su figura esbelta. Su rostro, iluminado por una sonrisa despreocupada, contrastaba con la tensión que emanaba de Esperanza. Al verla, la saludó con una leve inclinación de cabeza, un gesto cortés pero distante.

—Buenos días, Esperanza. ¿Subimos? —dijo, mientras señalaba la escalera que conducía al segundo piso, donde se encontraba la oficina del juzgado.

Esperanza, con un nudo en la garganta, lo miró con intensidad. En ese momento, algo en su interior se quebró.

—Manuel, ¿sientes algo por mí todavía? ¿Hay un poco de amor, de ternura? —preguntó, con una voz que temblorosa.

Manuel, sorprendido por la pregunta, respondió con franqueza:

—No, Esperanza. Ya no siento nada. Pero podemos seguir siendo amigos. Quizás algún día salgamos de paseo.

Sus palabras, aunque dichas con amabilidad, fueron como un puñal para Esperanza. La confirmación de que su matrimonio estaba muerto, de que el hombre al que amaba no la correspondía, avivó el fuego de sus celos y su dolor.

Con un gesto apenas perceptible, Esperanza bajó la mirada y dijo:

—Sube primero. Ahora te alcanzo.

Manuel, sin sospechar nada, comenzó a ascender los peldaños de la escalera de mármol que conducía al segundo piso. Su paso era firme, confiado, como si estuviera ansioso por terminar con el trámite y seguir con su vida. Esperanza lo seguía a unos metros de distancia, con la bolsa de mano apretada contra su pecho. Nadie en el juzgado, ni los empleados ni los transeúntes que pasaban por allí, podía imaginar lo que estaba a punto de ocurrir.

La explosión de la tragedia

Cuando Manuel estaba a punto de llegar al segundo piso, a solo tres peldaños de la «Sección para Matrimonios», un estruendo sacudió el silencio del juzgado. Esperanza, con una rapidez sorprendente, había sacado una pistola Destroyer .380 de su bolsa y disparó por la espalda a su esposo. La bala atravesó su cuerpo, y Manuel, con un grito ahogado, cayó de rodillas. El eco del disparo resonó en las paredes de mármol, y los empleados del juzgado, atónitos, se asomaron desde sus escritorios.

Manuel, herido, pero aún consciente, hizo un esfuerzo sobrehumano por levantarse. Arrastrándose, intentó subir los últimos peldaños, como si buscará refugio en la oficina del juzgado. Pero Esperanza, fuera de sí, disparó en una segunda ocasión. Esta vez, la bala impactó en el muslo izquierdo, lo que hizo que Manuel se desplomara. Los gritos de los testigos llenaron

el aire, pero nadie se atrevía a intervenir. Una tercera detonación perforó el tórax derecho de Manuel, y una cuarta le destrozó el dorso del pie derecho. Con cada disparo, el cuerpo de Manuel se convulsionaba, hasta que al final quedó inmóvil, tendido a los pies del escritorio de Concepción Barezo Baigen, una empleada del juzgado que observaba la escena con horror.

Esperanza, con el rostro desencajado y la pistola aún humeante en la mano, miró el cuerpo de su esposo. En un arrebato, se llevó el arma a la sien, dispuesta a quitarse la vida, pero el cargador estaba vacío. Las balas, todas descargadas sobre Manuel, no dejaron ninguna para ella. En ese momento, el juez Angulano, alertado por los disparos, salió de su oficina con cautela. Al ver a Esperanza, se acercó de inmediato y, con la ayuda de Roberto Castillo, le arrebató la pistola.

—¡Te maté porque te quise mucho, sí, porque te quise mucho! —repetía ella, con la voz rota, mientras miraba el charco de sangre que se formaba bajo el cuerpo de Manuel.

Estalló el alboroto

El juzgado se convirtió en un caos. Los empleados corrían de un lado a otro, algunos gritaban, otros intentaban ayudar a Manuel, aunque era evidente que ya no había nada que hacer. Los reporteros de los diarios locales, alertados por el alboroto, comenzaron a llegar al lugar. Intentaron acercarse a Esperanza para obtener una declaración. Pero ella, cubriéndose el rostro con un pañuelo para evitar los flashes de los fotógrafos, solo dijo:

—¡Por favor, déjenme en paz! No diré nada. Todo se lo contaré al juez.

El delegado de la Procuraduría de Justicia, Rafael A. Esteva Jr., llegó poco después, acompañado por agentes de la policía judicial y peritos. Mientras los expertos examinaban la escena, Esperanza fue conducida a un sillón en una esquina del juzgado, donde permaneció en silencio, con la mirada perdida. Los peritos

confirmaron que Manuel había recibido múltiples disparos, todos por la espalda, lo que sugería premeditación, alevosía y ventaja. El cuerpo fue trasladado para la autopsia, mientras Esperanza, custodiada por gendarmes, fue llevada a la Cárcel Preventiva de Lecumberri, conocida como el Palacio Negro.

En su celda, Esperanza comenzó a hablar con sus compañeras de prisión. Nadie podrá entender lo que sentía.

—Celos, odio, no lo sé ni yo misma —decía, según relataron algunas reclusas.

Insistía en que había actuado por amor, por la imposibilidad de soportar la supuesta traición de Manuel con su madre. Pero sus palabras, lejos de generar compasión, alimentaron el morbo de una sociedad que no podía decidir si verla como una víctima de sus pasiones o como una criminal desquiciada.

El eco del crimen: la ciudad en vilo

El sábado 19 de marzo de 1934, la noticia del asesinato de Manuel Rangel Arrijoa a manos de su esposa, Esperanza Souvinet, se extendió como reguero de pólvora por la Ciudad de México. Los periódicos, siempre ávidos de historias sensacionalistas, encontraron en este caso un filón de oro. La Prensa, El Universal y Excélsior dedicaron titulares de primera plana al suceso, con descripciones vívidas del crimen y especulaciones sobre las motivaciones de Esperanza. «¡Celos mortales en el juzgado!», proclamaba un titular. «Mujer despechada mata a su esposo por amor», aseguraba otro. Los reporteros se convirtieron en cronistas de un drama que parecía sacado de una novela del corazón de puestos de periódicos.

En la Colonia San Rafael, donde la pareja había vivido, los vecinos no podían hablar de otra cosa. Las cafeterías de la Avenida Insurgentes y los salones de las casas burguesas se llenaron de murmullos. Algunos defendían a Esperanza,

argumentaban que su acto, aunque atroz, era el resultado de una traición insoportable.

«Si lo que dice es cierto, sobre esa relación con la madre, ¿quién puede culparla?»

Comentaba una vecina en una tienda de abarrotes. Otros, más escépticos, la tildaban de loca, una mujer cuya imaginación, envenenada por los celos, la había llevado a inventar una historia escandalosa para justificar su crimen.

«Es imposible que un hombre como Manuel, tan joven y educado, tuviera algo así con su madre»

Opinaba un colega del contador en una cantina cercana.

La madre de Manuel, María de la Luz Arrijoja, se convirtió en una figura enigmática en esta narrativa. La prensa intentó contactarla, pero ella, abrumada por el dolor y el escándalo, se recluyó en su casa negándose a dar declaraciones. Los pocos que la conocían la describían como una mujer reservada, de modales suaves, que vivía para su hijo. Sin embargo, las acusaciones de Esperanza arrojaron una sombra sobre su reputación, y aunque no había pruebas que respaldaran la supuesta relación incestuosa, el rumor se convirtió en un tema inescapable en los círculos sociales.

El inicio del proceso judicial

El lunes 21 de marzo, dos días después del crimen, Esperanza compareció ante el juez segundo de la primera corte penal para rendir su declaración preparatoria. La audiencia se llevó a cabo en un juzgado austero, con paredes de yeso y muebles de madera desgastada, donde el ambiente estaba cargado de tensión. Esperanza, escoltada por dos gendarmes, entró con la cabeza gacha, vestida con un sencillo vestido negro que contrastaba con la elegancia que había mostrado en el juzgado del Registro Civil. Su rostro, pálido y demacrado, reflejaba

las noches sin dormir en su celda en Lecumberri, pero sus ojos aún destilaban una mezcla de desafío y tristeza.

El juez, un hombre de unos 50 años llamado Fernández, conocido por su rigor, la miró con severidad mientras leía los cargos: homicidio con premeditación, alevosía y ventaja. El Ministerio Público, representado por el agente Rafael A. Esteva Jr., presentó los hechos: Esperanza había disparado a su esposo por la espalda, al descargar todas las balas de su pistola Destroyer .380, en un acto que no dejaba dudas sobre su intención de matar. Los testigos, incluía a Concepción Barezo Baigen, la empleada del juzgado que había presenciado el crimen, confirmó que los disparos fueron deliberados y que Manuel no tuvo oportunidad de defenderse.

Cuando se le dio la palabra, Esperanza habló con una voz clara, aunque temblorosa.

—No niego lo que hice —comentó—. Lo maté porque lo quería demasiado, y él me traicionó con la única persona que no podía soportar: su madre.

Repitió las acusaciones que había plasmado en su solicitud de divorcio, describió las escenas que, según ella, había presenciado entre Manuel y María de la Luz.

—Los vi juntos, en actitudes que no eran normales. No podía vivir con eso. Intenté alejarlo de ella, llevándolo a Los Ángeles, a Mazatlán, pero siempre volvía a su madre. Ella lo controlaba, lo manipulaba. Me dejó sola, abandonada.

El juez Fernández, que se veía bastante perturbado por las acusaciones, le preguntó si podía probar sus afirmaciones.

—¿Tiene testigos, pruebas concretas de esta supuesta relación? —inquirió. Esperanza negó con la cabeza— Solo yo lo vi. Pero sé lo que vi. No estoy loca, señor juez. Hice lo que hice porque no podía soportar más.

Su declaración, cargada de emoción, no convenció al juez, quien sospechaba que las acusaciones podían ser una estrategia para atenuar su responsabilidad. A pesar de eso, ordenó que se investigara a fondo, y que se realizaran entrevistas con conocidos de la pareja y una revisión de la correspondencia entre Manuel y su madre.

Dentro de las 72 horas posteriores a su detención, el juez decretó la formal prisión de Esperanza como presunta responsable de homicidio. Se le notificó que comparecería otra vez en 30 días, tiempo en el que el Ministerio Público reuniría más pruebas y los testigos serían interrogados. Mientras tanto, la ahora viuda fue devuelta a su celda en Lecumberri, donde comenzaría una nueva etapa de su vida, marcada por el aislamiento y la introspección.

La vida en Lecumberri

La Cárcel Preventiva de Lecumberri, conocida como el Palacio Negro, era un imponente edificio de estilo panóptico en el noreste de la Ciudad de México. Construido en 1900, su diseño radial permitía a los guardias vigilar a los prisioneros desde un punto central. Para las mujeres, como Esperanza, había un departamento separado, pero las condiciones no eran mucho mejores que las de los hombres. Las celdas eran pequeñas, con paredes húmedas y un catre de metal como único mobiliario. El aire estaba cargado de olores como humedad, sudor y mugre, además del sonido constante de puertas metálicas y gritos lejanos creaba un ambiente opresivo.

Esperanza fue alojada en la celda seis del departamento para mujeres. Al llegar, sus compañeras, un grupo heterogéneo de reclusas que incluía desde ladronas hasta otras homicidas, la recibieron con curiosidad. Su caso ya era conocido, gracias a los periódicos que circulaban incluso dentro de la prisión. Algunas la miraban con respeto, viéndola como una mujer que había defendido su honor; otras, con desdén, considerándola una figura

trágica que había perdido la razón. «La autoviuda», la llamaban algunas, un apodo cruel que reflejaba su nuevo estatus como la mujer que había matado a su propio esposo.

En las primeras semanas, Esperanza se mantuvo reservada. Pasaba horas sentada en su catre, solo miraba la pared o escribía en un cuaderno que le había proporcionado una de las celadoras. Sus compañeras relataron que, cuando hablaba, lo hacía con una mezcla de arrepentimiento y justificación.

—Nadie puede entender lo que yo sentía —comentaba—. Era un amor que me consumía, pero también un odio que no podía controlar. No estoy arrepentida, pero tampoco estoy en paz.

Sus palabras, cargadas de contradicciones, reflejaban el torbellino emocional que la había llevado al crimen.

Con el tiempo, comenzó a interactuar más con las otras reclusas. Algunas, como una mujer llamada Carmen que cumplía condena por robo, se habían vuelto confidentes. Ella relató más tarde a un reportero que Esperanza le había confiado detalles de su matrimonio.

—Decía que Manuel era un buen hombre al principio, pero que su madre lo tenía bajo un hechizo. Que cada vez que intentaba construir una vida con él, ella intervenía. Una vez, en Mazatlán, donde decidieron vivir, él recibió una carta de ella en la que le pedía que regresara; incluso le envió el dinero del boleto del autobús, pero él, sin dudarlo, regresó a México al día siguiente y la dejó sola a su suerte.

Estas historias, aunque imposibles de verificar, alimentaron la narrativa de Esperanza como una mujer traicionada no solo por su esposo, sino por una suegra manipuladora.

La carta a La Prensa

Uno de los momentos más significativos de esta etapa fue la carta que Esperanza escribió semanas antes de asesinar a su

esposo, y que envió al diario La Prensa a través de Manuel Espejel Álvarez. El documento, redactado semanas antes del crimen, era una especie de confesión anticipada, un manifiesto de sus motivaciones. En él, declaraba:

—Habré de cometer un delito que como mujer bien nacida considero de todo punto inevitable. No soy capaz de vivir con él porque lo quiero y me cambió por la única mujer a quien le debe profunda veneración y respeto: la desdichada autora de sus días. Ellos son los culpables, que el mundo sea mi juez y el Supremo, mi salvador.

La publicación de la carta, que La Prensa reprodujo de manera íntegra en una edición dominical, desató un nuevo frenesí en la opinión pública. Para algunos, era la prueba de que Esperanza había planeado el crimen con frialdad, lo que agravaba su situación legal. Para otros, era un grito de desesperación, la confesión de una mujer que se sentía acorralada por las circunstancias. Los columnistas de la época debatieron de manera intensa sobre el caso. Algunos, como el cronista Salvador Novo, escribieron ensayos sobre la psicología de los celos, comparaba a Esperanza con personajes de tragedias clásicas como Medea. Otros, más conservadores, la condenaron como un ejemplo de la decadencia moral de las mujeres modernas.

El juicio: un enfrentamiento de narrativas

El juicio de Esperanza comenzó de manera formal en abril de 1934, un mes después del crimen. La sala del juzgado, abarrotada de reporteros, curiosos y familiares de Manuel, era un hervidero de expectación. Esperanza, ahora se veía más delgada y con ojeras marcadas, compareció ante el juez Fernández. Su abogado, un joven defensor público llamado Antonio Ramírez, argumentó que el crimen había sido un «delito pasional», impulsado por la angustia emocional de su clienta. Ramírez intentó centrar la defensa en la supuesta relación incestuosa entre

Manuel y su madre, alegó que su cliente había actuado bajo un estado de enajenación mental.

El Ministerio Público, por su parte, presentó un caso sólido basado en los testimonios de los testigos y las pruebas forenses. Concepción Barezo Baigen relató cómo había visto a Esperanza disparar sin piedad, mientras Manuel intentaba escapar. Los peritos confirmaron que las balas habían sido disparadas por la espalda, lo que indicaba premeditación y alevosía. Además, se presentó el arma homicida, la pistola Destroyer .380, que había sido confiscada en la escena. El agente Esteva Jr. argumentó que, al margen de las acusaciones de Esperanza, el acto había sido planeado, ya que ella había llevado la pistola al juzgado con la clara intención de usarla.

Uno de los momentos más tensos del juicio fue la comparecencia de María de la Luz Arrijoja. La madre de Manuel, vestida de luto riguroso, entró al juzgado con el rostro desencajado. Negó de manera rotunda las acusaciones de Esperanza, calificándolas de «monstruosas» y «producto de una mente enferma».

—Mi hijo me quería como cualquier hijo quiere a su madre. Nunca hubo nada indebido entre nosotros. Esperanza estaba obsesionada, veía cosas que no existían —declaró, con lágrimas en los ojos. Su testimonio, aunque emotivo, no pudo ser corroborado ni desmentido por pruebas concretas, ya que no había testigos de las supuestas escenas descritas por Esperanza.

Otros testigos, como amigos de la pareja y colegas de Manuel, ofrecieron perspectivas variadas. Algunos confirmaron que Manuel tenía una relación cercana con su madre, pero la describieron como normal, propia de un hijo único que había crecido bajo su cuidado tras la muerte de su padre. Otros señalaron que Esperanza había mostrado signos de inseguridad desde el inicio del matrimonio, en especial por la diferencia de edad.

—Ella siempre estaba pendiente de él, preguntándole dónde estaba, con quién hablaba. Era como si no confiara en nadie —testificó una vecina.

El juez Fernández, después de escuchar los argumentos, se enfrentó a un dilema. Por un lado, las pruebas contra Esperanza eran abrumadoras: el crimen había sido cometido con premeditación, y la falta de pruebas sobre la supuesta relación incestuosa debilitaba su defensa. Por otro lado, el testimonio de Esperanza, cargado de pasión y dolor, sugería que su estado mental en el momento del crimen no era el de una persona racional. El juez decidió posponer la sentencia, dando tiempo para un peritaje psicológico que evaluara la salud mental de la acusada.

La vida en prisión: un descenso al abismo

Mientras el juicio avanzaba, Esperanza permanecía en Lecumberri, donde su estado emocional comenzó a deteriorarse. Las primeras semanas de encierro habían sido soportables gracias a la adrenalina del caso y la atención de sus compañeras. Pero a medida que pasaban los días, la realidad de su situación se asentó. La soledad de su celda, el peso de la culpa y la incertidumbre sobre su futuro la sumieron en una profunda melancolía. Las celadoras notaron que dejaba de comer con regularidad y que pasaba largos periodos en silencio, con la mirada perdida en el vacío.

A pesar de su aislamiento, Esperanza mantuvo correspondencia con su abogado, a quien enviaba cartas detalladas de sus pensamientos. En una de ellas, escribió:

—No espero clemencia, pero sí comprensión. Nadie sabe lo que es amar a alguien que te traiciona con lo que más duele. Si estoy loca, que Dios me perdone, pero no inventé lo que vi.

Estas cartas, aunque no se hicieron públicas en su momento, fueron utilizadas por su defensa para argumentar que sufría de un trastorno emocional severo.

En la prisión, Esperanza también se enfrentó al juicio de sus compañeras. Algunas reclusas, en especial aquellas que habían cometido crímenes por motivos pasionales, la veían como una figura trágica, casi heroica.

—Ella defendió su amor, aunque fuera de la manera equivocada —comentó una reclusa a un periodista que logró infiltrarse en Lecumberri.

Otras, sin embargo, la consideraban una amenaza, una mujer capaz de matar a sangre fría. Esta polarización reflejaba la división en la opinión pública: para unos, Esperanza era una víctima; para otros, una villana.

El desenlace final

El viernes 13 de julio de 1934, cuatro meses después del crimen, la rutina matutina en Lecumberri fue interrumpida por un suceso inesperado. Durante el pase de lista, cuando las celadoras llamaron a Esperanza, no hubo respuesta. Al abrir la celda seis, la encontraron tirada en el suelo, inmóvil, con un olor extraño en el aire. El catre estaba desordenado, y en un rincón de la celda había un anafre pequeño, aún tibio, con restos de carbón quemado. El médico de la prisión, tras un examen preliminar, confirmó lo que todos temían: Esperanza estaba muerta.

La autopsia, realizada ese mismo día, determinó que la causa de la muerte fue asfixia por intoxicación con monóxido de carbono. El anafre, que todo indica que fue introducido a escondidas por alguna reclusa o celadora compasiva, lo utilizó Esperanza para quemar carbón, lo que ocasionó que se llenara la celda de un gas letal. No se encontraron notas ni mensajes que explicaran su decisión, pero para quienes conocían su historia, el suicidio no fue una sorpresa. La presión del juicio, la soledad de

la cárcel y el peso de sus acciones habían sido demasiado para ella.

La noticia de su muerte, publicada al día siguiente en los periódicos, marcó el cierre de un caso que había mantenido a la ciudad en vilo. La Prensa tituló: «La autoviuda se quita la vida: el fin de un drama pasional». El Universal optó por un tono más sobrio: «Esperanza Souvinet muere en Lecumberri; el caso que estremeció a México llega a su fin». Los editoriales reflexionaban sobre las lecciones del caso, desde los peligros de los celos hasta la fragilidad de la mente humana bajo presión.

El legado del caso

El caso de Esperanza Souvinet no solo fue un evento sensacionalista, sino un reflejo de las tensiones sociales y culturales de la México de los años treinta. En una época en que las normas de género estaban en transición, con mujeres que comenzaba a reclamar mayor autonomía, la historia de esta mujer se convirtió en un símbolo ambiguo. Para algunos, representaba los peligros de desafiar las convenciones, de amar con demasiada intensidad o de ceder a los celos. Para otros, era una víctima de un sistema que no supo entender su dolor, una mujer atrapada en un matrimonio desigual y en una sociedad que juzgaba con dureza sus emociones.

En los círculos académicos, el caso inspiró debates sobre la psicología de los crímenes pasionales. Psiquiatras de la época, como el doctor José Torres Orozco, analizaron el comportamiento de Esperanza, donde sugerían que podía haber sufrido de un trastorno obsesivo o incluso de paranoia. Aunque sin un diagnóstico formal en vida, estas teorías quedaron como especulaciones. Lo que sí es cierto es que el caso dejó una marca en la cultura popular, con canciones, poemas y hasta una obra de teatro inspirada en la tragedia.

María de la Luz Arrijoa, la madre de Manuel, nunca se recuperó del escándalo. Se mudó de la Ciudad de México poco

después del juicio, y su destino final es desconocido. Los amigos y colegas de Manuel, por su parte, lo recordaron como un joven prometedor cuya vida fue truncada por una tragedia imprevisible. La Colonia San Rafael, testigo mudo de esta historia, continuó su vida cotidiana, pero el edificio del juzgado en la Avenida Insurgentes 74 se convirtió, para muchos, en un lugar marcado por la sombra de la violencia.

Esperanza Souvinet Bonora, en su celda final, encontró en la muerte la liberación que no pudo hallar en la vida. Su historia, como tantas otras tragedias humanas, permanece como un recordatorio de cómo el amor, los celos y la desesperación pueden entrelazarse en un nudo fatal, lo que deja tras de sí solo preguntas sin respuesta.



Esperanza Souvinet Bonora

Capítulo 11 Un Rico Pulquero

La Ciudad de México, en la mañana del 2 de octubre de 1950, despertaba con el ritmo pausado de un domingo otoñal. Las calles del barrio de la Ciudad de los Deportes, aún impregnadas del aroma a maíz tostado y pulque fermentado, vibraban con la vida cotidiana de sus habitantes. Los puestos de comida, con sus comales humeantes, atraían a los transeúntes con el chisporroteo de las gorditas y el perfume dulzón de los tamales. Los niños correteaban entre las aceras, mientras los adultos, algunos con resaca de la noche anterior, buscaban el alivio de un café o una buena jarra de aquella bebida de los dioses en alguna de las pulquerías que salpicaban el vecindario. En este escenario, donde la rutina se mezclaba con el bullicio, se gestaría una tragedia que quedaría grabada en las páginas de los periódicos de la época y en la memoria de quienes presenciaron los hechos.

En la calle Peña y Peña, número 52, una casa de fachada modesta pero bien cuidada, Antonio Agripino Meneses Vera, conocido en el barrio como un próspero pulquero, se preparaba para salir. Antonio, de unos 40 años, era una figura imponente, no tanto por su estatura, sino por la seguridad que exudaba. Su piel morena, curtida por los años de trabajo en el campo hidalguense antes de llegar a la capital, contrastaba con el traje de lino claro que solía llevar, siempre impecable, como si quisiera demostrar que había dejado atrás su pasado rural. Su rostro, de facciones duras, estaba enmarcado por un bigote bien recortado y unos ojos oscuros que parecían analizar a quienes lo rodeaban. Era un hombre que inspiraba respeto, pero también recelo. Los rumores sobre su pasado —cinco asesinatos en Hidalgo, según decían— lo seguían como una sombra, aunque él se esforzaba por presentarse como un empresario exitoso, propietario de varias pulquerías, incluida la famosa El Triunfo de Gazabe.

A su lado, María Martínez, su esposa, era una presencia más discreta pero no menos notable. De unos 35 años, María tenía una belleza serena, con el cabello oscuro recogido en un moño apretado y un vestido sencillo pero elegante, de corte modesto, acorde con la decencia que se esperaba de una mujer casada en aquella época. Sus ojos, de un castaño cálido, reflejaban una mezcla de devoción por su esposo y una astucia que le permitía navegar las complejidades de la vida al lado de un hombre como Antonio. María no era ajena a los rumores sobre su esposo, pero los había aprendido a ignorar, o al menos a tolerar. Su matrimonio, aunque no exento de tensiones, estaba cimentado en una lealtad feroz, una que pronto se pondría a prueba de la manera más brutal.

Aquella mañana, poco después de las nueve, la pareja salió de su casa con la intención de hacer algunas compras. El aire fresco de octubre los recibió, mezclado con el olor a tierra húmeda de las calles aún salpicadas por la lluvia de la noche anterior. Caminaban juntos, Antonio con su paso firme y María a su lado, llevaba una canasta de mimbre donde planeaba guardar los víveres. La calle Peña y Peña, una arteria tranquila de la colonia, estaba salpicada de casas de adobe y edificios de dos pisos, algunos con balcones de herrería que parecían observar de manera silenciosa el paso de los transeúntes. A lo lejos, se escuchaba el tañido de las campanas de una iglesia cercana, que convocaba a los fieles a misa dominical.

Mientras avanzaban hacia la esquina de Vidal Alcocer y Berriozábal, el ambiente del barrio comenzaba a animarse. Los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías, desde frutas frescas hasta periódicos del día, y los aromas de los puestos de comida se intensificaban. En uno de esos puestos, una mujer de mediana edad, con un delantal manchado de salsa, removía un guiso de chicharrón en salsa verde que llenaba el aire con un aroma tentador. Antonio, siempre atento a su entorno, saludó con un leve movimiento de cabeza a un par de conocidos que pasaban

por la acera opuesta. María, por su parte, mantenía la mirada fija al frente, como si quisiera evitar cualquier distracción.

La pareja no había recorrido más de doscientos metros cuando la tragedia los alcanzó. En la esquina de Vidal Alcocer y Berriozábal, un lugar donde las calles se cruzaban para formar un pequeño cruce bullicioso, un hombre emergió de entre la multitud. Era Gerardo Grocochea Pérez, un mesero de 28 años que trabajaba en el restaurante San Martín, ubicado en la misma Ciudad de los Deportes. Un hombre fornido, de complexión robusta, con el cabello negro peinado hacia atrás y un rostro endurecido por una vida de trabajo arduo. Sus ojos, inyectados de una furia contenida, se clavaron en Antonio mientras se acercaba con pasos rápidos y decididos. Vestía una camisa blanca de manga corta, algo arrugada, y un pantalón oscuro que dejaba ver el bulto de algo en el bolsillo derecho. En sus manos, aún no se veía el arma que pronto cambiaría el curso de esa mañana.

María notó la presencia de Gerardo antes que su esposo. Algo en la postura del hombre, en la tensión de sus hombros, le hizo apretar la canasta con más fuerza.

—Antonio —murmuró, con un tono de advertencia, pero su esposo no pareció darle importancia.

Antonio, acostumbrado a lidiar con conflictos, ya fuera en las pulquerías o en las calles, apenas giró la cabeza para mirar al intruso. Cuando vio a Gerardo, su expresión cambió enseguida, al pasar de la indiferencia a un leve fruncimiento de ceño, como si reconociera al hombre y supiera que su presencia no auguraba nada bueno.

Gerardo se detuvo a unos metros de la pareja, para bloquear su camino. La gente a su alrededor, ocupada en sus propios asuntos, apenas notó la tensión que comenzaba a formarse en esa esquina.

—Ya es tiempo de que solucionemos de una vez por todas el lío que tenemos pendiente —dijo Gerardo, con una voz grave y cargada de resentimiento.

Sus palabras cortaron el aire como un cuchillo, y María sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era la primera vez que escuchaba rumores sobre las disputas de su esposo, pero nunca había presenciado una confrontación tan directa.

Antonio, lejos de mostrarse intimidado, respondió con calma, aunque su tono tenía un filo de autoridad.

—En estos momentos no quiero arreglar nada, porque vengo con mi esposa. Es mejor que te vayas; cuando se te quite el coraje, hablaremos de lo que quieras.

Su voz era firme, pero no agresiva, como si quisiera desescalar la situación sin perder el control. María, a su lado, sintió el impulso de intervenir.

—¿Qué asunto se traen ustedes? —preguntó, al fijar la mirada en su esposo y en el hombre que lo desafiaba.

Su tono era una mezcla de curiosidad y preocupación, pero no obtuvo respuesta.

Gerardo, sin embargo, no estaba dispuesto a retroceder. Sus manos temblaban apenas perceptible, y sus ojos brillaban con una mezcla de ira y determinación. Antonio, al percibir el peligro, tomó a María del brazo y le susurró:

—No le hagas caso, vamos al mandado.

La pareja dio media vuelta, dispuesta a continuar su camino, con la intención de dejar atrás al mesero y su desafío. Fue un error fatal. Antonio, confiado en que Gerardo no se atrevería a actuar frente a testigos y en plena luz del día, no se volvió para vigilarlo. María, aunque inquieta, siguió el paso de su esposo, confiaba en su juicio.

No habían dado más de cinco pasos cuando Gerardo actuó. Con un movimiento rápido, metió la mano derecha en el bolsillo de su pantalón y sacó una pistola escuadra, calibre .38, cuya superficie metálica brilló un instante bajo el sol matutino. Sin mediar más palabras, dio unos pasos hacia adelante, acercándose a Antonio, y apuntó el arma de forma directa a su espalda. El primer disparo resonó como un trueno en la calle y rompió el murmullo de la colonia. La bala atravesó la espalda de Antonio para salir por su pecho y dejar un rastro de sangre que salpicó el pavimento. Antes de que alguien pudiera reaccionar, Gerardo disparó dos veces más, cada proyectil encontró su blanco con una precisión mortal.

Antonio se tambaleó, sus rodillas cedieron, y cayó al suelo con un gemido ahogado. La sangre comenzó a extenderse por su camisa, para después formar un charco rojo oscuro que contrastaba con el gris del pavimento. María, paralizada por un instante, dejó caer la canasta, que rodó por la acera y esparció su contenido. El grito que salió de su garganta fue desgarrador, un alarido de dolor y furia que alertó a todos los presentes.

—¡Antonio! —exclamó, y enseguida corrió hacia su esposo, pero al verlo inmóvil, con los ojos abiertos y la respiración entrecortada, supo que no había tiempo que perder.

Gerardo, por su parte, no esperaba la reacción que vendría. En lugar de huir de inmediato, se quedó un momento para contemplar el cuerpo de su víctima, con la pistola aún humeante en la mano. Fue entonces cuando María, impulsada por una mezcla de desesperación y rabia, se lanzó tras él. Corrió con una velocidad que desafiaba su vestido y sus zapatos de tacón bajo, alcanzándolo a pocos metros de la escena del crimen.

—¡Asesino! ¡Cobarde! —gritó, mientras se abalanzaba sobre él, colgándose de su cuello con una fuerza que parecía imposible para su figura menuda.

Gerardo, sorprendido por la ferocidad de María, se quedó inmóvil, sin saber cómo reaccionar. La pistola seguía en su mano, pero no la usó.

—¡Suélteme, señora! ¡Suélteme porque la puedo matar a usted también! —balbuceó, pero sus palabras carecían de convicción.

María, como una leona que defendía a su cría, lo apretaba con más fuerza, sus uñas clavándose en la piel del mesero mientras gritaba por ayuda.

—¡Auxilio! ¡Detengan a este hombre! —exclamaba, mientras su voz resonaba en la calle.

Los transeúntes, que hasta ese momento observaban la escena con una mezcla de horror y fascinación, comenzaron a reaccionar. Algunos se acercaron, para formar un cerco humano alrededor de María y Gerardo, mientras otros corrían en busca de ayuda. El puesto de comida cercano, donde la vendedora aún removía su guiso, se convirtió en el epicentro de la conmoción. La mujer del delantal, con los ojos abiertos de par en par, dejó caer su cuchara de madera al ver la sangre en el pavimento. Los niños que jugaban cerca se detuvieron, y algunos comenzaron a llorar, a la vez que los adultos murmuraban entre sí, trataban de entender qué había pasado.

A cuatro cuerdas de distancia, Antonio Meneses yacía en el suelo, su vida escapándose con cada latido. La sangre aún brotaba de sus heridas, y su rostro, antes lleno de vida, comenzaba a palidecer. Algunos curiosos se acercaron, pero nadie se atrevía a tocarlo, como si temieran que la muerte misma los contagiara. Una mujer mayor, con un rebozo sobre los hombros, se persignó y comenzó a rezar en voz baja, al tiempo que un joven corría hacia una cabina telefónica para avisar a la Cruz Roja.

Minutos después, el sonido de una sirena rompió el caos. Una ambulancia de la Cruz Roja, con su pintura blanca y roja brillaban bajo el sol, se abrió paso entre la multitud. Los paramédicos, con rostros serios y movimientos precisos, descendieron de inmediato y colocaron a Antonio en una camilla. María, que aún forcejeaba con Gerardo, no pudo ver cómo se llevaban a su esposo, pero el sonido de la sirena le dio un destello de esperanza. Quizás, pensó, a lo mejor todavía hay tiempo para salvarlo.

Entretanto, dos patrulleros, identificados con los números 4452 y 4773, llegaron al lugar donde María aún sujetaba a Gerardo. La multitud se apartó para dejarlos pasar, y los agentes, con sus uniformes oscuros y sus rostros endurecidos por años de servicio, tomaron el control de la situación.

—¡Suelta el arma! —ordenó uno de ellos, a la vez que apuntaba su propia pistola hacia Gerardo.

El mesero, derrotado y abrumado, dejó caer la pistola al suelo, donde quedó rodeada de polvo y sangre seca. María, exhausta pero todavía furiosa, soltó a Gerardo y retrocedió, jadeaba con dificultad, mientras los patrulleros lo esposaban.

El cerco humano se dispersó con lentitud, aunque los murmullos y las especulaciones continuaron. Algunos decían que Antonio se lo había buscado, que sus tratos oscuros y su pasado en Hidalgo lo habían alcanzado. Otros, impresionados por la valentía de María, la señalaban con admiración, aunque también con lástima.

—Pobre mujer —susurró una anciana—. Quedarse sola así, y con semejante desgracia.

La ambulancia, con Antonio a bordo, ya se dirigía al hospital de la Cruz Roja, su sirena resonaba en las calles de la Ciudad de los Deportes. En el lugar del crimen, los patrulleros recogieron la pistola de Gerardo y dos casquillos quemados que yacían cerca

del charco de sangre. El asesino, ahora esposado, fue conducido a la patrulla número 67, mientras María, con el rostro bañado en lágrimas, seguía a los agentes, para exigir justicia.

—¡Es un cobarde! ¡Lo mató por la espalda! —gritaba, su voz quebrándose por el dolor.

La Sombra de la Muerte en la Ciudad de los Deportes

El eco de los disparos aún resonaba en la esquina de Vidal Alcocer y Berriozábal, aunque el sonido había sido reemplazado por el lamento de la sirena de la ambulancia de la Cruz Roja que se alejaba a toda velocidad, llevaba consigo el cuerpo ensangrentado de Antonio Agripino Meneses Vera. La mañana del 2 de octubre de 1950, que había comenzado con la promesa de un domingo tranquilo en la Ciudad de México, se había transformado en una pesadilla para María Martínez, la esposa del pulquero asesinado, y para los habitantes del rumbo de la Ciudad de los Deportes, quienes ahora se agolpaban en la calle, atrapados entre el horror y la curiosidad mórbida que despierta la tragedia.

El pavimento, manchado con un charco de sangre que comenzaba a secarse bajo el sol matutino, era un recordatorio cruel de la violencia que acababa de irrumpir en la rutina del vecindario. Los transeúntes, que momentos antes se ocupaban de sus compras dominicales o charlaban de manera despreocupada, ahora formaban pequeños grupos, susurraban especulaciones sobre lo ocurrido. La vendedora de gorditas, cuyo puesto estaba a pocos metros del lugar donde Antonio cayó, seguía de pie, inmóvil, con la cuchara de madera aún en la mano, como si el tiempo se hubiera detenido para ella.

—Pobre hombre —murmuró, más para sí misma que para los curiosos que la rodeaban—. Y pobre mujer, quedarse sola así.

Su voz temblaba, reflejaba la mezcla de compasión y temor que se apoderaba del ambiente.

María Martínez, con el rostro empapado en lágrimas y las manos temblorosas, estaba rodeada por un par de vecinas que intentaban consolarla, aunque sus palabras apenas lograban traspasar la barrera de su dolor.

—Tranquila, María, ya lo tienen, no va a escapar —decía una mujer mayor, con un rebozo azul cubriéndole los hombros, mientras le ofrecía un pañuelo para secarse el rostro.

Pero María no podía escuchar. Su mirada estaba fija en el carro patrulla número 67, donde Gerardo Grocochea Pérez, el mesero que había disparado a su esposo, estaba siendo empujado sin contemplaciones por los patrulleros. Las esposas brillaban en sus muñecas, y su expresión, antes llena de furia, ahora era una mezcla de resignación y desafío. La pistola calibre .38, aún caliente, yacía en el suelo, custodiada por uno de los agentes, mientras otro recogía de manera cuidadosa los dos casquillos quemados que habían quedado cerca del charco de sangre.

El agente número 4452, un hombre de rostro curtido y bigote recortado, se acercó a María con un cuaderno en la mano.

—Señora Martínez, necesitamos que nos acompañe a la delegación para tomar su declaración. ¿Se siente con fuerza para eso? —preguntó con un tono que intentaba ser amable, aunque su voz tenía el peso de la rutina de alguien acostumbrado a lidiar con tragedias.

María, con los ojos enrojecidos, asintió con debilidad.

—Quiero que ese hombre pague por lo que hizo —respondió, su voz quebrándose, pero cargada de determinación—. Lo mató a traición, por la espalda, como cobarde.

El agente anotó sus palabras, mientras su compañero, el número 4773, terminaba de asegurar a Gerardo en el asiento trasero de la patrulla.

La multitud comenzó a dispersarse poco a poco, aunque algunos curiosos permanecían, atraídos por el drama como moscas a la miel. Un joven, que no tendría más de veinte años, se acercó al lugar donde había caído Antonio y señaló la sangre en el pavimento.

—Dicen que ese pulquero ya debía varias —comentó a su amigo, que lo miraba con una mezcla de incredulidad y curiosidad—. Que en Hidalgo dejó un reguero de muertos. A lo mejor este mesero tenía sus razones.

Su amigo, más cauto, se limitó a encogerse de hombros.

—Razones o no, dispararle por la espalda no es de hombres —respondió, antes de alejarse.

Entretanto, a varias calles de distancia, la ambulancia de la Cruz Roja avanzaba a toda velocidad por las calles de la Ciudad de México, esquivaba tranvías y carretas con una destreza que solo la urgencia podía inspirar. En el interior, Antonio Meneses yacía en una camilla, su cuerpo inmóvil salvo por el leve movimiento de su pecho, que luchaba por aún respirar. Los paramédicos, dos hombres jóvenes con rostros tensos, trabajaban de manera frenética para estabilizarlo. Uno de ellos, con las manos manchadas de sangre, aplicaba presión sobre las heridas en el pecho de Antonio, mientras el otro conectaba un tubo de oxígeno.

—¡Vamos, hombre, aguanta! —exclamó el primero, aunque su voz tenía un matiz de desesperanza.

Las heridas eran profundas, y la pérdida de sangre era alarmante. Cada segundo que pasaba parecía acercar a Antonio más al borde de la muerte.

En el hospital de la Cruz Roja, un edificio blanco con una cruz roja pintada en la fachada, el personal médico ya había sido

alertado de la llegada de un herido grave. El doctor Ramírez, un cirujano veterano con más de veinte años de experiencia, se preparaba en la sala de emergencias, ajustándose los guantes de látex mientras revisaba el instrumental quirúrgico. A su lado, una enfermera de cabello recogido en una cofia blanca organizaba las gasas y los frascos de suero.

—¿Qué tenemos? —preguntó Ramírez, su voz calmada pero autoritaria—. Hombre, unos 40 años, tres heridas de bala, entrada por la espalda, salida por el pecho. Está perdiendo mucha sangre —respondió el paramédico jefe mientras la camilla entraba a toda prisa por el pasillo.

Antonio fue trasladado de inmediato a la sala de operaciones. Su rostro, pálido como la cera, contrastaba con la sangre que empapaba su camisa destrozada. Los médicos trabajaron con una precisión desesperada, cortaban la ropa para exponer las heridas y evaluar el daño.

—Perforaciones en el pulmón derecho y muy probable también en el hígado —murmuró Ramírez, mientras insertaba un tubo torácico para drenar la sangre acumulada.

La enfermera, con manos ágiles, pasaba los instrumentos, pero la tensión en el aire era palpable. Cada movimiento era una carrera contra el tiempo, y el tiempo no estaba de su lado.

A pesar de los esfuerzos, la condición de Antonio se deterioraba con rapidez. Su presión arterial caía en picada, y los monitores emitían pitidos cada vez más urgentes. Ramírez, con el sudor que escurría por su frente, sabía que las probabilidades de salvarlo eran mínimas.

—¡Vamos a abrir! —ordenó, dispuesto a intentar una cirugía de emergencia para reparar los órganos dañados.

Pero antes de que el bisturí pudiera hacer el primer corte, el cuerpo de Antonio se estremeció una última vez. Un silencio sepulcral llenó la sala cuando el monitor mostró una línea plana.

—Hora de la muerte: 9:47 de la mañana —anunció la enfermera, con voz temblorosa, mientras Ramírez se quitaba los guantes con un gesto de derrota.

En la Primera Delegación, a donde María y Gerardo fueron llevados, el ambiente era caótico pero metódico. La delegación, un edificio de paredes grises y ventanales polvorientos, era un hervidero de actividad: agentes que entraban y salían, máquinas de escribir resonaban, y el olor a tabaco y café impregnaban el aire. Gerardo Grocochea, ahora sentado en una pequeña celda improvisada, mantenía la cabeza baja, evitaba las miradas de los policías que lo custodiaban. Sus manos, aún esposadas, descansaban sobre sus rodillas, y su camisa blanca estaba manchada de sudor y polvo de la calle. Frente a él, el licenciado Jesús Lechuga Canales, agente del Ministerio Público, tomaba notas en un cuaderno, su rostro impassible mientras escuchaba el informe de los patrulleros.

—El detenido dice que actuó en defensa propia, que el occiso lo agredió primero —explicó el agente número 4452, al tiempo que entregaba la pistola y los casquillos como evidencia—. Pero la señora Martínez y varios testigos dicen que fue un ataque por la espalda, sin provocación.

Lechuga, un hombre de mediana edad con gafas de armazón metálico, asintió sin levantar la vista de sus notas.

—¿Y el arma? —preguntó—. Automática, calibre .38, tres cartuchos útiles en el cargador —respondió el otro patrullero, a la vez que mostraba la bolsa de pruebas donde habían guardado la pistola.

María, sentada en una silla dura de madera en una sala contigua, temblaba mientras relataba los hechos a otro agente. Su vestido, ahora arrugado y con manchas de tierra de su forcejeo con Gerardo, era un reflejo de su estado emocional.

—Íbamos caminando, no le hacíamos daño a nadie —comenzó, su voz entrecortada por los sollozos—. Ese hombre, Gerardo, salió de la nada y empezó a gritarle a Antonio que quería arreglar un asunto. Mi esposo le dijo que no quería problemas, que estaba conmigo, pero él... él sacó la pistola y le disparó por la espalda. ¡Tres veces! ¡No le dio tiempo de nada!

El agente, un hombre joven con un cuaderno lleno de garabatos, anotaba cada palabra, aunque sus ojos mostraban una mezcla de compasión y cansancio.

Mientras tanto, en el hospital de la Cruz Roja, el licenciado Sergio Gutiérrez Morales, agente del Ministerio Público adscrito al establecimiento, llegaba para redactar el acta de defunción. El cuerpo de Antonio, ahora cubierto con una sábana blanca, yacía en la morgue del hospital, un lugar frío y estéril que olía a desinfectante. Gutiérrez, un hombre alto y delgado con un traje oscuro algo desgastado, revisó los informes médicos antes de entrevistar al doctor Ramírez.

—Muerte por shock hipovolémico debido a múltiples heridas de bala —explicó Ramírez, al tiempo que entregaba el reporte preliminar—. Hicimos lo que pudimos, pero las lesiones eran demasiado graves.

Gutiérrez asintió, tomaba notas rápidas antes de acercarse al cuerpo para la identificación oficial.

María, que había sido trasladada al hospital tras dar su declaración inicial en la delegación, llegó justo a tiempo para cumplir con el trámite. Ver a su esposo bajo la sábana fue un golpe que casi la derrumba. Sus rodillas cedieron, y una enfermera tuvo que sostenerla para evitar que cayera.

Es él... es Antonio —susurró, con la voz rota.

A su lado, el licenciado Bernabé Jurado, un abogado amigo de la familia que había sido contactado por un vecino, le ofreció

su apoyo, asegurándole que se encargaría de que el caso fuera tratado con justicia.

—No te preocupes, María, ese hombre no va a salir libre — le dijo, aunque sus palabras no podían aliviar el dolor que la consumía.

Entretanto, en la Primera Delegación, las investigaciones comenzaban a tomar forma. Los detectives de la Policía Judicial, alertados por Lechuga, iniciaron las indagaciones para esclarecer los móviles del crimen. Los primeros informes sugerían que Antonio y Gerardo tenían un historial de rencillas, muy probable originadas en un incidente en la pulquería El Triunfo de Gazabe, ubicada en la esquina de Vidal Alcocer y J. Joaquín Herrera. Según los testimonios recabados, Gerardo había visitado el establecimiento días antes, y la discusión entre él y Antonio había sido tan acalorada que los parroquianos y empleados, incluido un tal Alberto Gómez Castro, tuvieron que intervenir para evitar que escalara a algo peor.

Gerardo, en su primera declaración ante Lechuga, insistió en su versión de defensa propia.

Yo pasaba por ahí, y él me atacó primero —afirmó, aunque su relato estaba lleno de contradicciones.

Dijo que Antonio lo había golpeado en la cara, lo que lo obligó a sacar su pistola y disparar. No obstante, los testigos, incluida María, coincidían en que Antonio no había hecho ningún movimiento agresivo, y las heridas de bala en la espalda eran una prueba irrefutable de la alevosía del ataque.

—El tipo está mintiendo —comentó uno de los detectives a Lechuga, mientras revisaban las notas—. Todo indica que lo planeó. Esperaba a Meneses cerca de su casa. Eso no es casualidad.

El pasado de Antonio también comenzaba a salir a la luz, dando fuerza a las especulaciones. En la Jefatura de Policía, los

informes que llegaban de Hidalgo pintaban a Antonio como un hombre con un historial turbio. Bajo su verdadero nombre, Antonio Agripino Buchacra Rivera, se le atribuían cinco asesinatos en pueblos como Chacuilpa, Zempoala, Estación de Téllez y el rancho Gazabe, donde nació. En la Ciudad de México, se había reinventado como un próspero pulquero, pero su reputación estaba manchada por escándalos en los que se hacía pasar por licenciado, inspector de reglamentos o incluso agente del Servicio Secreto.

—Ese hombre era un pájaro de cuenta —comentó un detective a sus colegas, mientras hojeaba los informes—. No me extraña que alguien quisiera ajustar cuentas con él.

En el rumbo, la noticia del asesinato se propagó como pólvora. En la pulquería El Triunfo de Gazabe, los parroquianos, sentados frente a sus jícaras de pulque, discutían los detalles del crimen con una mezcla de asombro y morbo.

—Dicen que el mesero ese, el Grocochea, estaba harto de las provocaciones de Antonio —comentó un hombre de sombrero ladeado, mientras sorbía su bebida—. Pero matarlo así, por la espalda, eso no se hace.

Otro, un anciano con el rostro surcado de arrugas, añadió:

—Meneses no era santo, eso todos lo sabíamos. Pero nadie merece morir así, frente a su mujer.

La conversación se interrumpió cuando Alberto Gómez Castro, el empleado de la pulquería, entró con el semblante serio.

—Cállense ya —dijo, cortante—. El patrón está muerto, y aquí hablan como si fuera un chisme de vecindad.

María, por su parte, regresó a su casa en Peña y Peña, acompañada por el licenciado Jurado y un par de vecinas. La casa, que horas antes había sido un refugio de normalidad, ahora se sentía vacía, como si la presencia de Antonio aún rondara en

los muebles, en las cortinas, en el olor a café que persistía en la cocina. María se sentó en el comedor, con las manos entrelazadas, miraba de manera fija una fotografía de su boda que colgaba en la pared.

—¿Por qué, Antonio? —murmuró, como si él pudiera responderle desde el más allá. Las vecinas, sin saber qué decir, prepararon un té de manzanilla, pero María apenas lo tocó.

En la Penitenciaría del Distrito Federal, conocida como el Palacio Negro de Lecumberri, Gerardo Grocochea fue ingresado esa misma tarde. La Crujía H, un pasillo lúgubre con celdas de paredes húmedas, sería su hogar temporal mientras el Juzgado Penal en turno procesaba su caso. Sentado en el catre de su celda, Gerardo parecía perdido en sus pensamientos. Cuando un reportero logró entrevistarle al día siguiente, ofreció una versión más detallada de los antecedentes del crimen, aunque aún mentía sobre los disparos. Dijo que Antonio lo había molestado desde que abrió su cervecería La Selva, dos años antes, y que las tensiones se intensificaron cuando Antonio estableció El Triunfo de Gazabe a pocos pasos de su negocio.

—Me debía 150 pesos, y cuando fui a cobrarle, rompió el vale y se burló de mí —relató, con un tono que mezclaba rabia y victimismo—. Siempre presumía que era inspector, que podía hacerme lo que quisiera. Yo solo quería defenderme.

Las palabras de Gerardo, sin embargo, no convencían a nadie. Los testigos, los casquillos, la sangre en la espalda de Antonio, todo apuntaba a un crimen premeditado, ejecutado con una frialdad que contrastaba con la supuesta espontaneidad que el mesero defendía. En el rumbo, las opiniones estaban divididas. Algunos creían que Antonio, con su pasado oscuro y su actitud arrogante, había provocado su propio destino. Otros, en especial aquellos que conocían a María, exigían justicia para un hombre que, pese a sus defectos, no merecía morir de manera tan cobarde.

Archivos policíacos

Mientras el sol se ponía sobre la Ciudad de México, dejaba un cielo anaranjado que parecía teñido de sangre, la tragedia de Antonio Meneses comenzaba a transformarse en una historia que resonaría más allá de las calles de la Ciudad de los Deportes. Los periódicos titulaban en primera plana «El asesinato de “un rico pulquero” cuya vida estaba envuelta en misterios y escándalos».

Para María, no había titulares ni rumores que importaran. Lo único que quedaba era el vacío de un esposo perdido y la promesa de buscar justicia, aunque el costo de esa búsqueda aún estaba por revelarse.



Capítulo 12 Jacinta Aznar

Para comprender la magnitud del crimen, es necesario situarse en el México de principios de los años treinta, un país en transición tras la Revolución Mexicana (1910-1920) y la inestabilidad política que marcó las décadas siguientes. La Ciudad de México, entonces conocida como el Distrito Federal, era un mosaico de contrastes: por un lado, las clases altas, herederas de la riqueza porfiriana o de fortunas recientes, habitaban casonas majestuosas en colonias emergentes como la Roma, la Condesa o el Centro; por otro lado, los sectores populares luchaban por sobrevivir en un entorno de pobreza y delincuencia creciente. La avenida Insurgentes, una de las arterias principales de la ciudad, comenzaba a consolidarse como un corredor de prestigio, hogar de familias acaudaladas que buscaban espacios amplios y modernos para sus residencias.

En este contexto, la colonia Roma era un símbolo de sofisticación. Sus calles, inspiradas en el urbanismo europeo, albergaban mansiones de estilo ecléctico, con fachadas de cantera, vitrales franceses y jardines cuidados. Insurgentes Centro 17, la residencia de Jacinta Aznar, era una de estas joyas arquitectónicas: una casona de dos pisos con amplios ventanales, balcones de hierro forjado y un interior decorado con muebles de caoba, tapices europeos y lámparas de cristal. La casa, que en algún momento había pertenecido a la conocida artista teatral Eva Pérez Horacio, era un reflejo de la opulencia de su dueña, pero también de su soledad, pues Jacinta vivía allí sin compañía permanente, salvo por las visitas esporádicas de amigos, casi todos varones, y el servicio doméstico que atendía sus necesidades.

La sociedad mexicana de la época estaba fascinada por las historias de la élite, en especial cuando estas se entrelazaban con escándalos o tragedias. Los periódicos, como LA PRENSA y EL

Universal, alimentaban esta curiosidad con titulares sensacionalistas y crónicas detalladas que mezclaban hechos con especulaciones. El caso de Jacinta Aznar, cuando estalló, se convirtió en un fenómeno mediático, no solo por la brutalidad del crimen, sino por el aura de misterio que rodeaba a la víctima: una mujer de 39 años, culta, independiente y con conexiones internacionales, cuya vida parecía estar marcada por un destino trágico heredado de su familia.

Jacinta Aznar: La última de los leones

Jacinta Aznar González Gutiérrez nació en 1893 en Mérida, Yucatán, en el seno de una de las familias más prominentes de la península. Los Aznar, descendientes del coronel del Real Cuerpo de Artillería Tomás Aznar y Aznar, quien estableció la dinastía en 1782, eran conocidos por su riqueza, su fervor monárquico y una serie de tragedias que parecían perseguirlos como una maldición. La divisa familiar, «Los Aznar fueron leones para destrozarse, de moros corazones», evocaba un linaje de valentía y orgullo, pero también de excesos y desventuras. Jacinta, la última de esta estirpe, encarnaba tanto el esplendor como la fatalidad de su apellido.

Desde joven, Jacinta destacó por su inteligencia y su educación esmerada. Políglota, dominaba el inglés, francés, italiano, alemán y español, una hazaña poco común para una mujer de su tiempo, incluso en los círculos de élite. Su formación incluyó estancias en Europa, donde estableció vínculos con la nobleza, de manera particular con la realeza española. Su admiración por el rey Alfonso XIII, exiliado en 1931 tras la proclamación de la Segunda República Española, era casi obsesiva. Se dice que escribió una carta al general Primo de Rivera, ofreciéndose a participar de manera activa en la defensa de la monarquía, y que expresó un odio visceral hacia el escritor Miguel de Unamuno por sus críticas al rey destronado. Estas posturas, combinadas con su rechazo a cualquier hombre que no reverenciara conceptos como «monarquía», «soberanía» o

«imperio», la convirtieron en una figura peculiar, admirada y temida a partes iguales.

Jacinta era descrita como una mujer atractiva, de porte elegante y mirada penetrante. A sus 39 años, conservaba un encanto que despertaba interés romántico en algunos hombres, aunque ella los mantenía a distancia. Sus ideas sobre el amor eran estrictas: consideraba que la intimidad era secundaria frente a ideales más elevados, y solía rechazar pretendientes con frases como «no es momento para romances». Esta actitud, sumada a su creciente aislamiento, alimentó rumores sobre su vida privada. Algunos especulaban que su soledad era una elección deliberada; otros, que estaba marcada por una melancolía heredada de su familia.

La dinastía Aznar estaba plagada de historias trágicas que parecían presagiar el destino de Jacinta. Su pariente cercano, Álvaro Aznar, un rico hacendado yucateco, se había suicidado en circunstancias poco claras. Su prima, Alicia Aznar, fascinada por los paisajes de Hamburgo durante su luna de miel, se arrojó desde lo alto de una catedral, dejó a su esposo devastado. Joaquín González Gutiérrez, tío de Jacinta, fue fusilado en las calles de Mérida tras un acto de desafío durante la caída del Segundo Imperio Mexicano. Otro tío, Fernando Juárez González Gutiérrez, conocido como «el poeta Milk», se encerró durante siete años en su habitación por una decepción amorosa, sumido en una profunda depresión. Estas historias, que circulaban como leyendas en Yucatán y más allá, reforzaban la idea de que los Aznar estaban malditos, condenados a finales trágicos.

Jacinta, consciente de esta herencia, parecía abrazar su destino con una mezcla de orgullo y fatalismo. Su vida en la Ciudad de México, tras mudarse desde Mérida, estaba marcada por una rutina de lujo y excentricidad. Rentaba barcos para viajar sola por Europa, gastaba grandes sumas de dinero en sus travesías. Asistía a eventos sociales en restaurantes de prestigio, como el Lady Baltimore en lo que hoy es Avenida Madero, donde

se la veía acompañada por un misterioso hombre al que llamaba «Paco». Su fortuna, sin embargo, comenzaba a menguar debido a sus gastos desenfrenados, y su carácter se volvía cada vez más irascible. Dejó de visitar a sus siete hermanos, además se alejó de amigos y familiares, sumiéndose en una soledad que, según quienes la conocían, la perturbaba de manera profunda.

Insurgentes 17: La mansión de la soledad

La casona de Insurgentes Centro 17 era más que una residencia; era un reflejo de la personalidad de Jacinta. Construida en un estilo neoclásico con influencias francesas, la casa destacaba por su imponente fachada de cantera gris, con columnas corintias que flanqueaban la entrada principal. El interior era un museo de opulencia: suelos de mármol, techos altos con molduras de yeso, y muebles importados de Europa. El salón principal, donde Jacinta recibía a sus visitantes, estaba presidido por un piano de cola y decorado con retratos de la realeza española, un testimonio de su obsesión monárquica. En una de las paredes colgaba un tapiz que representaba una escena de caza, regalo de un conde italiano que había conocido en uno de sus viajes.

A pesar de su esplendor, la casa estaba impregnada de un aire de abandono. Jacinta vivía sola, sin familia ni servicio permanente. Un mozo, Eugenio Montiel, acudía de forma ocasional para hacer mandados, y una criada limpiaba la casa manera esporádica, pero la mayor parte del tiempo la mansión permanecía en silencio. Los vecinos notaban que las luces de la casa estaban encendidas a toda hora, un detalle que más tarde llamaría la atención de la policía. Las visitas de Jacinta eran escasas, pero quienes la frecuentaban eran hombres de modales refinados, muchos de ellos extranjeros o miembros de la élite mexicana. Entre ellos destacaba «Paco», un hombre elegante de unos 45 años, de quien se sabía poco, pero era visto entrar y salir de la casa de forma regular, entre las cinco de la tarde y las nueve o diez de la noche.

El 19 de enero de 1932 fue la última vez que Jacinta fue vista con vida fuera de su hogar. Aquella noche, acudió al restaurante Lady Baltimore —ubicado en la antigua calle de San Francisco, hoy Francisco I. Madero—, un establecimiento de moda en el corazón de la ciudad, frecuentado por la alta sociedad. Vestida con un traje de terciopelo azul oscuro y un sombrero a juego, Jacinta llegó acompañada de Paco, quien, como siempre, impresionaba por su porte distinguido y su automóvil de modelo reciente. Las meseras del restaurante, acostumbradas a la pareja, notaron su comportamiento habitual: modales impecables, conversación animada y propinas generosas. Una de las empleadas recordaría más tarde que Jacinta parecía un poco distraída, pero no al punto de levantar sospechas. Cuando Paco se levantó para lavarse las manos, Jacinta pidió a la mesera que esperara un momento, diciendo: —En un minuto regresa Paco.

Fue la última imagen pública de la aristócrata yucateca.

El silencio de Insurgentes

Durante las semanas siguientes, la ausencia de Jacinta comenzó a inquietar a quienes la conocían. Sus hermanos, que vivían en otras partes de México, intentaban contactarla por teléfono, pero las llamadas al número de Insurgentes 17 quedaban sin respuesta. Los vecinos, acostumbrados a ver movimiento en la casa, notaron que los periódicos se acumulaban en el patio, desde el 23 de enero hasta el 23 de febrero de 1932. Las luces de la mansión, siempre encendidas, añadían un toque de misterio al escenario. Algunos pensaron que Jacinta había emprendido otro de sus viajes a Europa, una práctica habitual en su vida, pero la falta de comunicación con su familia y amigos empezó a generar rumores.

El 22 de febrero de 1932, un barrendero llamado Arcadio Cárdenas, que trabajaba en las calles de la colonia Roma, notó un olor nauseabundo proveniente de la casona de Insurgentes 17. Al principio, pensó que podía tratarse de basura acumulada o de

un animal muerto, pero la intensidad del hedor lo llevó a acercarse a la reja del patio. Desde allí, pudo ver los periódicos apilados y las luces encendidas, un contraste inquietante con el silencio absoluto de la casa. Movidó por una mezcla de curiosidad y deber cívico, decidió alertar a las autoridades.

El primer en responder fue un policía de la zona, quien de manera inicial desestimó el reporte, atribuyéndolo a un problema con la compañía de luz. No obstante, la insistencia de Arcadio y los rumores que ya circulaban en el vecindario llevaron a que el caso escalara. El 23 de febrero, una comitiva policial, encabezada por el delegado de la Séptima Demarcación de Policía, Rafael Esteva Junior, llegó a la residencia. Acompañaban al delegado los agentes Manuel Macedo y Basilio Manjarrez, junto con el agente del Ministerio Público, Rafael Esteva Ruiz. También estaban presentes dos reporteros, Carlos Domínguez Illanes y el fotógrafo Ismael Casasola, alertados por el creciente interés en la desaparición de Jacinta.

La puerta principal de la casona estaba cerrada con pasador, aunque no con llave, lo que impedía el acceso directo. Tras varios intentos fallidos de entrar, se llamó a los bomberos, quienes rompieron el cristal de una ventana del segundo piso y accedieron al interior. Desde el ventanal, los presentes pudieron ver una escena que los dejó helados: en el salón principal, sobre el suelo de mármol, yacía el cuerpo de una mujer, tendida en posición supina, con el brazo derecho flexionado y la cabeza envuelta en una colcha azul. Una chalina de estambre cubría de manera parcial su rostro, pero el olor pútrido y las manchas de sangre seca en el suelo no dejaban dudas: se trataba de un crimen.

El fatal destino de Chinta Aznar: La investigación y el desenlace de Insurgentes 17

La primera parte de esta trágica historia dejó al descubierto el brutal asesinato de Jacinta Aznar González Gutiérrez, una

aristócrata yucateca de 39 años, encontrada muerta el 23 de febrero de 1932 en su mansión de Insurgentes Centro 17, en la Ciudad de México. Su cráneo destrozado, la escena desordenada y el misterio que rodeaba a su vida y a un enigmático acompañante conocido como «Paco» conmovieron a una sociedad fascinada por los dramas de la élite. La investigación policial, liderada por el comandante Luis Lara Robledo, enfrentaba un caso desconcertante: ¿quién había cometido un crimen tan atroz, y por qué? Esta segunda parte, con un relato exhaustivo y detallado, explora la investigación, los sospechosos, las pistas, las confesiones y el controvertido desenlace que cerró el caso, que deja tras de sí un legado de preguntas sin respuesta y una ciudad marcada por el horror.

La investigación: Un rompecabezas en Insurgentes

El descubrimiento del cuerpo de Jacinta Aznar en su casona de la colonia Roma desató un torbellino de especulaciones en la prensa y entre los vecinos. La policía, consciente de la presión pública, se lanzó a una investigación que combinaba métodos rudimentarios con un celo casi obsesivo por resolver el caso. El comandante Luis Lara Robledo, un oficial experimentado conocido por su tenacidad, asumió la dirección de las pesquisas. Su equipo incluía a los agentes Manuel Macedo y Basilio Manjarrez, cuyos números de placa (1674 y 1692, en orden respectivo) aparecerían de manera frecuente en los reportes, así como al agente del Ministerio Público, Rafael Esteva Ruiz, y su hijo, Rafael Esteva Junior, delegado de la Séptima Demarcación de Policía. La presencia de los reporteros Carlos Domínguez Illanes y el fotógrafo Ismael Casasola, quienes documentaron la escena inicial, garantizaba que cada detalle del caso llegara a los titulares de varios diarios.

El escenario del crimen ofrecía pistas contradictorias. El cuerpo de Jacinta, tendido en el salón principal, mostraba una violencia extrema: los legistas Arturo Baledón y Gil Uzeta confirmaron que el cráneo había sido partido en dos por múltiples

golpes con un objeto contundente, cabía la probabilidad de que fuera un tubo de metal. La sangre seca, las colchas quemadas de forma parcial y los documentos a medio consumir sugerían un intento fallido de borrar evidencias. Sin embargo, la presencia de escrituras de propiedades y otros papeles importantes junto al cadáver indicaba que el móvil no era un simple robo descontrolado. La casa, aunque desordenada, no mostraba signos de un saqueo exhaustivo: el ropero de la recámara estaba abierto, con ropa íntima y de calle esparcida, pero las joyas y objetos de valor parecían intactos, al menos a primera vista.

La fecha estimada del crimen, el 22 de enero de 1932, complicaba la investigación. Un mes había pasado desde el asesinato, lo que significaba que las huellas dactilares, los testigos inmediatos y otras evidencias físicas podían estar comprometidas. Los periódicos acumulados en el patio, desde el 23 de enero hasta el 23 de febrero, y las luces de la casa encendidas de manera permanente, apuntaban a que nadie había entrado o salido de la mansión tras el crimen. Esto planteaba una pregunta inquietante: ¿cómo había pasado desapercibido un asesinato tan brutal durante tanto tiempo en una zona tan transitada como Insurgentes?

La policía comenzó a entrevistar a los vecinos, quienes ofrecieron detalles fragmentados. Algunos recordaban haber visto a un hombre elegante, descrito como de unos 45 años, que visitaba a Jacinta de forma regular en las tardes. Este hombre, identificado por las meseras del restaurante Lady Baltimore como «Paco», se convirtió en el primer enigma de la investigación. Otros mencionaron a Eugenio Montiel, un mozo joven que hacía mandados para Jacinta, y a un fotógrafo ocasional, José Sánchez, quien había trabajado en proyectos para la aristócrata. No obstante, un nombre comenzó a destacar entre las sospechas: Pedro Gallegos Sánchez, un motorista y fotógrafo aficionado con un historial delictivo que lo hacía un candidato ideal para las pesquisas.

Los sospechosos: Un elenco de sombras

Pedro Gallegos Sánchez: A sus 30 años, era un hombre de origen humilde, nacido en Amecameca, Estado de México, en 1902. Su vida estaba marcada por episodios de inestabilidad y delincuencia. En 1915, se mudó al Distrito Federal, donde trabajó en un expendio de ropa antes de meterse en problemas por un intento de violación contra una joven. Huyó a Estados Unidos, donde fue arrestado por un delito similar y pasó nueve meses en prisión. De regreso en México, se instaló en la colonia Guerrero, en la calle Sol 57, ahí manipuló a una mujer llamada Ana María Iturriaga para obtener alojamiento y sustento. Gallegos, que a veces se presentaba como «Alberto» para despistar a las autoridades, trabajaba como motorista en un estudio fotográfico y tenía un interés secundario en la fotografía, lo que lo llevó a conocer a Jacinta.

Según los registros, Jacinta lo contrató en enero de 1932 para realizar una composición fotográfica que incluía imágenes del Papa y la Virgen de Guadalupe, un encargo que reflejaba su devoción religiosa y su gusto por proyectos artísticos extravagantes. Gallegos visitó Insurgentes 17 varias veces, lo que le dio acceso a la casa y conocimiento de los hábitos de la víctima. Su historial delictivo, combinado con su presencia en la vida de Jacinta, lo convirtió en el sospechoso principal. Los investigadores encontraron un recado firmado por «Alberto Gallegos Sánchez» en la casa, donde indicaba que, al no encontrar a Jacinta el 21 de enero, regresaría al día siguiente, el 22, fecha del crimen.

Eugenio Montiel: El mozo de Jacinta, un joven de unos 20 años, era conocido en la colonia Roma por su disposición para realizar tareas menores para las familias acomodadas. Montiel había trabajado para Jacinta durante varios meses, llevaba recados, recogía paquetes y ayudaba con tareas domésticas. Aunque no tenía antecedentes penales, su acceso regular a la mansión lo ponía en el radar de la policía. Los vecinos lo describían como reservado pero confiable, y no había indicios de

que tuviera motivos personales contra Jacinta. Aunque, su presencia en la casa en las fechas cercanas al crimen lo hacía un sospechoso potencial.

José Sánchez: Este fotógrafo, menos conocido que Gallegos, había colaborado con Jacinta en proyectos artísticos previos. Su relación con la víctima era solo profesional, y no había evidencia directa que lo vinculara al crimen. Sin embargo, su nombre surgió en las primeras pesquisas, podría ser porque Gallegos intentó desviar la atención hacia él.

Paco, el hombre invisible: El misterioso acompañante de Jacinta era el mayor enigma. Las meseras del Lady Baltimore, ubicado en lo que hoy es Avenida Madero, proporcionaron descripciones detalladas: un hombre de mediana edad, elegante, con un automóvil de lujo y modales refinados. Una mesera, María Elena, recordó un incidente el 19 de enero, cuando Jacinta le pidió esperar porque «Paco fue a lavarse las manos». Los vecinos de Insurgentes confirmaron haber visto a un hombre de características similares que visitaba la casa de manera regular, siempre entre las cinco y las diez de la noche. Pero la falta de un apellido, dirección o cualquier registro oficial convirtió a Paco en un espectro. Los investigadores exploraron la posibilidad de que fuera un extranjero, dado el círculo social de Jacinta, pero las búsquedas en la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Registro Civil no arrojaron resultados.

Las pistas y las contradicciones

La investigación se centró en reconstruir los eventos del 22 de enero de 1932, día estimado del crimen. Los legistas determinaron que Jacinta había muerto entre las 6:00 y las 10:00 de la noche, basándose en el estado de descomposición y los restos de comida encontrados en la cocina, que sugerían una cena interrumpida. La brutalidad del ataque, con múltiples golpes en el cráneo, indicaba una agresión impulsiva pero cargada de saña. El arma homicida, podría haber sido un tubo de metal, que

no fue encontrada en la escena, lo que sugería que el asesino la había llevado consigo.

Los documentos hallados junto al cuerpo ofrecían pistas intrigantes. Las escrituras de cinco propiedades, registradas a nombre de Jacinta, sugerían que su riqueza, aunque mermada por sus gastos extravagantes, seguía siendo considerable. Una carta manuscrita, en la que expresaba su intención de viajar a Mérida, indicaba que Jacinta planeaba regresar a Yucatán, tal vez para reunirse con sus hermanos o liquidar parte de su patrimonio. Otro documento mencionaba que la mansión de Insurgentes 17 había pertenecido a la actriz Eva Pérez Horacio, un detalle que añadió un toque de glamour histórico al caso.

El intento de incendio fue otra pieza clave. Las colchas, manchadas de sangre, y los papeles, quemados de forma parcial, sugerían que el asesino había intentado destruir evidencias, pero abandonó el esfuerzo por razones desconocidas. Los peritos especularon que el fuego se apagó por falta de oxígeno o porque el responsable se arrepintió, ya que temía que las llamas alertaran a los vecinos. Este detalle apuntaba a un crimen premeditado, pero mal ejecutado, lo que reforzaba la teoría de que el culpable no era un delincuente experimentado.

La policía también interrogó a Ana María Iturriaga, la persona que alojaba a Pedro Gallegos en la colonia Guerrero. Ana María, una mujer de 40 años, cabello rubio y mirada vivaz, lo describió como un hombre alegre y carismático hasta un mes antes del descubrimiento del cuerpo, cuando su comportamiento cambió de forma drástica. Se volvió reservado, irritable y evitaba hablar de sus actividades. También confirmó que había mencionado su trabajo para Jacinta, pero no dio detalles específicos. Su testimonio, aunque no incriminatorio, añadió peso a las sospechas contra él.

El cerco se cierra: La detención de Gallegos

El 27 de febrero de 1932, la prensa anunció un avance significativo: Pedro Gallegos Sánchez había sido detenido como el principal sospechoso del asesinato. La policía, tras seguir una serie de pistas, lo localizó en la colonia Guerrero, donde vivía con Ana María Iturriaga. Durante el interrogatorio inicial, intentó desviar la culpa hacia Eugenio Montiel y José Sánchez, afirmaba que ellos podrían haber tenido motivos para atacar a Jacinta. No obstante, las pruebas comenzaron a acumularse en su contra.

Una de las piezas clave fue el recado encontrado en la casa, firmado por «Alberto Gallegos Sánchez», en el que indicaba que regresaría el 22 de enero tras no encontrar a Jacinta el día anterior. Este documento, combinado con el testimonio de las meseras del Lady Baltimore, que confirmaron haberlo visto en compañía de Jacinta en ocasiones previas, lo situaba en la escena del crimen. Además, un amigo suyo, Jesús Urbina Ceballos, un retocador de fotografías, declaró que había hablado de «poner cerco a una vieja ricachona» a la que sería fácil dominar «con un par de macanazos». Esta declaración, aunque no era una confesión directa, lo pintaba como un hombre con intenciones delictivas claras.

Otro testigo, el cubano Luis Somellán Miguel, reveló que Gallegos le había propuesto asaltar a un anciano acaudalado en la zona de Indianilla, cerca de la colonia de los Doctores. Una libreta decomisada por el Ministerio Público contenía una lista de posibles víctimas de robo, incluían a alguien apodado «The Man». Estos detalles reforzaban su imagen como un delincuente oportunista, obsesionado con enriquecerse rápido a través de la violencia.

Gallegos, consciente de que las pruebas lo acorralaban, intentó construir una coartada. Afirmó que el 22 de enero llegó a Insurgentes 17 para entregar la composición fotográfica y encontró la puerta abierta. Según su versión, vio a un hombre al que Jacinta llamó «Paco» salir de la casa, quien lo amenazó con matarlo si revelaba lo que había visto. Después aseguró que entró

al salón y encontró a Jacinta tendida en el suelo, aún viva, pedía agua y pastillas. Dijo que intentó ayudarla, pero que murió poco después. En su relato, afirmó haberse manchado de sangre al manipular las colchas y que, por miedo a las amenazas de Paco, huyó sin avisar a las autoridades.

La policía descartó esta historia como un intento desesperado de evasión. Las inconsistencias eran evidentes: ¿cómo podía Gallegos no notar el cráneo destrozado de Jacinta si afirmaba haberla visto viva? ¿Por qué no reportó el crimen en ese momento? Su descripción de Paco, demasiado detallada, coincidía con la de las meseras del Lady Baltimore, lo que generó sospechas de que utilizaba información real para fabricar una narrativa exculpatoria. Pero la falta de pruebas concretas sobre la existencia de Paco mantuvo el misterio en el centro de la investigación.

La confesión: El peso de la verdad

El 17 de marzo de 1932, la prensa publicó un artículo que marcó un punto de inflexión en el caso: Pedro Gallegos Sánchez confesó ser el único responsable del asesinato de Jacinta Aznar. La confesión, escrita a máquina y firmada de su puño y letra, fue entregada al subcalde de la Cárcel de Belén, donde se encontraba detenido. En ella, exoneraba a Eugenio Montiel y Juan Sánchez, sus coacusados, y asumía toda la culpa. El texto, redactado en un tono sereno, ofrecía un relato detallado de los eventos del 22 de enero.

Según Gallegos, acudió a Insurgentes 17 para entregarle a Jacinta unos letreros que ella había encargado para anunciar la venta de la mansión. Mientras conversaban, Jacinta le dio la espalda, momento que él aprovechó para intentar robar unas joyas valiosas que estaban sobre un mueble. La aristócrata lo sorprendió y, furiosa, lo amenazó con llamar a la policía. Cuando Jacinta se acercó a la ventana, para pedir ayuda, el delincuente entró en pánico. Sacó un tubo de metal envuelto en papeles, que

llevaba consigo, y comenzó a golpearla en la cabeza con una fuerza desmedida. Los golpes, según su confesión, fueron tan violentos que el cráneo de Jacinta se deshizo. Una vez que cayó al suelo, sin vida, él y sus cómplices —aunque luego afirmó haber actuado solo— saquearon la casa en busca de objetos de valor antes de huir.

La confesión incluía detalles escalofriantes, como el intento de incendiar las colchas y los documentos para borrar evidencias, un plan que abandonó por temor a ser descubierto. Gallegos admitió haber envuelto el rostro de Jacinta con una colcha azul y una chalina, aunque no explicó por qué. También confesó que, tras el crimen, tiró la ropa ensangrentada en la calle y se cambió con prendas de una tintorería antes de regresar al domicilio de Ana María Iturriaga.

El careo en la Cárcel de Belén, donde Gallegos enfrentó a Montiel y Sánchez, fue un espectáculo para la prensa. Montiel, quien se veía nervioso, lo acusó de ser el cerebro del crimen, afirmaba que él solo había seguido órdenes. Sánchez, por su parte, se mantuvo al margen, negaba cualquier participación. Por fin la confesión escrita del delincuente, combinada con las pruebas físicas y los testimonios, destruyó la coartada de los cómplices y consolidó su culpabilidad. De modo que fueron liberados poco después, pero ahora él enfrentaría una condena inminente.

El juicio y la condena

El juez asignado al caso, tras revisar la confesión y las pruebas, dictó una sentencia de 20 años de prisión para Pedro Gallegos Sánchez. La brutalidad del crimen, combinada con su historial delictivo, justificaba un castigo severo. Sin embargo, en el México de los años treinta, las prisiones del Distrito Federal, como la Cárcel de Belén, no siempre ofrecían las condiciones de seguridad necesarias para reos de alta peligrosidad. Por ello, se decidió que cumpliría su condena en las Islas Marías, un penal

insular en el Pacífico conocido por su aislamiento y condiciones duras.

El traslado se organizó con rapidez. Un grupo de soldados llegó a la Penitenciaría de Lecumberri, donde había sido trasladado de forma temporal, para escoltarlo al ferrocarril que lo llevaría al puerto de Mazatlán, desde donde zarparía hacia la isla. Gallegos, según los guardias, mostraba un temor palpable ante la perspectiva de la reclusión en un lugar tan remoto. Algunos reporteros que cubrieron el traslado notaron que el prisionero, casi siempre elocuente, estaba muy callado, con la mirada perdida.

El desenlace: La ley fuga

El caso de Jacinta Aznar tuvo un final tan controvertido como el crimen mismo. Durante el trayecto en ferrocarril, en la estación de Lechería, Estado de México, ocurrió un incidente que marcó el cierre definitivo del caso. Según el reporte oficial, Pedro Gallegos intentó escapar mientras el tren hacía una parada. Los soldados que lo escoltaban abrieron fuego, matándolo en el acto. Este episodio, conocido como «ley fuga», era una práctica común en el México de la época, donde los prisioneros considerados peligrosos eran ejecutados bajo el pretexto de un intento de fuga, con lo cual se evitaban juicios prolongados o la posibilidad de que escaparan de la justicia.

El 20 de marzo de 1932, la prensa publicó la noticia: «El asesino de Chinta Aznar, muerto en intento de fuga». El artículo describía el evento como una «profilaxis social», argumentaban que la eliminación de Gallegos protegía a las familias mexicanas de un criminal peligroso. Aunque no todos estuvieron de acuerdo. Activistas y algunos sectores de la prensa criticaron la ley fuga como una forma ilegal de justicia extrajudicial, señalaban que privaba a los acusados de un juicio justo y perpetuaba un sistema de violencia estatal.

El legado del crimen

El asesinato de Jacinta Aznar dejó una marca indeleble en la Ciudad de México. La casona de Insurgentes 17, alguna vez un símbolo de opulencia, quedó estigmatizada como el escenario de un crimen atroz. Los vecinos evitaban pasar por la acera de la mansión, y los rumores sobre fantasmas y maldiciones comenzaron a circular. La prensa, alimentada por las fotografías de Ismael Casasola y los reportajes de Carlos Domínguez Illanes, mantuvo el caso vivo durante meses, convirtían a Jacinta en una figura trágica, casi mítica.

El misterio de Paco, el hombre elegante que acompañaba a Jacinta, nunca se resolvió. Algunos especularon que era un amante que huyó tras el crimen; otros, que era una invención de Gallegos para desviar la culpa. La falta de registros oficiales y la desaparición de cualquier rastro de él alimentaron teorías conspirativas, desde la idea de que era un espía extranjero, hasta la posibilidad de que fuera un miembro de la élite mexicana que prefirió mantenerse en las sombras.

La familia Aznar, ya marcada por tragedias previas, se sumió en un silencio aún más profundo tras la muerte de Jacinta. Sus hermanos, que no habían mantenido un contacto cercano con ella en los últimos años, expresaron su dolor a través de comunicados discretos, pero no asistieron al funeral, que fue un evento sobrio en Mérida. La fortuna de Jacinta, aunque mermada, fue distribuida entre sus herederos, pero la mansión de Insurgentes 17 quedó abandonada, un recordatorio silencioso de la tragedia.

Análisis y reflexiones

El caso de Jacinta Aznar encapsula las tensiones de una sociedad en transición. La fascinación por la élite, la violencia urbana y las prácticas judiciales de la época convergieron en una narrativa que capturó la imaginación colectiva. La brutalidad del crimen contrastaba con la sofisticación de la víctima, una mujer cuya vida estaba definida por su riqueza, su cultura y su soledad.

Archivos policíacos

La ley fuga que acabó con Pedro Gallegos reflejaba las contradicciones de un sistema judicial que buscaba justicia rápida, pero a menudo a costa de la legalidad.

El enigma de Paco permanece como un recordatorio de los límites de la investigación policial en los años treinta. Sin tecnologías modernas como bases de datos o análisis forense avanzado, la policía dependía de testimonios, intuición y confesiones, lo que dejaba espacio para lagunas y especulaciones. La prensa, por su parte, jugó un papel ambiguo: mientras informaba al público, también alimentaba el sensacionalismo y transformaban un crimen en un espectáculo.



Jacinta Aznar

Capítulo 13 Crimen de las Lomas

En las colinas verdes y ondulantes de Las Lomas de Chapultepec, donde el aire de la Ciudad de México se volvía más puro y el bullicio de la metrópolis parecía un recuerdo distante, se erigía la mansión de los Elorduy como un monumento al sueño americano adaptado al contexto mexicano. Era marzo de 1968, un año de efervescencia política y social en el país. México se preparaba para los Juegos Olímpicos, un evento que prometía poner los ojos del mundo en nuestro país, mientras el presidente Gustavo Díaz Ordaz gobernaba con mano firme y el PRI mantenía su hegemonía. Pero en las alturas de Paseo de la Reforma, número 2650, la vida transcurría en un oasis de opulencia ajeno a las turbulencias urbanas. La casa, una imponente estructura de tres pisos con fachadas de cantera rosa y jardines podados de forma meticulosa, había sido construida en los años treinta por un arquitecto francés que soñaba con replicar los castillos del Loira en el Valle de México. Sus balcones de hierro forjado miraban hacia el Bosque de Chapultepec, donde los pinos centenarios susurraban secretos al viento.

Jorge Elorduy Gallástegui, el patriarca de esta morada, era un hombre de cincuenta y dos años cuya vida parecía salida de una novela de éxito profesional. Ingeniero civil de formación, había ascendido en las filas de Petróleos Mexicanos —Pemex, la joya de la corona industrial del país— hasta convertirse en un directivo respetado en la división de exploración. Su oficina en el edificio central de la paraestatal, en el corazón de la ciudad, estaba llena de maquetas de pozos petroleros y mapas geológicos que delineaban las venas negras de la tierra mexicana. Jorge era alto, de complexión robusta pero no atlética, con una barba recortada que le daba un aire distinguido y ojos castaños que brillaban con la astucia de quien ha negociado contratos millonarios. Vestía trajes de lana italiana importados de Nueva York, y su reloj de oro —un Rolex Oyster Perpetual que ahora

yacía en el fondo de una caja de seguridad— era el trofeo de un viaje de negocios a Houston, donde había cerrado un acuerdo con texanos para tecnología de perforación.

María del Carmen Candiani de Elorduy, su esposa de cincuenta y un años, era el contrapunto perfecto a la rigidez profesional de Jorge. Nacida en una familia de terratenientes de Jalisco, había heredado no solo la belleza morena y los ojos almendrados que aún conservaba a pesar de las arrugas sutiles alrededor de los labios, sino también una fortuna en tierras que vendió en los años cincuenta para invertir en bienes raíces en la capital. Carmen, como la llamaban sus íntimos, era una mujer de temperamento volátil, propensa a los nervios que la medicina de la época atribuía a «desequilibrios hormonales». Sus celos eran legendarios entre la servidumbre: un comentario inocente sobre una secretaria en Pemex podía desencadenar una tormenta de reproches que duraba días. Sin embargo, bajo esa capa de inseguridad latía un amor profundo por Jorge, forjado en un matrimonio de treinta años que había sobrevivido a infidelidades leves y a la presión de criar a cuatro hijos en un mundo en transformación.

Sus hijos eran el orgullo de la familia. Jorge Jr., el mayor, de treinta años, era un abogado en ascenso en un despacho de la colonia Polanco, casado y con un hijo pequeño que visitaba los fines de semana. Rafael, de veintisiete, un licenciado en administración de empresas que trabajaba en una filial de Pemex, era el más impulsivo, con un temperamento que recordaba al de su madre. Raúl, de veinticinco, estudiaba arquitectura en la UNAM y soñaba con diseñar rascacielos que rivalizaran con los de Manhattan. Y Gladys, la menor, de veintitrés, estaba casada con Manuel Salazar Morton, un ingeniero químico de treinta y tres años que vivía en una casa adyacente, conectada por un jardín compartido. La familia se reunía los domingos para almuerzos pantagruélicos: mole poblano, chiles en nogada y vinos franceses que Jorge importaba de Burdeos. En esas ocasiones, la mansión

bullía de vida: risas en el comedor de caoba, el tintineo de copas de cristal de Bohemia y el aroma de jazmines del jardín filtrándose por las ventanas abiertas.

Pero detrás de esta fachada idílica, había grietas sutiles. Jorge, absorto en su carrera, pasaba largas horas en la oficina, regresaba a casa pasadas las nueve de la noche. Carmen, sola en la vastedad de la mansión, llenaba sus días con bridge en el Club de Señoras de Las Lomas y visitas a la modista en la Zona Rosa. La servidumbre —un microcosmos de lealtades y resentimientos— observaba todo. Gregoria Cruz García, la doméstica de cincuenta años, era la más antigua: una mujer robusta de Oaxaca que había servido a los Elorduy desde que eran novios. Preparaba los jugos de naranja matutinos con devoción, pero murmuraba en la cocina sobre los «nervios de la señora». Modesto Aguilar Hernández, el jardinero, un hombre callado de Veracruz, cortaba los setos con precisión militar. Y luego estaba Carlos Hernández Botello, el chofer y ayudante personal de Jorge, de veintidós años. Él era el eslabón débil en esta cadena.

Carlos había entrado a trabajar en la casa dos años antes, recomendado por un primo en Pemex. Alto y delgado, con cabello negro peinado hacia atrás y una sonrisa que desarmaba sospechas, era el típico joven ambicioso de la clase media baja mexicana. Nacido en un barrio obrero de Ecatepec, había dejado la escuela secundaria para ayudar a su familia, y el trabajo con los Elorduy representaba su boleto a la movilidad social. Conducía el Vauxhall plateado de Jorge —placas MO-794— con destreza, llevaba al ingeniero a reuniones en Los Pinos o al aeropuerto para vuelos a Poza Rica. Pero Carlos albergaba deudas: cinco mil pesos que le debía a Jorge por el enganche del auto, un monto que lo ahogaba en pagos mensuales. Además, planeaba casarse el 31 de mayo con Margarita Trujillo, una costurera de la colonia Pavón en el Estado de México. Los preparativos —el vestido, la iglesia, la luna de miel en Acapulco— lo consumían. En las

noches, cuando estacionaba el Vauxhall en el garaje y subía a su cuarto en el ala de servicio, soñaba con una vida como la de sus patrones: riqueza fácil, sin el sudor de la frente.

El sábado 23 de marzo de 1968, la mansión vibraba con una celebración menor: el Día de San José, que Carmen asociaba con el santo patrón de los carpinteros, aunque nadie en la familia lo era. Era una excusa para una copa de brandy en la sala. Jorge, relajado tras una semana de negociaciones, ofreció un trago a Carlos y a los otros sirvientes.

—Por los hombres trabajadores —brindó, ajeno a la ironía.

Carlos aceptó la copa, sintía el licor quemar su garganta. Esa noche, después de su turno, se reunió con amigos en la calle 2 de abril, cerca de la Alameda Central. Compraron más alcohol —botellas de tequila y cerveza Superior— y la charla derivó en quejas sobre la vida.

—Esos ricos lo tienen todo —masculló Carlos, recordaba la despensa llena de licores finos en la mansión: Martell, Hennessy, whiskies escoceses que valían fortunas.

El domingo, 24 de marzo amaneció soleado, con el zumbido de las abejas en los rosales del jardín. Carmen se levantó temprano, como siempre, para su rutina de belleza: un baño de espuma en la tina de mármol, seguida de un masaje con aceites importados. Jorge leyó el periódico en el estudio —El Universal traía noticias sobre las protestas estudiantiles en la UNAM, pero él lo descartó como «cosa de jóvenes»— y luego salió con Carlos a una junta en Pemex. El Vauxhall devoró los kilómetros por Insurgentes, con el radio sintonizado en XEW, donde Pedro Vargas cantaba boleros melancólicos. Regresaron al atardecer, y la familia se reunió para una cena ligera: enchiladas suizas y ensalada de nopales. Gladys y Manuel vinieron de su casa contigua, traían a su hijo pequeño, que correteaba por el pasillo con un carrito de hojalata.

Mientras la familia cenaba, Carlos salió de la casa con permiso. Se dirigió a la colonia Pavón para ver a Margarita. La encontró en su taller, cosiendo un vestido blanco que sería el de la novia.

—Hueles a licor —le reprochó ella, pero Carlos la besó y prometió que todo estaría bien.

—Pronto seremos como ellos —dijo, refiriéndose a los Elorduy.

De regreso, se encontró con sus amigos: Juan Manuel Olivares López, alias «El Chano», un joven carpintero que acababa de cumplir dieciocho años y trabajaba en un taller de la colonia Moderna; Rodolfo Rivera Morales, un mecánico de veinte; y Mario Trujillo González, hermano de Margarita, de diecinueve. Estaban en una fonda de tacos en Nezahualcóyotl, bebían cervezas.

—Vamos a una fiesta —propuso El Chano, y Carlos aceptó.

La noche se volvió un torbellino de cumbia en un salón de baile al aire libre, botellas que pasaban de mano en mano, y risas que ahogaban las preocupaciones.

Pasada la medianoche, ebrios y eufóricos, decidieron extender la parranda.

—En la casa de tu patrón hay licores que ni has probado —bromeó El Chano, mientras recordaba una anécdota que Carlos había contado sobre la bodega de vinos.

La idea brotó como un relámpago: una incursión rápida a la mansión. Carlos tenía las llaves porque había mandado hacer duplicados semanas antes, cuando los Elorduy cambiaron las cerraduras del garaje por un intento de robo menor en el barrio.

—Solo entramos, agarramos unas botellas y salimos —convenció Carlos a sus amigos

El Vauxhall rugió hacia Las Lomas, a toda velocidad por avenidas oscuras donde los faroles proyectaban sombras alargadas.

Llegaron a la mansión cerca de las 2:30 a.m. El Paseo de la Reforma estaba desierto, salvo por algún taxi ocasional que regresaba de un cabaret. Carlos se estacionó a una cuadra, en una calle lateral sombreada por jacarandas. Se quitaron los zapatos para no hacer ruido —un detalle que Carlos recordaría después como prueba de su astucia fallida— y avanzaron por el jardín lateral, después usó la llave para abrir la puerta de servicio. El aire dentro era fresco, perfumado con el aroma de las flores frescas que Gregoria había arreglado esa tarde. La cocina estaba en penumbras, iluminada solo por la luna que se filtraba por las cortinas. Abrieron la despensa: allí estaban las botellas, relucientes como trofeos. Dos de Martell VSOP, una de coñac Hennessy, y un par de whiskies Johnnie Walker Black Label. Las metieron en una bolsa de lona que El Chano llevaba.

Bebieron un trago rápido en la cocina, el licor quemaba sus gargantas y nublabá aún más sus juicios.

—Esto es mejor que la fiesta —dijo Rodolfo—, pero Mario, el más nervioso, sugirió irse.

—Solo un poco más —insistió Carlos, cuya mente ya divagaba hacia el dinero y las joyas que guardaban en la recámara principal.

Había visto a Carmen quitarse un anillo de zafiro una vez, valuado en miles de pesos.

—Si ya estamos aquí, ¿por qué no? —murmuró. El Chano, con los ojos brillantes por el alcohol, al tiempo que sacaba un bate de béisbol que había traído «por si acaso» —un recuerdo de su infancia en las calles de Iztapalapa—.

Mario encontró una varilla corrugada de acero en el taller del garaje, un resto de alguna reparación. Armados así, subieron las escaleras de servicio, el corazón latiéndoles como tambores.

La mansión dormía. En la recámara principal, al final del pasillo del segundo piso, Jorge y Carmen yacían en la cama king size cubierta de sábanas de hilo egipcio. La habitación era un santuario de lujo: paredes tapizadas en seda color marfil, un tocador de caoba con perfumes Chanel, y un buró donde reposaba una pistola Colt de pequeño calibre —el «juguete» de Carmen para sus miedos nocturnos—. La pareja dormía de forma plácida, ajena al peligro. Jorge roncaba de manera suave, su brazo alrededor de la cintura de Carmen, quien soñaba con un viaje a Europa que planeaban para el verano.

Los intrusos avanzaron por el pasillo alfombrado, sus pies descalzos amortiguaban los pasos. Carlos, que iba hasta adelante, empujó la puerta entreabierta de la recámara. La luz de la luna bañaba la escena, al revelar el desorden potencial: cajones entreabiertos donde Carmen guardaba sus alhajas. Pero el ruido —un crujido de la puerta— despertó a Jorge.

—¿Qué pasa? —murmuró el ingeniero incorporándose en la cama. Sus ojos se abrieron de par en par al ver las siluetas—. ¡Carmen! —gritó, al tiempo que la trataba de despertar.

El Chano actuó primero, impulsado por el pánico y el alcohol. Blandió el bate y lo descargó contra la cabeza de Jorge con un golpe sordo que resonó en la habitación como un trueno. El ingeniero se desplomó sobre la alfombra persa, cerca del teléfono de baquelita que cayó con estrépito. Carmen, despertada por el grito, se sentó de golpe.

—¿Qué pasa, Jorge? —exclamó, su voz un hilo de terror.

En su mano derecha, de manera instintiva, aferró la base de la lámpara de porcelana del buró, un objeto pesado que levantó como escudo.

Carlos, el traidor de la casa, se abalanzó sobre ella.

—¡Cállate! —siseó, pero el miedo lo traicionó.

Tropezó con el borde de la cama, y Carmen lo vio en seguida: el rostro de su chofer, el muchacho en quien confiaba.

—¡Carlos! ¿Qué haces? —jadeó ella, al tiempo que blandía la lámpara.

Carlos, sin mediar palabra, le asestó un golpe brutal en la cabeza con la varilla que le había pasado Mario; el impacto fue en la sien, lo que destrozó hueso y carne en un chorro de sangre que salpicó las sábanas blancas. Carmen se derrumbó hacia atrás, su mano aún crispada alrededor de la base de la lámpara, ahora manchada de rojo.

Jorge, aturdido, pero no muerto, intentó levantarse.

—¡Auxilio! —balbuceó, a la vez gateaba hacia la puerta. El Chano, tembloroso, miró a Carlos.

—¡Remátalo! —ordenó el chofer, su voz un susurro ronco. Otro golpe con el bate, esta vez en la nuca, y el ingeniero cayó inerte, un charco de sangre extendiéndose bajo su cabeza.

El tiempo se detuvo. Los asesinos, jadeantes, miraron el caos: la cama deshecha, los cuerpos inmóviles, el teléfono derribado.

—¡Los switches! —gritó Carlos, recordaba su plan para cubrir huellas.

Corrió al panel eléctrico del pasillo y desconectó los ocho interruptores, lo que sumió la mansión en una oscuridad absoluta. Pero ya era tarde; el crimen estaba consumado. En pánico, registraron de forma rápida la habitación: el reloj de oro de Jorge, un anillo con zafiro y brillantes de Carmen, un juego de mancuernillas y un pisacorbatas de plata. Nada más; el miedo les impidió abrir la caja fuerte en el clóset.

Se pusieron los zapatos en el pasillo, las armas —bate y varilla— en la bolsa con las botellas. Bajaron las escaleras a tientas, salieron por la puerta de servicio y corrieron al Vauxhall.

—¿Lo remataste? —preguntó Carlos a El Chano mientras arrancaba.

—Sí, no se mueve —mintió el joven, su voz quebrada.

Arrojaron las armas en una calle oscura de Nezahualcóyotl, en un lote baldío lleno de basura. El auto se perdió en la noche, rumbo a la fiesta que ahora parecía un sueño lejano.

El Amanecer de la Tragedia

El sol del lunes 25 de marzo se filtró por las persianas de la mansión a las 7:00 a.m., pero la oscuridad reinaba en la recámara principal. Gregoria Cruz García, fiel a su rutina, preparó los jugos de naranja en la cocina: dos vasos altos con rodajas frescas y un toque de miel de abeja. Subió las escaleras con la bandeja, tarareaba una ranchera de José Alfredo Jiménez que había oído en la radio la noche anterior. Llamó a la puerta de manera sutil:

—Señora, señor, el jugo —No hubo respuesta. Empujó la puerta y el mundo se detuvo.

El espectáculo era dantesco. María del Carmen yacía en la cama, su cabeza un amasijo de sangre coagulada, los ojos abiertos en una expresión de sorpresa eterna. La lámpara rota en su mano derecha parecía un cetro roto de una reina destronada. Jorge estaba en la alfombra, el rostro hinchado y amoratado, respiraba con dificultad, un hilo de sangre escapaba de su boca. El teléfono yacía a su lado, como si hubiera intentado pedir ayuda en vano. Gregoria dejó caer la bandeja; los vasos se rompieron en mil pedazos, el jugo salpicaba el suelo como lágrimas naranjas.

—¡Dios mío! —gritó, al tiempo que retrocedía hasta chocar con la pared.

Corrió a la casa contigua, a través de la puerta del jardín que conectaba los hogares. Golpeó la puerta de Gladys y Manuel con furia.

—¡Señora Gladys! ¡Algo horrible! —sollozó. Gladys, aún en camisón, abrió con los ojos somnolientos.

Manuel, despertado por el alboroto, se levantó de un salto.

—¡Madre! ¡Padre! —exclamó Gladys al oír el relato entrecortado de Gregoria.

Manuel, con la mente práctica de un ingeniero, llamó a la Cruz Verde mientras Gladys corría a la mansión, seguida por su esposo y la sirvienta.

La escena los golpeó como un mazazo. Gladys se arrodilló junto a su madre, sollozaba:

—¡Mamá, despierta!

Manuel checó el pulso de Jorge: débil, pero presente.

—¡Está vivo! ¡Llamen a una ambulancia! —ordenó.

Modesto, el jardinero, que acababa de llegar, se quedó paralizado en la puerta, cruzándose de brazos en oración. Pronto, el jardín se llenó de curiosos: vecinos de las casas contiguas asomándose por las rejas, murmuraban sobre «un asalto» o «una riña».

La Cruz Verde llegó en diez minutos, sirenas ululaban en la quietud matutina de Las Lomas. Los paramédicos, dos hombres curtidos en emergencias urbanas, entraron con camillas. Confirmaron: Carmen muerta en el acto, causa probable trauma craneal severo. Jorge, en coma, con fracturas múltiples en el cráneo y hemorragia interna. Lo estabilizaron in situ —una vía intravenosa, oxígeno— y lo cargaron en la ambulancia rumbo al Hospital Rubén Leñero, el más cercano para traumas. Gladys y Manuel los siguieron en su propio auto, un Ford Falcon azul.

Mientras tanto, la policía fue alertada por la central. Elementos de la Preventiva llegaron primero: dos patrulleros en una camioneta Ford, con radios que crepitaban. Sellaron el perímetro, a la vez que apartaban a los sirvientes para interrogarlos.

—¿Oyeron algo anoche? —preguntó el sargento, un hombre rechoncho con bigote espeso.

Gregoria, temblorosa, recordó:

—Escuché gritos cortos, alrededor de las tres de la mañana. Pensé que eran pleitos de los señores, como siempre.

Modesto asintió:

—Yo dormía en el cuarto de atrás, no oí nada.

Pero algo raro era que Carlos, el chofer, estaba ausente; había llamado esa mañana para decir que llegaría tarde por «un problema con el auto».

El Ministerio Público de Tacubaya fue notificado. El licenciado Ignacio Espinoza de los Monteros, un fiscal joven y ambicioso con gafas de carey, llegó en su Plymouth Valiant acompañado por el abogado Jorge Arizpe Monroy de la Procuraduría del Distrito Federal. El director de la Policía Judicial, Melchor Cárdenas González, se presentó poco después, su presencia imponía orden. El sitio era un caos controlado: la recámara en desorden, cajones abiertos, la pistola en el buró intacta.

—Desconectaron los switches —advirtió Espinoza, al inspeccionar el panel—. ¡Ocho interruptores abajo, un claro intento de cubrir huellas!

—Conocían la casa —murmuró Arizpe, mientras recorría los pasillos con una linterna—. No hay signos de haber forzada entrada; las puertas están cerradas con llave desde dentro.

Los investigadores especularon. ¿Robo? Faltaban objetos menores, pero la caja de seguridad en el clóset estaba intacta. ¿Por qué no intentaron abrirla? Los únicos que conocían la combinación eran Jorge y Carmen. ¿Quizás por no revelarla los asesinaron? O tal vez, ¿fue la familia?

Los rumores ya circulaban: herencia millonaria, disputas por propiedades. Rafael, el hijo, llegó furioso desde su departamento en la Narvarte, pateó un cristal de la biblioteca en busca de documentos para el funeral.

—¡Malditos bastardos! —gritó, cortándose la mano. Jorge Jr. y Raúl se unieron pronto, para contener a su hermano.

Manuel Salazar, el yerno, dio declaraciones:

—Pensamos en asalto; desconecté el switch general para evitar cortocircuitos.

Pero su explicación levantó cejas —el doctor Manuel Fernández Posada, consuegro, había hecho lo mismo, desconectó la energía.

La prensa olfateó la sangre. Augusto Corro, reportero de La Prensa, llegó al mediodía, su libreta en mano. «Una orgía de sangre en Paseo de la Reforma», garabateó, entrevistó a sirvientes y familiares. Excélsior y El Heraldó enviaron sus propios sabuesos. La noticia se extendió como reguero de pólvora: «Millonario matrimonio atacado en su mansión». En el hospital, Jorge fue transferido al Santelena en la Roma, un centro privado para élites. Los médicos lo operaron de urgencia: fractura de cráneo, contusión cerebral. Pero no recuperó la conciencia; yacía en una cama rodeado de monitores primitivos, un tubo de drenaje en la cabeza.

La familia veló el cuerpo de Carmen en la sala de la mansión, convertida en capilla ardiente. El ataúd de caoba, importado de Guadalajara, reposaba sobre caballetes. Velas

parpadeaban, y el rosario murmurado por Gladys llenaba el aire. Rafael, con el vendaje en la mano, juró venganza.

—No descansaremos hasta encontrarlos —dijo a los reporteros agolpados afuera.

Los hijos ofrecieron 100,000 pesos de recompensa, una fortuna en 1968, lo que costaba un departamento en Polanco.

Los días siguientes fueron un torbellino de interrogatorios y rumores. La policía interrogó a la servidumbre: Gregoria, bajo presión, admitió que Carmen planeaba casarla con Modesto, un chisme que levantó sospechas de celos internos. Carlos Hernández llegó «tarde» esa mañana, con cara de sorpresa.

—¡Qué horror! —exclamó, pero sus ojos evitaban la recámara. Espinoza lo notó, pero lo dejó ir, «por ahora».

En la undécima delegación del Ministerio Público, las teorías proliferaron.

—¿Herencia? —preguntó Arizpe.

La fortuna de los Elorduy era codiciada: acciones en Pemex, propiedades en Cuernavaca, alhajas por 500,000 pesos.

—O envidia familiar —sugirió Cárdenas.

Manuel Salazar dio una conferencia de prensa el miércoles:

—Eran una pareja feliz; mi suegra nerviosa, pero nada más.

Reveló que faltaban objetos por 45,000 pesos, lo que contradecían los reportes iniciales de «sin robo».

Jorge murió el sábado 30 de marzo, sin declarar. Su cuerpo, en el Servicio Médico Forense, fue reclamado por los hijos entre lágrimas.

—No fumaba desde mi nacimiento —sollozó Raúl.

La policía buscó el arma en el cárcamo de la alberca —una estatuilla de bronce desaparecida—, pero nada. Críticas llovieron: «Crímenes perfectos», tituló La Prensa.

Carlos Hernández, vivía atormentado por pesadillas diarias, donde escuchaba los gritos de Carmen: «¿Qué pasa, Jorge?»

A pesar de eso, el muy cínico regaló una botella de coñac al padre de Margarita, paseó con ella en el Vauxhall. Pero el cerrajero, amigo de los Elorduy, alertó:

—Hizo duplicados de llaves.

Los detectives Jorge Obregón Lima y Arturo Fernández Porras, bajo Raúl Mendiola Zerecero, cerraron el cerco.

La Ciudad de México amaneció el lunes 1 de abril de 1968 bajo un cielo plomizo, como si las nubes reflejaran el peso de la tragedia que aún resonaba en las páginas de los periódicos. En las redacciones de La Prensa, Excélsior y El Herald, los reporteros afinaban sus plumas, olfateaban la oportunidad de un escándalo que ya se perfilaba como el crimen del año. Las Lomas de Chapultepec, un bastión de la élite mexicana, había sido profanado por la violencia, y el doble homicidio de Jorge Elorduy Gallástegui y María del Carmen Candiani de Elorduy era la comidilla de los cafés y las sobremesas. La presión sobre la policía era inmensa: en un México donde la inseguridad urbana empezaba a ser un murmullo constante, resolver este caso de forma rápida era una cuestión de prestigio para la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal.

En la mansión de Paseo de la Reforma 2650, la escena del crimen había sido limpiada de manera parcial por la familia, un error que complicó las primeras investigaciones. La sangre seca en la alfombra persa fue removida por una sirvienta ansiosa, y los objetos movidos —el teléfono derribado, la lámpara rota— dificultaban reconstruir la secuencia exacta del ataque. Sin embargo, los investigadores, liderados por el licenciado Ignacio

Espinoza de los Monteros y el abogado Jorge Arizpe Monroy, tenían una ventaja inesperada: una pista que, como una chispa en la oscuridad, comenzaba a iluminar el camino hacia los culpables.

El cerrajero, un hombre de mediana edad llamado Don Anselmo, era un conocido de los Elorduy desde hacía una década. Había cambiado las cerraduras de la mansión en febrero, tras un intento de robo en una casa cercana que puso en alerta al vecindario. Don Anselmo, un artesano meticuloso con taller en la colonia Tacubaya, recordaba de forma clara cuando Carlos Hernández Botello, el chofer de los Elorduy, le pidió duplicados de las nuevas llaves. «Es para emergencias», le había dicho Carlos, con esa sonrisa suya que parecía sincera pero que ahora, en retrospectiva, Don Anselmo veía como un destello de traición. El cerrajero, amigo de la familia, mencionó el incidente a un vecino, quien a su vez lo reportó a un contacto en la Policía Judicial. Ese pequeño detalle —un duplicado de llaves— fue el hilo que los detectives Jorge Obregón Lima y Arturo Fernández Porras, bajo la dirección de Raúl Mendiola Zerecero, comenzaron a tirar.

Carlos Hernández, de veintidós años, seguía yendo a trabajar como si nada hubiera pasado. El lunes por la mañana, estacionó el Vauxhall plateado —placas MO-794— en el garaje de la mansión, saludó a Gregoria Cruz García con un «Buenos días» forzado y se ofreció a llevar a Rafael Elorduy, el hijo impulsivo, a recoger documentos para el funeral de su padre, fallecido el sábado 30 de marzo en el Hospital Santelena. Pero los ojos de Carlos no podían ocultar el insomnio que lo carcomía. Cada noche, desde el crimen, soñaba con el rostro de María del Carmen, sus ojos abiertos preguntaban «¿Qué pasa, Jorge?» mientras la varilla de acero caía sobre su cabeza. Los gritos resonaban en su mente, y el peso de la culpa lo hacía sudar incluso en la fresca primavera de Las Lomas.

En la Jefatura de Policía, los detectives Obregón y Fernández convocaron a Carlos para un interrogatorio «de rutina»

ese mismo lunes. Lo citaron en la delegación de Tacubaya, un edificio grisáceo con olor a tabaco rancio y café quemado. Carlos llegó a las 11:00 a.m., vestido con una camisa blanca planchada y pantalones de gabardina que intentaban proyectar normalidad.

—Solo quiero ayudar —dijo, sentándose frente a Obregón, un hombre de cuarenta años con mirada de halcón y un cuaderno lleno de anotaciones.

Fernández, más joven, pero con un instinto implacable, se quedó de pie, apoyado contra la pared, mientras fumaba uno de sus Delicados sin filtro.

—Cuéntanos tu domingo, Carlos —comenzó Obregón, su voz calmada pero afilada—. ¿Dónde estabas la noche del crimen?

Carlos relató una coartada ensayada: había ido a una fiesta en Ciudad Nezahualcóyotl con amigos, luego visitó a su novia, Margarita Trujillo, en la colonia Pavón, y regresó a casa tarde.

—Me dormí como a las dos —afirmó, al tiempo que evitaba el contacto visual.

Pero los detalles se le escapaban. Dijo que la fiesta era en una calle llamada «Primera Cerrada», pero cuando Fernández le pidió el nombre exacto del anfitrión, Carlos titubeó.

—Un amigo de un amigo... no recuerdo bien —balbuceó.

La presión aumentó cuando Obregón sacó el tema de las llaves.

—¿Por qué pediste duplicados al cerrajero? —preguntó, al tiempo que golpeaba la mesa con los nudillos.

Carlos palideció.

—Eran para el garaje, por si perdía las mías —respondió, pero su voz temblaba.

Fernández dio un paso adelante, mientras exhalaba humo.

—No había signos de entrada forzada, Carlos. Alguien con llaves entró esa noche. ¿Sabes algo de eso?

El chofer se hundió en la silla, sudaba.

—No, señor, yo no... yo estaba en la fiesta.

Los detectives no lo soltaron. Lo retuvieron para «más preguntas» y comenzaron a interrogar a la servidumbre. Gregoria, aún en shock, confirmó que Carlos tenía acceso a toda la casa, además de la recámara principal, donde a veces llevaba mensajes urgentes de Pemex para Jorge. Modesto, el jardinero, añadió un detalle curioso: la semana anterior, Carlos había estado «muy nervioso», preguntaba cuánto valían las joyas de la señora.

—Dijo que eran para su novia, pero me pareció raro — confesó Modesto, al tiempo que miraba al suelo.

Mientras tanto, la familia Elorduy estaba sumida en el duelo y la furia. En la mansión, convertida en un hervidero de rumores, los cuatro hijos —Jorge Jr., Rafael, Raúl y Gladys— se reunían con abogados para revisar el testamento. La fortuna de los Elorduy era colosal: propiedades en la Ciudad de México y Cuernavaca, acciones en Pemex, cuentas bancarias, además de medio millón de pesos en alhajas y efectivo. Rafael, el más exaltado, rompió otro cristal en la biblioteca, esta vez por frustración.

—¡Si la policía no encuentra a los malditos, lo haremos nosotros! —gritó, mientras Gladys lo calmaba.

Manuel Salazar Morton, el yerno, intentó mantener la cordura, pero su decisión de desconectar el switch general lo puso en la mira de los detectives.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Arizpe en un interrogatorio privado. Manuel, con el rostro tenso, explicó: «Pensé en un cortocircuito, no quería más riesgos». Pero la duda persistía.

La prensa, liderada por Augusto Corro de del periódico La Prensa, alimentaba el frenesí. «Crimen perfecto en Las Lomas», tituló un artículo, que criticaba la aparente falta de pistas. El reportero, un veterano de la nota roja con olfato para el drama, entrevistó a vecinos que hablaban de «envidias familiares» y «herederos impacientes». Los rumores apuntaban a Rafael, por su temperamento, o incluso a Manuel, por su llegada rápida al lugar del crimen. Pero los detectives, guiados por Mendiolea, se enfocaban en la servidumbre. «El que conoce la casa no fuerza puertas», razonó Obregón, al revisar el informe del cerrajero.

El Desmoronamiento

El martes 2 de abril, la policía extendió la red. Basados en la declaración de Carlos, buscaron a sus amigos de la «fiesta» en Nezahualcóyotl. Juan Manuel Olivares López, alias «El Chano», fue el primero en caer. Lo encontraron en su taller de carpintería en la colonia Moderna, cuando lijaba una mesa de pino. El Chano, de dieciocho años recién cumplidos, tenía el rostro aniñado pero los ojos inyectados de alguien con mucha malicia.

—No sé nada —dijo al principio, pero cuando Fernández le mostró una foto del bate de béisbol que usaba para practicar en los lotes baldíos, se puso nervioso—. Eso es mío, pero lo perdí.

Rodolfo Rivera Morales, el mecánico de veinte años, fue detenido en una vulcanizadora de Iztacalco. Mario Trujillo González, el hermano de la novia de Carlos, cayó en la colonia Pavón mientras visitaba a Margarita. Los tres fueron llevados a la Jefatura de Policía, donde los interrogatorios se volvieron un juego de resistencia. Carlos, el líder, aún negaba todo, pero sus coartadas se desmoronaban.

—¿Cómo explicas que el cerrajero te vio pidiendo llaves? —insistió Obregón.

Carlos, sudoroso, cambió su historia:

—Las quería para ayudar al ingeniero, a veces olvidaba sus llaves.

Pero cuando le preguntaron por las botellas de licor, se contradijo: primero dijo que no sabía de ellas, luego que «quizá las tomé para la fiesta».

El Chano, más joven y menos preparado, fue el primero en romperse. Bajo la presión de Fernández, que lo amenazó con cargos de homicidio, confesó el miércoles, 3 de abril:

—No queríamos matarlos, solo robar.

Relató la noche del 24 de marzo, la parranda en Nezahualcóyotl, el plan impulsado por el alcohol para saquear la despensa de los Elorduy.

—Carlos dijo que era fácil, que tenían tanto que no lo notarían —sollozó El Chano.

También admitió que golpeó a Jorge con el bate, pero insistió:

—Fue por orden de Carlos. Yo no quería que murieran. La varilla —dijo—, la usó Carlos contra la señora.

—Ella despertó, gritó, y él... él le dio duro —murmuró, cubriéndose el rostro.

Rodolfo y Mario, los cómplices menores, confesaron su rol: ayudaron a llevar las botellas y a vigilar mientras Carlos y El Chano subían a la recámara.

—Estábamos borrachos, no pensamos —dijo Rodolfo.

Mario, aterrado por la implicación de su papá, juró que él no sabía nada.

—Mi papá solo recibió la botella de coñac —admitió, refiriéndose al regalo que Carlos le había hecho al padre de Margarita tras el robo.

El viernes 5 de abril, Carlos no pudo más. En un cuarto de interrogatorio con paredes de cemento agrietado, frente a Obregón, Fernández y el reportero Juan Nieto Martínez de La Prensa (invitado como testigo para dar fe de la confesión), rompió en llanto.

—¡No podía dormir! ¡La señora me perseguía en sueños! —gritó, al tiempo que golpeaba la mesa.

Relató todo: la fiesta, las llaves duplicadas, el licor Martell, el bate y la varilla.

—Le dije a El Chano que golpeará al ingeniero si despertaba. Tropecé, la señora me vio, y... no sé por qué lo hice —sollozó, mientras describía cómo atacó a Carmen—. Quería que se desmayara, no que muriera.

Confirmó que desconectó los switches para despistar, pero el pánico los hizo huir con apenas unos objetos: el reloj de oro, el anillo con zafiro, las mancuernillas y el pisacorbatas, valuados en 9,245 pesos por los peritos.

—Por eso matamos a dos personas —murmuró, derrotado.

Los detectives recuperaron los objetos robados en la casa de Carlos, escondidos en una caja de zapatos bajo su cama. El anillo estaba envuelto en un pañuelo de Margarita, quien lloró al enterarse de la verdad.

—Pensé que lo había comprado —dijo a la policía, devastada.

Las armas —el bate y la varilla— nunca se encontraron, arrojadas en un lote baldío de Nezahualcóyotl, quizás recogidas por un pepenador.

El lunes 8 de abril de 1968, Carlos Hernández Botello y Juan Manuel Olivares López fueron consignados a la Cárcel Preventiva de Lecumberri, el infame «Palacio Negro» donde los peores

criminales de México purgaban sus culpas. Rodolfo Rivera Morales y Mario Trujillo González, por ser menores, fueron enviados al Tribunal de Menores. Los cargos contra Carlos y El Chano eran graves: homicidio calificado con premeditación, alevosía y ventaja, penado con 20 a 40 años de prisión. Rodolfo y Mario enfrentaban cargos menores por robo y encubrimiento.

En Lecumberri, Carlos enfrentó a su padre, José Hernández Ramírez, en una visita que marcó un punto de quiebre. José, un obrero de Ecatepec con manos callosas y ojos cansados, lloró al ver a su hijo esposado.

—Perdóname, papá —sollozó Carlos—. Si hubiera estado en mi juicio, nunca habría robado ni matado.

José lo abrazó, pero no pudo mirarlo a los ojos.

—Que Dios te perdone, porque yo no sé si pueda —respondió, antes de salir.

Los hijos de los Elorduy —Jorge, Rafael, Raúl y Gladys— enfrentaron a los asesinos en una audiencia preliminar el miércoles 10 de abril, en el Juzgado Vigésimo primero Penal. Carlos y El Chano pidieron perdón, arrodillados, pero Rafael los interrumpió:

—No hay perdón para ustedes. Pagarán por lo que hicieron.

Gladys, con lágrimas contenidas, añadió:

—Eran nuestros padres, no objetos para robar.

El juez dictó prisión formal, y la prensa, con Corro a la cabeza, publicó titulares sensacionalistas: «Asesinos de Las Lomas confiesan su vileza».

Carlos, en su celda, escribió una carta a Margarita, quien rompió el compromiso.

—Quería darte una vida mejor, pero la ambición me cegó — decía.

En Lecumberri, prometió ser «útil a la sociedad», pero su arrepentimiento llegó tarde. El Chano, más joven, se aisló en su celda, atormentado por el recuerdo del bate. Rodolfo y Mario, liberados bajo fianza meses después, desaparecieron de la vida pública, perseguidos por el estigma.

El crimen de los Elorduy marcó un hito en la crónica roja mexicana. Fue un recordatorio brutal de que la riqueza no protegía contra la traición doméstica, y de que la ambición, alimentada por el alcohol y la envidia, podía convertir a un chofer leal en un asesino. La rápida resolución —en una semana— fue un triunfo para la Policía Judicial, pero también un reflejo de las tensiones sociales de un México en transición, donde la clase trabajadora miraba con resentimiento las mansiones de Las Lomas.

La Prensa publicó una serie de reportajes, con Augusto Corro y Juan Nieto Martínez, que diseccionaba el caso. «Por licores finos y unas joyas baratas», escribió Corro, «Dos vidas valiosas fueron segadas». El caso inspiró debates sobre la seguridad en los barrios ricos, la lealtad de la servidumbre y la codicia humana.

La mansión de Paseo de la Reforma fue vendida en 1970 por los hijos Elorduy, quienes no podían vivir con los fantasmas de la tragedia. Hoy, el sitio es un edificio de oficinas, pero los vecinos ancianos aún murmuran sobre «La casa maldita». Carlos Hernández y Juan Manuel Olivares cumplieron largas condenas en Lecumberri, liberados en los años noventa tras reducciones de pena. Sus vidas posteriores son un misterio, pero el peso de sus actos los marcó para siempre.

Archivos policíacos



Epílogo

Al cerrar este libro, el lector queda con una sensación ambivalente: la de haber asistido a un desfile de pasiones humanas en su forma más cruda, pero también la de haber contemplado, casi con intimidad, el rostro cambiante de México a lo largo de cuatro décadas turbulentas. Trece crímenes, trece historias que, aunque separadas por años y contextos, comparten un hilo común: la fragilidad de la condición humana ante los demonios del amor, la codicia, los celos, el resentimiento y la soledad.

Desde la Esfinge de los Ojos Verdes en el Tacuba aún provinciano de 1938 hasta el doble homicidio en la opulenta Las Lomas de 1968, hemos recorrido un país que se transformaba a toda velocidad. La Revolución había quedado atrás, pero sus ecos resonaban en las desigualdades que alimentaban la violencia. El «milagro mexicano» prometía prosperidad, pero en sus grietas crecían el rencor y la ambición desmedida. La modernidad llegaba con automóviles importados, teléfonos de baquelita y mansiones de cantera rosa, pero no borraba las sombras de la pobreza, el machismo, el estigma social ni la impunidad que a veces vestía uniforme.

Estos casos no son excepcionales por su brutalidad — aunque algunos lo son—, sino por lo que revelan de la sociedad que los produjo y los consumió. La nota roja, ese género tan mexicano, no era solo morbo: era un espejo. En sus páginas, la élite se veía vulnerable; el pobre, capaz de lo peor; la mujer, víctima o verdugo según el lente con que se la mirara. Jacinta Aznar, aristócrata solitaria obsesionada con una monarquía perdida, termina sus días en Lecumberri por un crimen que mezcla orgullo dinástico y fatalidad. Esperanza Souvinet, consumida por celos que la sociedad etiquetó como locura, se convierte en «autoviuda» tras un disparo en pleno juzgado. Candelaria

González, humilde madre obrera, es desmembrada por el pánico de un amante que grita «¡Yo no la maté!» mientras oculta su cabeza bajo el sofá. Carlos Hernández, chofer de una mansión en Las Lomas, traiciona a sus patrones por unas botellas de coñac y unas joyas, y termina al confesar entre lágrimas que «la señora me perseguía en sueños».

En todos late la misma pregunta: ¿qué nos lleva a cruzar la línea? ¿El amor que se pudre en odio? ¿La envidia que nace al servir la mesa de quienes lo tienen todo? ¿El miedo a perder el estatus, la reputación, la vida misma? México, en estas décadas, era un país que se miraba en el espejo roto de sus crímenes y, aunque horrorizado, no podía apartar la vista.

La nota roja también nos habla de un tiempo en que la justicia era frágil. Pruebas de parafina incipientes, autopsias rudimentarias, confesiones arrancadas bajo presión, «leyes fuga» que resolvían casos incómodos. Pero también de una prensa que, con todos sus excesos sensacionalistas, cumplía una función casi catártica: nombrar lo innombrable, exponer lo que la sociedad prefería ocultar. Sin ella, muchas de estas historias habrían quedado en el olvido, sepultadas en expedientes polvorientos o en el silencio de las familias avergonzadas.

Hoy, décadas después, estos casos aún resuenan porque hablan de temas eternos. La desigualdad que enfrenta al chofer con el millonario petrolero. El estigma que silencia vidas no normativas. La soledad de la mujer rica en su mansión vacía. El resentimiento que nace al ver, de cerca, lo que nunca será propio. México ha cambiado: las pulquerías han dado paso a bares de diseño, Lecumberri es un archivo histórico, y la nota roja se ha mudado a las redes sociales. Pero las pasiones humanas, esas que convierten a un amante en asesino, a un amigo en traidor, a una esposa en verdugo, permanecen.

Este libro no busca glorificar la violencia ni alimentar el morbo. Busca recordar. Recordar que detrás de cada titular

Archivos policíacos

sangriento hay vidas rotas, familias destrozadas, sueños truncados. Recordar que la historia de un país no solo se escribe con tratados y discursos, sino también con las tragedias de sus ciudadanos anónimos —o no tan anónimos—. Jacinta, Esperanza, Candelaria, Carmen, Jorge... sus nombres ya no son solo expedientes. Son parte de nosotros.

Que estas páginas sirvan como advertencia y como homenaje. Advertencia de lo que somos capaces cuando el amor se tuerce, cuando la envidia nos ciega, cuando el miedo nos domina. Homenaje a las víctimas que no eligieron su final, y también —por qué negarlo— a los victimarios, porque en su caída arrastran un pedazo de nuestra propia oscuridad.

Gracias por acompañarnos en este recorrido por las sombras de México. Que la luz de la comprensión ilumine lo que la violencia oscureció.



Agradecimiento

Queridos lectores,

Al llegar al final de estas páginas, no puedo sino sentir una profunda gratitud hacia ustedes, quienes han decidido acompañarnos en este recorrido por los rincones más oscuros y fascinantes de la crónica roja mexicana. Comprar este libro no es solo adquirir un volumen de historias policíacas; es elegir sumergirse en un capítulo olvidado de nuestra historia colectiva, uno tejido con pasiones extremas, tragedias humanas y el reflejo implacable de una sociedad en constante transformación. Por esa decisión valiente y curiosa, mi agradecimiento es sincero y profundo.

Escribir sobre estos casos —desde la enigmática Esfinge de los Ojos Verdes en el Tacuba de 1938 hasta el brutal doble homicidio en Las Lomas de 1968— ha sido un acto de reverencia hacia las víctimas, cuyos nombres a menudo quedaron sepultados bajo el sensacionalismo de los titulares, y también hacia los victimarios, cuyas vidas rotas nos recuerdan la fragilidad de la condición humana. Pero, sobre todo, ha sido un homenaje a ustedes, los lectores, que mantienen viva la memoria de estos sucesos al elegir recordarlos. En un mundo saturado de información efímera, donde las noticias duran lo que un scroll en una pantalla, ustedes han optado por detenerse, por leer con atención, por reflexionar sobre lo que estas historias nos dicen de nosotros mismos.

Gracias por confiar en este libro como una ventana al pasado. Gracias por permitir que personajes como Jacinta Aznar, con su soledad aristocrática y su final trágico en Lecumberri; Esperanza Souvinet, consumida por celos que la llevaron a convertirse en «autoviuda»; Candelaria González, cuya muerte natural desencadenó un horror inimaginable; o los Elorduy, cuya opulencia no los protegió de la traición más cercana, entren en

sus hogares y en sus pensamientos. Cada capítulo fue escrito con el respeto que merecen estas vidas reales, al evitar el morbo fácil para buscar, en cambio, la comprensión de las fuerzas —sociales, psicológicas, económicas— que los empujaron al abismo.

Agradezco en especial a quienes, al leer estas páginas, han sentido esa mezcla incómoda de fascinación y repulsión que solo las grandes tragedias provocan. Porque en esa incomodidad reside el valor de la nota roja: no es solo entretenimiento, es un espejo. Nos obliga a preguntarnos qué habríamos hecho en el lugar de Esperanza, cegada por el amor torcido; o de Carlos Hernández, cuyo resentimiento lo llevó a destruir la mano que lo alimentaba. Nos confronta con las desigualdades que aún persisten, con los estigmas que todavía silencian vidas, con la codicia que no distingue clases sociales.

Gracias por apoyar un proyecto que busca rescatar estas historias del olvido. En una época donde la memoria histórica a veces se diluye entre algoritmos y tendencias, ustedes han elegido recordar. Han elegido honrar a las víctimas anónimas —y no tan anónimas— que la prensa de su tiempo convirtió en espectáculos, pero que merecen ser vistas como seres humanos complejos, atrapados en circunstancias que los superaron.

Este libro no habría sido posible sin su confianza. Cada ejemplar comprado es un acto de resistencia contra el olvido, un reconocimiento a que la historia de un país no solo se escribe con héroes y gestas, sino también con estas sombras que, al iluminarlas, nos ayudan a entender mejor quiénes somos.

Desde el fondo de mi corazón, gracias por leer, por reflexionar, por compartir estas historias. Que este libro no termine en su estantería, sino que viva en conversaciones, en preguntas, en la curiosidad que nos mueve a seguir explorando el alma compleja de México.

Con afecto y gratitud, El autor.

Archivos policíacos



Archivos policíacos

Obra protegida por derechos de autor



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

En las páginas de este libro se despliega un tapiz oscuro tejido con los hilos más crudos de la naturaleza humana: amor que se transforma en odio, codicia que devora la lealtad, celos que envenenan la razón y ambición que arrasa con todo a su paso. Estos trece capítulos no son meras crónicas de crímenes; son retratos fieles de un México que, entre 1930 y 1968, se debatía entre la modernidad prometida y las sombras ancestrales de la desigualdad, la violencia y el morbo colectivo.

La nota roja mexicana, ese género periodístico único nacido en las rotativas de principios del siglo XX, no solo informaba: seducía, horrorizaba y, sobre todo, reflejaba. Sus titulares sensacionalistas, sus fotografías crudas y sus narraciones detalladas convertían cada tragedia en un espectáculo que el público devoraba con avidez. En una sociedad donde la televisión aún era privilegio de pocos y la radio dictaba el ritmo de la vida cotidiana, los periódicos eran el espejo deformante donde México se miraba a sí mismo: fascinado por sus propios demonios.



Obra protegida por derechos de autor